

B. N. B. DE IACOBUCCI - G. C. IACOBUCCI



Martinez Koch

Fuentes de vida

LIBRO DE LECTURA
PARA 6º GRADO

FUENTES DE VIDA

*Aprobado por el Consejo Nacional
de Educación. — Edición 1942.*

34373

BLANCA N. BRAÑA de IACOBUCCI
GUILLERMO C. IACOBUCCI

FUENTES de VIDA

LIBRO DE LECTURA
PARA SEXTO GRADO

ILUSTRO
O. KÜNHLE

X EDICIÓN



34373-101

EDITORIAL KAPELUSZ & CÍA.

Moreno 372 - Buenos Aires

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Todos los derechos reservados por (Copyright, 1937, by).
EDITORIAL KAPELUSZ Y CÍA. - BUENOS AIRES
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en la Argentina (Printed in Argentine).
Décima edición: octubre de 1942.

A NUESTROS COLEGAS

FUENTES DE VIDA se inspira en las nuevas orientaciones que el Consejo Nacional de Educación y el Ministerio de Instrucción Pública han dado a la enseñanza.

Creemos, firmemente, que el simple conjunto de trozos literarios, no constituirá nunca un libro de lectura. Faltará siempre lo esencial: "el nexo de unión entre los mismos", que permita ofrecer a los educandos algo orgánico y realmente orientador, tal como lo desean los programas en vigencia.

Con *FUENTES DE VIDA* nos hemos propuesto llenar esa importante finalidad. Despertado el interés de los alumnos por tal o cual asunto, y satisfecha la faz informativa del mismo, quedan por cumplirse dos requisitos: presentar lecturas complementarias, capaces de dar al tema un carácter literario emocional, y luego preparar el camino para que los alumnos puedan, más fácilmente, ejercitarse en la redacción.

En *FUENTES DE VIDA* ofrecemos trozos selectos, en su gran mayoría de escritores contemporáneos. Poesías, retratos, descripciones, cuentos, humorismo; páginas con relatos históricos y de viajes; trozos de divulgación científica, presentados en forma amena y otros que tienden, directamente, a la formación espiritual de niños y niñas: todo ello hará de la lectura un

placer, más que una obligación, contribuyendo a que la enseñanza adquiera un carácter de elevación moral que es, precisamente, lo que acrecienta su valor.

Es evidente que algunos capítulos han requerido mayor número de lecturas. Entendemos que tal abundancia facilitará la tarea del maestro, pudiendo elegir las que crea más adaptables a la mentalidad media de los alumnos de su grado.

Consideramos oportuno destacar la orientación nacionalista del libro, evidenciada en los capítulos “De nuestro pasado”, “Forjando el porvenir”, “Evolución de nuestra cultura” y “Grandes caracteres”. Hemos puesto, asimismo, especial cuidado en seleccionar trozos destinados a la recordación de acontecimientos salientes, que podrán utilizarse en las clases especiales, fijadas por las autoridades.

Sean nuestras palabras finales, para agradecer a los autores y colaboradores artísticos de esta obra la acogida amplia y cordial que han dispensado a todos nuestros requerimientos.

BLANCA N. BRAÑA DE IACOBUCCI.

GUILLERMO C. IACOBUCCI.

PARA EL ALUMNO

Alguien ha dicho: "Leer es conversar con poetas, filósofos, hombres de ciencia, literatos..."

El libro ha producido tal milagro, y leerlo no es sólo emitir sonidos, cuidando la puntuación y el énfasis. Hay que llegar a algo más profundo y valioso: saber lo que se lee; hacer nuestras las ideas expresadas.

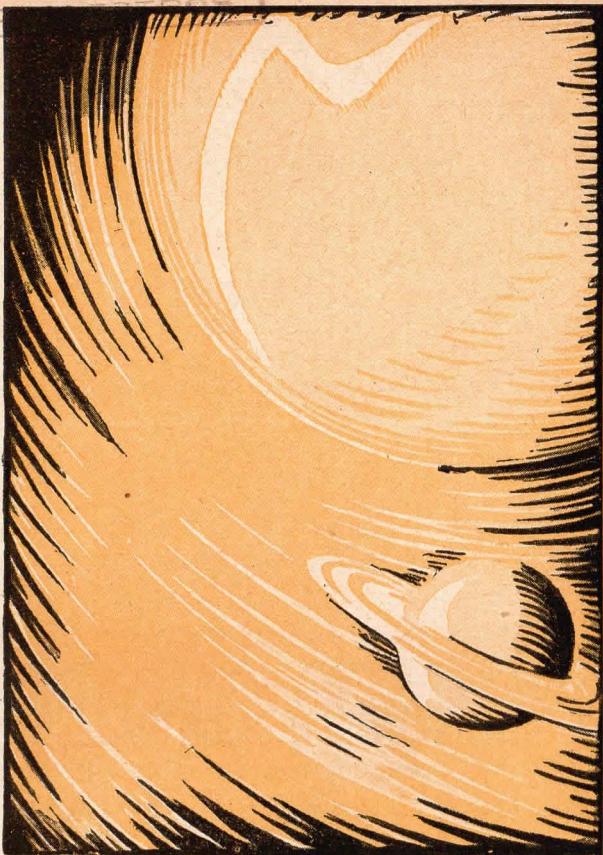
Y esto lo conseguirás a fuerza de voluntad, esforzándote por escudriñar el trozo leído, sin dejar de apreciar la belleza con que está escrito.

En FUENTES DE VIDA hemos procurado unir lo útil con lo bello, seleccionando trozos interesantes que te ayudarán a comprender mejor el contenido de los programas de tu curso, brindándote, al mismo tiempo, la belleza de sus formas, familiarizándote con lo sublime de todos los tiempos: "el decir con emoción".

Sólo deseamos que estas lecturas sean tus compañeras en el camino hacia la perfección de tu cultura.

LOS AUTORES.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE
COLOMBIA



COSMOS

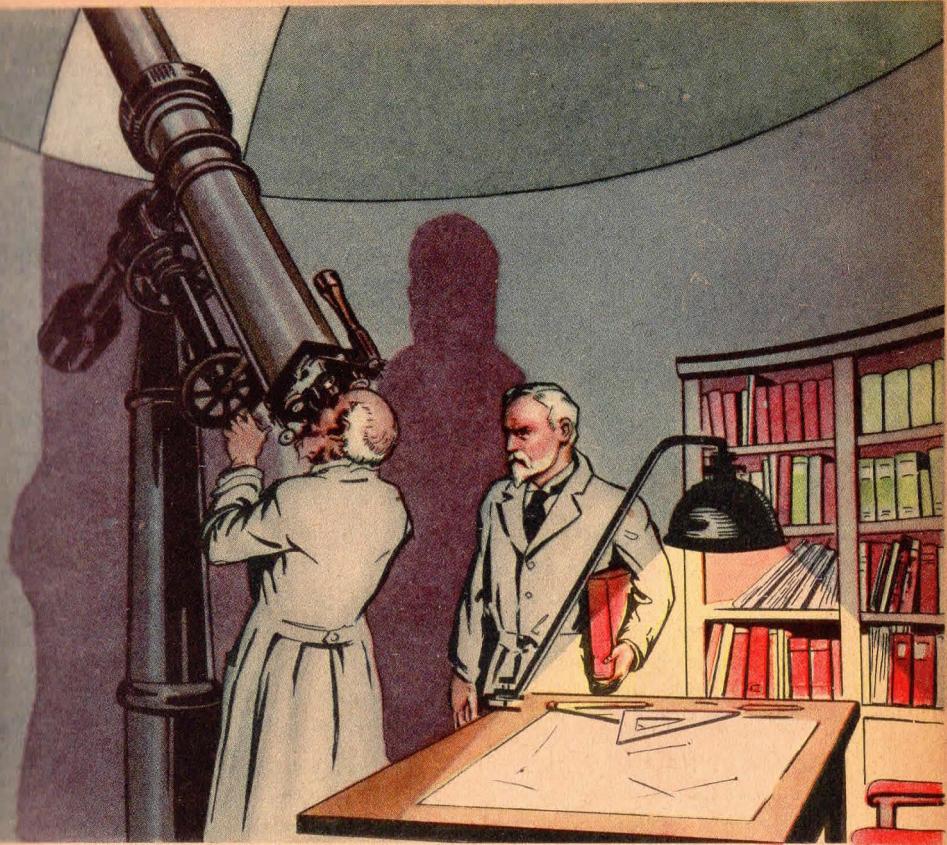
OBSERVANDO NUESTRO CIELO AUSTRAL

Es el mes de mayo. El cielo, profundo y sereno como el abismo, brilla y palpita suavemente.

La *Vía Láctea*, que atraviesa de banda a banda el firmamento con su luz mortecina, semeja la proyección lejana de un faro gigantesco sobre un mar inmenso.

Entre las joyas de nuestro cielo austral, la *Cruz del Sur* fulgura con cierta sencillez encantadora. Inclinada hacia el Polo, como una blanca flor, como un lirio, lo señala eternamente. Un poco hacia el este de la Cruz, centellea inquieta la preciosa estrella doble, *Alfa del Centauro*; con su luz rojo pálida se parece a una granada al madurar. Próxima a ella, cual enorme serpiente que quisiera tragarla, la *Vía Láctea* cierra sus dos brazos bifurcados.

Al este, la hermosa estrella *Antares*; la *Balanza*, después *Espiga de la Virgen*, de luz suave y celeste como una violeta. Al sudoeste, como un trozo de diamante, va alejándose *Sirio*, la estrella gigante, blanca como un armiño, la que anuncia a los egipcios las crecidas del Nilo. Más al sur, *Canopus*, casi tan blanca y hermosa como Sirio, es el piloto que dirige la nave de los Argonautas que van en busca del vellocino de oro.



Arturo, al noroeste, como dorado fuego, y *Achernar*, al sur, rozando el horizonte, brillan solitarias.

MARTÍN GIL.

MARTÍN GIL. — Escritor y hombre de ciencia argentino, contemporáneo. Aunque sus aficiones lo han llevado a realizar estudios astronómicos, —en los que ha alcanzado gran fama, llegando a desempeñar la dirección del Observatorio— se destaca también como escritor de mérito. Es autor de *Modos de ver, Agua mansa, Cosas de arriba, Cielo y tierra*, etc., obras cuya lectura recomendamos. (De la última es el fragmento transcripto. Ed. "América", Buenos Aires, 1919).

TRES AMIGOS EN EL CIELO

La Tierra hace cada año, delante del Sol, 365 volteretas (o piruetas, si se encuentra este calificativo más conveniente para el globo que nos lleva consigo) completando su revolución anual alrededor de este mismo Sol. Ella rueda, gira y, por consiguiente, nosotros también, aunque no experimentemos ninguna sacudida y no nos demos cuenta de ello. Sin embargo, los movimientos de la gran bola que nos lleva en la inmensidad de los cielos, no pueden sernos indiferentes. Puesto que la Tierra camina, se puede preguntar qué llegaría a ser de nosotros si por casualidad se detuviera. Seguramente pasariamos un mal cuarto de hora, ¡qué digo!, un mal segundo, pues nuestra salida sería expedita. La muerte para todo lo que está en ella sería instantánea; el movimiento de rotación y el de traslación, de los cuales nuestro planeta está animado, se transformarían en calor y reducirían al globo entero en vapor.

Felizmente no tenemos que temer esta fantasía por parte de nuestro mundo. Los principios de la mecánica celeste se oponen absolutamente. El día en que la Tierra no girara más, sería porque el Sol estaba muerto; ella misma habría dejado de vivir mucho tiempo antes y la humanidad la habría precedido en este vuelo final.

No; la Tierra no dejará de girar en tanto que el buen Sol viva. Evidentemente, sin él nada caminaría. Pero él está ahí; él lleva a la Tierra como en la extremidad de un invisible

brazo extendido; la sostiene en el cielo; la hace vivir; la calienta y la alegra con sus espléndidos rayos. Si ella no perturba jamás su órbita, es porque está detenida como por un hilo en la red de la atracción solar. Dócil, ella obedece al impulso del astro del día y, en cambio, recibe la luz y el calor protectores de la vida.

La Luna no está excluida de este tráfico: también participa de él. El Sol, la Tierra y la Luna forman, por decirlo así, un grupo de tres amigos inseparables. Desde que existe, la Luna escolta a nuestro globo en sus peregrinaciones celestes y es lo que le vale su título de "satélite" de la Tierra. Ella la sigue o bien la precede, lo mismo que hace un niño que en el paseo se divierte girando alrededor de su madre, mientras ella camina siempre con igual paso. Así es como los astros obran unos sobre otros. El Sol hace girar a la Tierra alrededor de él y ésta hace girar a la Luna alrededor de ella. *Jamás ha habido amigos más estrechamente unidos que estos tres; jamás ha habido asociación más armoniosa.*

CAMILO FLAMMARIÓN.

CAMILO FLAMMARIÓN (1842-1925). — Astrónomo francés. Muchos de sus libros se caracterizan por presentar temas, de suyo complicados, en forma amena y sencilla, poniéndolos así al alcance de todos. Recomendamos sus obras *Los habitantes de otros mundos*, *Historia de un cometa* e *Iniciación astronómica*. (De esta última es el fragmento transcripto. Ed. Hachette, París, 1876).

LA LUNA Y EL SOL

(FÁBULA)

*Díjole al Sol la Luna:
—Yo soy más bella,
porque ostento en las noches
mi faz espléndida.*

*Mis radiaciones
oscurécen el brillo
de muchos soles.*

*Repuso el Sol con sorna:
—Vano es tu empeño,
porque el brillo que ostentas
es mi reflejo.*

Muchos de alcurnia
brillan por su apellido,
como la Luna.

RAMÓN MELGAR.

RAMÓN MELGAR.—Educador y escritor argentino fallecido hace poco tiempo. Sus *Fábulas*, plenas de sabor local y de educadora intención, las recomendamos muy especialmente a la juventud estudiosa. (De dicha obra es la poesía que ofrecemos. Ed. A. García Santos. Buenos Aires, 1916).

UN VIAJE AL PLANETA MARTE

¿Queréis que os lleve conmigo y os sirva de guía? ¿Sí? Partamos, pues, llevados por un rayo de luz. Viaje corto, por lo demás, pues la luz, que anda con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, sólo tarda unos cuatro minutos en recorrer el intervalo de setenta millones de kilómetros que nos separan de nuestro vecino.

Estamos ya en Marte y en su hemisferio boreal, el que divisamos desde la Tierra. Es pleno día, pero la luz es más débil que en nuestro mundo, porque aquí, el astro rey, se nos aparece más pequeño en más de un tercio y, a pesar de que apenas haya terminado el verano y que sólo estemos a principios de otoño, hace un frío siberiano. El suelo acusa una temperatura de 10 a 15 grados centígrados; pero el aire, enrarecido como el que respirarían nuestros voladores a 20 kilómetros de altura, ofrece una temperatura que oscila entre 30 y 100 grados por debajo de cero. Esta última cifra corresponde a las horas más frías de la noche.

Desde lo alto de la montaña, en cuya cumbre hemos sido depositados, observamos a lo lejos, en los valles, tonos de un verde rojizo; es la vegetación marciana, análoga a nuestros musgos y a nuestros líquenes, que crecen pobemente en nuestras regiones polares, en Groenlandia, o en las tierras desoladas del Antártico. En ninguna parte observamos masas de agua, y esto es muy fácil de comprender: la pequeña cantidad de este líquido precioso que Marte ha conservado, se evapora por completo en esa atmósfera tan enrarecida, como si estuviese bajo la campana de una máquina neumática, en la cual no podría vivir siquiera un pájaro. Y esto explica por qué los hielos polares, sencillo manto de nieve superficial, desaparecen por entero en el curso del año.

A medida que el Sol avanza y asesta menos oblicuamente sus rayos, la nieve, en cuanto se derrite, se esparce en forma de vapor de agua y satura la atmósfera. La humedad se extiende de más en más y contribuye, sin duda, bajo la forma de rocío, al desarrollo de esta vegetación raquítica. Así ocurre con nuestras plantas del Sahara, que permanecen privadas de agua líquida durante largos meses.

Nacido antes que nosotros, Marte evolucionó más pronto, y la rapidez de su evolución ha sido favorecida por su menor volumen. Después de haber sido trastornado durante millones de años por las fuerzas volcánicas, el suelo del planeta se estabilizó; pero en el transcurso de los siglos ya absorbió, en parte, los océanos y la envoltura aérea que lo cubría. Poco a poco la vida fué disminuyendo. Los marcianos, si es que antes existieron, han desaparecido desde hace mucho tiempo, no solamente por causa de una climatología espantosa, sino, y sobre todo, porque las condiciones de la respiración se han vuelto imposibles; el oxígeno está ahora distribuído en la atmósfera con parsimonia tal, que apenas podrían desarrollarse en ella nuestras plantas de organizaciones menos elevadas. Ya no quedan más que hongos, algunos musgos y, tal vez, ciertas células primitivas.

Algunos millares de años más y Marte habrá llegado al mismo punto en que vemos a la Luna: ni gases, ni agua, ni atmósfera . . .

Pero ya llega la noche. Huyamos de este planeta envejecido antes de la edad; dejemos que el frío realice su obra lentamente, muy lentamente; él es el que anestesia a los mundos y los adormece en la gran noche de la muerte.

TH. MOREUX.

(De *La Prensa*, 1922).

TH. MOREUX. — Escritor francés contemporáneo. Es autor de *Tratado de Cosmografía*, *Los otros mundos, ¿están habitados?*, *Los enigmas de la creación*, etc. Como Flammarión, da a sus escritos científicos tal amenidad, que atraen poderosamente al lector.

A DIECISÉIS KILÓMETROS DE LA CORTEZA TERRESTRE

Los rayos cósmicos son invisibles al ojo humano y nada sabemos aún acerca de su naturaleza; pero deducciones de experimentos previos, permiten llegar a la conclusión de que manan del éter, siendo radiados en dirección a la Tierra. Es evidente, pues, que estos rayos podrían ser estudiados mucho mejor antes de ser absorbidos por la atmósfera terrestre. El problema, por lo tanto, pasaba a serlo de aeronáutica. Se requería un globo que pudiera llegar a la altura en que la aguja del barómetro se mantuviese a setenta y seis milímetros. Es sabido que, al nivel del mar, la columna mercurial se mantiene a setecientos sesenta milímetros.

Desde el punto de vista físico, el ascenso a las altitudes a que proyectábamos llegar ofrecía tremendas dificultades. Es sabido que el cuerpo humano puede soportar confortablemente doble presión atmosférica si no tiene que hacer ejercicio físico alguno. Esta presión corresponde a una altitud de 5.300 metros, y muchas personas llegadas a ella ofrecen los síntomas del "mal de montaña". No se pueden soportar alturas de siete u ocho mil metros sin recurrir al oxígeno comprimido. Aun mediante el uso de los aparatos más modernos, la capacidad de resistencia del organismo humano desaparece casi totalmente cuando se llega a alturas de diez a doce mil metros. Así se comprenderá que la altitud a que yo esperaba llegar, de dieciséis mil metros aproximadamente, fuera mortalmente peligrosa.

Era preciso, pues, construir mi laboratorio de observación dentro de una barquilla impermeable al aire exterior. Después

de un estudio prolongado decidimos que las dimensiones y el material de construcción del globo fueran los siguientes: la cubierta se haría de un compuesto de caucho ordinario, del peso aproximado del algodón. La barquilla sería esférica y cubierta de un metal consistente en una aleación de aluminio y estaño. El diámetro de la esfera sería de doscientos diez centímetros. En el interior de la barquilla, el aire se renovaría mediante dos filtros.

El martes 26 de mayo de 1931, a eso de media noche, empezamos a llenar el globo y en las primeras horas del 27 el vuelo empezó con los mejores auspicios. Gracias al viento reinante, el globo navegaba con gran ímpetu. Cuando empezamos nuestras observaciones, veinticinco minutos después de iniciar el ascenso, nos encontrábamos ya a quince kilómetros de elevación y sin haber lanzado lastre alguno.

Aquí presenciamos espectáculos de una belleza mágica. Vimos el Sol, en el momento de aparecer sobre el horizonte, mucho antes de que la Tierra, que quedaba a nuestros pies, estuviese expuesta a sus rayos.

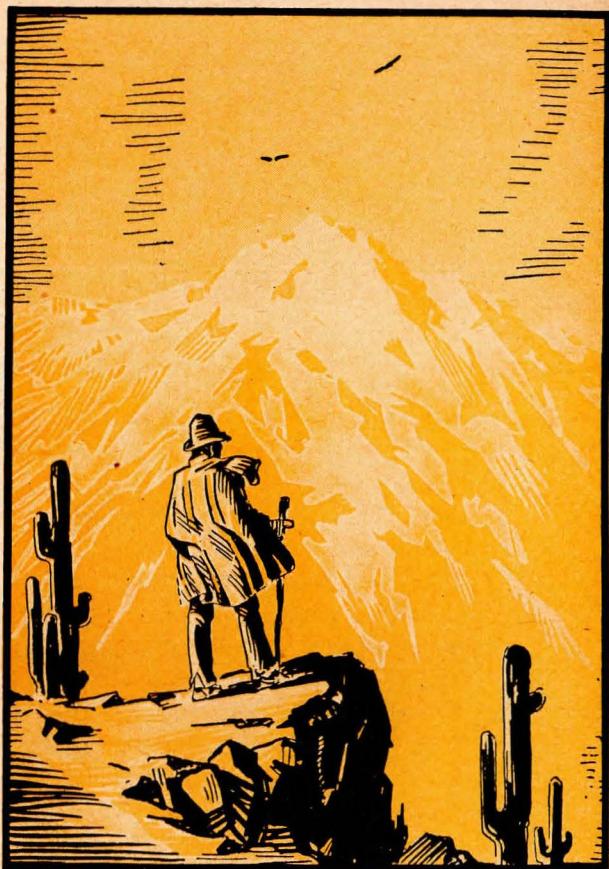
En los breves momentos que podíamos hurtar a nuestros experimentos para mirar al exterior, presentábanse ante nuestros atónitos ojos espectáculos de una hermosura jamás soñada, de belleza verdaderamente sorprendente: eran las montañas de los Alpes bávaro-austríacos. En el barómetro llegué a leer exactamente setenta y seis milímetros.

A la caída de la tarde el globo vagaba sobre los Alpes. Esperamos ansiosamente la puesta del Sol, que se produjo poco después de las 20. Entonces el globo empezó a descender con acentuada rapidez y, a las 21 horas, aterrizaron sobre un helero a 2.700 metros de altitud.

AUGUSTO PICCARD.

(De *La Prensa*, 1931).

AUGUSTO PICCARD. — Hombre de ciencia, belga, contemporáneo. A raíz de su arriesgado vuelo a la estratosfera, ha adquirido renombre universal.



DE LA
NATURALEZA

CUADROS DE LA MONTAÑA

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad.

Para eso, y para rendir este nuevo tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo a la literatura patria un rincón humilde para estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en marzo de 1890, un viaje al interior de la sierra de Velazco.

Esta anuncia ya, con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan a formar diademas, la gran cordillera de los Andes. Son esas montañas inagotables a la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico o de la naturaleza, del hombre culto o del indígena extinguido. Sus huellas están frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habitación y en la fortaleza, en los usos y en los festivales de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, a quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción del granito; todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol.

LAS MONTAÑAS

*Yo tengo la obsesión de las montañas,
como un delirio inmenso de grandeza,
cuyas visiones pueblan mi cabeza
con sus cumbres fantásticas y extrañas;*

*en su falda vestida de marañas
descuelga la inmortal naturaleza;
y llevan, como feto de belleza,
oro, fuego y carbón en las entrañas.*

*Por eso estos gigantes silenciosos
subyugan con sus cuerpos de colosos
cuya arteria es el cauce de un torrente;*

*su voz, la formidable de los vientos;
y sus grandes, excelsos pensamientos,
las águilas que vuelan de su frente.*

RICARDO ROJAS.

(De "Canciones", Revista *América*.
Buenos Aires. 1920).



RICARDO ROJAS. — Destacadísimo hombre de letras e historiador argentino contemporáneo, considerado como uno de los escritores más castizos de América. Talento, afán de investigación, nacionalismo caracterizan sus obras, entre las cuales citaremos *El santo de la espada*, cuya lectura recomendamos a los escolares.



EL MAR

A los lejos, el mar enrolla y desenrolla sus olas con el mismo rumor apagado de hace un siglo, de hace veinte siglos, de hace centenares de siglos.

¿No habéis notado que el mar es el único que, en esta perenne transformación de las cosas, conserva su sello de virginidad primordial?

El hombre lo ha modificado todo, ha cambiado la faz de la tierra. La ha desensilvecido para levantar, en vez de sus bosques milenarios, ciudades maravillosas; ha cultivado los campos, los ha dividido en heredades, los ha medido y clasificado. Ya no podéis ir a ninguna parte con la esperanza de encontrar las huellas de Dios en la creación. Los propios astros misteriosos, eclipsados por los focos eléctricos, opacados por el humo de las chimeneas que ensucian el cielo, apenas si con débil parpadeo acierto a hacer signos de luz a vuestro espíritu...

Pero no os desconsoléis, vosotros los que ansiáis fortificarnos en el regazo de la naturaleza, vosotros los que deseáis acercarnos a su alma enorme y divinamente hospitalaria: id hacia el mar incólume. A él no ha logrado imponerle su sello el hombre.

La montaña y el valle y la cascada han capitulado; el mar no capitula. Es el mismo que fraguaba continentes en el principio, cuando el planeta, caliente y envuelto en densos vapores, parecía pender aún de la nebulosa generadora.

En vano la osadía de la quilla hiende la ola. Jamás dejará una huella. La onda móvil la mecerá mientras le plazca y luego la tragará y la triturará en su seno.

Venid al mar, espíritus libres, almas fuertes e inquietas.
¡El mar no tiene dueño!

Es nuestro y él sólo puede darnos aún en el planeta la vasta, la poderosa impresión cósmica, que la pobre tierra esclavizada no acierta ya a producir.

AMADO NERVO.

AMADO NERVO (1870-1919). — Poeta y escritor mexicano. Es autor de hermosos libros como *Elevación*, *Plenitud*, *Serenidad*, *Ellos*, etc., y está considerado como uno de los más grandes poetas americanos. Sus escritos están impregnados de gran dulzura. (El fragmento transcripto se tomó de su libro *Ellos*. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1920).

EL RÍO PARANÁ

¡Quién pudiera abrazar de una mirada todo el conjunto de hermosura, majestad y grandeza del Paraná incomparable! ¡Quién tuviera las alas del cóndor para contemplar, desde las nubes, esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el más hermoso de los cielos, con ese archipiélago prodigioso de innumerables islas de variedad indescriptible! Aparecieran aquellos grupos de verdor, profusamente esparcidos por la planicie cerúlea de las aguas, cual colosales cestas de flores y frutas, destinadas a decorar el festín del pueblo venturoso que algún día ha de gozar, ¡oh patria hermosa!, de tus gracias virginales.

¿A qué compararé el río espléndido? ¿Cómo describiré el más grandioso de los ríos? Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas sin obstáculos, brindando a la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y fértiles del globo, donde algunos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales a todos los pueblos de la Tierra.

Aun el maravilloso Nilo, árbitro de la existencia de Egipto, al lado del Paraná quedaría oscurecido. Éste, como aquél, cada año se espacia por extensas llanuras, donde la fecundidad que producen sus crecidas es un lujo de la naturaleza, perdido para el hombre en medio de las vastas comarcas que atraviesa, y de las dilatadas y numerosas islas que riega y fecundiza. Sus dichosos habitantes, tan reducidos en número, no disfrutan sino

de una porción imperceptible de tantas y tan variadas producciones espontáneas. Si se emplearan el arte y el trabajo, serían incalculables los beneficios del cultivo de más de cuatro mil leguas cuadradas, abonadas periódicamente por sus aguas.

¡Paraná incomparable! Tus escenas son siempre risueñas y de vida, tu verdor es eterno; las lluvias, a la par de las crecidas, perpetúan la frondosidad de tus riberas y tus islas; nunca empaña el polvo el esmalte de tus frondas ni el brillante colorido de tus flores y tus frutos; jamás el huracán turbó la paz de tus florestas, y si el pampero, impetuoso pero benéfico, agita con violencia las ondas del Plata indefenso, apenas frisa tus canales, protegidos por la espesura de tus islas, y sólo esparce el bien en tus dominios, depurando los más ocultos senos de tus bosques.

No solamente es admirable el Paraná por lo extenso de su curso, la mole y excelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, lo fértil y salubrísimo de sus islas y riberas, la profusión de sus producciones naturales, la benignidad de su temple y sus inundaciones periódicas, sino también por tantos afluentes navegables que concurren con el Uruguay y sus tributarios a formar el magnífico estuario del río de la Plata, ofreciendo a la navegación y a la agricultura el más vasto y grandioso sistema de canalización e irrigación que pueda concebir la mente humana.

Inmensas soledades, ríos caudalosos, bosques interminables, dilatadas pampas, valles donde rebosa la abundancia, montañas henchidas de tesoros... Las más importantes regiones del continente sudamericano todavía están por habitarse; sus más feraces tierras, sin cultivarse; sus mayores riquezas aun están por explotarse.

La nueva tierra de promisión, destinada acaso por el Omnipotente para el asilo de la libertad y de la dicha... ¿será la conquista de la iniquidad y de la fuerza, o el apañoje de la mortalidad y de la inteligencia?

¿Para quiénes estará reservada después de tantos miles de años?

Tres centurias hace que en medio de este oasis del mundo nuevo se agita un pueblo valiente y hospitalario, a quien está encomendada su guarda hasta la realización de los altos destinos de esta porción privilegiada de la herencia humana.

MARCOS SASTRE.

MARCOS SASTRE (1809-1867).—Escritor uruguayo, nacido en Montevideo. Es autor de *El Tempe Argentino*, hermosa obra cuya lectura recomendamos. En ella el autor describe magistralmente la belleza de las islas del delta del río Paraná. (Ed. L. J. Rosso, Buenos Aires, 1929).

Tres centurias hace que en medio de este oasis del mundo nuevo se agita un pueblo valiente y hospitalario, a quien está encomendada su guarda hasta la realización de los altos destinos de esta porción privilegiada de la herencia humana.

MARCOS SASTRE.

MARCOS SASTRE (1809-1867).—Escritor uruguayo, nacido en Montevideo. Es autor de *El Tempe Argentino*, hermosa obra cuya lectura recomendamos. En ella el autor describe magistralmente la belleza de las islas del delta del río Paraná. (Ed. L. J. Rosso, Buenos Aires, 1929).

VIENTO

*Sopla en la noche su clarín el gélido
viento del Sur.*

*Una tras otra, así como rebaños
cuya impetuosa fuerza da salud,
han pasado rugiendo diez tormentas
por las gargantas de la sierra azul.*

*Y ahora viene arreándolas el gélido
viento del Sur.*

*Negras se ponen las azules sierras,
y da la luna macilenta luz,
y en la gran soledad crujen las puertas ...
cruje la casa bajo el viento Sur.*

*Y todo el aire se estremece en una
profunda, inmensa, clamorosa U ...
Y va en mil potros por la noche, el gélido
viento del Sur.*

ARTURO CAPDEVILA.

(De *La fiesta del mundo*. Ed. Selectas
América, Buenos Aires, 1922).

ARTURO CAPDEVILA.—Prosista y poeta argentino contemporáneo, nacido en Córdoba. Recomendamos especialmente de este autor *Córdoba del recuerdo*, emotivo libro de memorias.



LOS ANIMALES EXTINGUIDOS

En el siglo XVIII, la mayor parte de América estaba convertida en colonias españolas, gobernadas por virreyes, siendo la más extensa de ellas el virreinato del Río de la Plata, que ocupaba no sólo la actual Argentina, sino también lo que ahora ocupan el Uruguay, Paraguay y Bolivia.

En el año 1785, siendo virrey de esta colonia D. Nicolás del Campo, marqués de Loreto, un fraile llamado Manuel de Torres encontró enterrados, a orillas del río Luján, uno de los afluentes del caudaloso Plata, muchos huesos petrificados de un animal de gran tamaño, que le pareció distinto de cuantos se conocían en el país.

Por aquel entonces reinaba en España uno de sus más ilustres monarcas, el rey Carlos III, fundador de la Academia de Bellas Artes, del Museo de Historia Natural, del Jardín Botánico y de otros muchos centros de cultura que son ahora legítimo orgullo de la nación. Este rey había ordenado a todos los virreyes, gobernadores y demás autoridades de las colonias, que le remitiesen cuantos animales raros, plantas notables y demás objetos curiosos encontrasen en ellas, para colocarlos en su Real Gabinete, como se llamaba entonces el Museo de Historia Natural, y el marqués de Loreto, en cumplimiento de esta orden, en cuanto tuvo noticia del descubrimiento del padre Torres, dispuso que se sacasen con cuidado los huesos encontrados, para remitirlos



a España. Así se hizo; llevóse a cabo la excavación, se extrajeron los huesos y, antes de enviarlos, se armó el esqueleto en Buenos Aires, del mejor modo posible, y se hizo un dibujo de él, por si acaso naufragaba el barco que había de transportarlo.

* * *

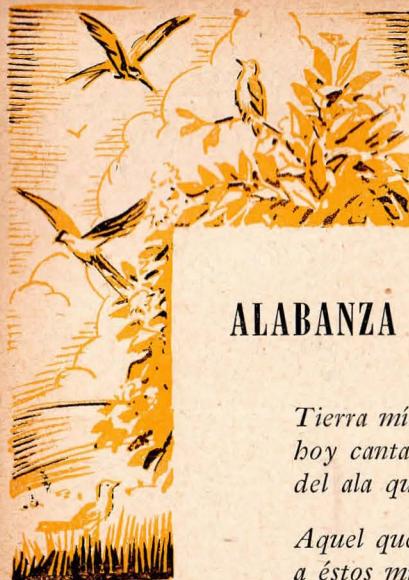
La llegada del fósil a Madrid produjo gran revuelo entre los hombres de ciencia, no sólo españoles, sino de toda Europa. El rey, en su entusiasmo, hizo escribir al marqués de Loreto, encargándole que organizase batidas para ver de conseguir otro animal de aquellos, pero vivo, y que si no lo podía enviar a España enjaulado, que lo hiciera disecar. Hoy este encargo parecería ridículo, pero era muy natural en una época en que aun no se sabía que hubieran existido animales distintos de los que ahora existen.

* * *

El animal del río Luján fué estudiado por los naturalistas más eminentes de aquella época, y uno de ellos, el célebre anatómico Cuvier, le dió el nombre de "megaterio", que significa "bestia grande", demostrando, además, que aunque tenía casi el tamaño de un elefante, tan curioso cuadrúpedo era un parente próximo de los perezosos, animales de pequeño tamaño que viven suspendidos en las ramas de los árboles, en los bosques tropicales del Nuevo Mundo.

ÁNGEL CABRERA.

ÁNGEL CABRERA. — Escritor español contemporáneo, jefe de Departamento y Profesor en el Museo de Historia Natural de La Plata. Es autor de interesantísimos libros como *La vida de los astros*, *Animales extinguidos*, *Curiosos pobladores del mar*, *La vida de las plantas*, *Los animales microscópicos*, etc., que recomendamos muy especialmente a los alumnos, por tratarse de obras rigurosamente científicas y llenas de esa amenidad que las hace doblemente atractivas. (El trozo que incluimos ha sido extraído de *Animales extinguidos*, Edición Espasa-Calpe, Madrid, 1929).



ALABANZA DEL ALA Y DEL TRINO

*Tierra mía, fragante y deleitosa,
hoy cantaré la gracia florecida
del ala que te puebla numerosa.*

*Aquel que el alma tenga entristecida
a éstos mis valles venga, encantadores
y habrá de verla pronto renacida.*

*Aquí los milagrosos picaflores
llegan con la profunda primavera
a decirles secretos a las flores.*

*La copetuda urraca vocinglera
las arabias decora y los olivos
y el plátano y el olmo y la morera.*

*Sangrientos fogariles fugitivos
el churrinche y el pechocolorado
loan a Dios con sus plumajes vivos.*

*El carpintero, todo empenachado,
su nido labra, y el feliz jilguero
vuela del bondo cielo enamorado.*

*Solícito y jovial limpia el hornero
su casa, y el quejón une su gozo
a la nevada alcurnia del boyero.*

*Entre el fragante matorral umbroso
silba la endomingada martineta
de traje gris y de bonete airoso.*

*La rauda y zigzagueante tijereta
corta la seda azul de la mañana
para hacerle un pañuelo a su poeta.*

*El cernícalo al alto cielo gana,
y eléctrico en el aire aguarda y pinta
de pardo la celeste porcelana.*

*Más arriba una cruz grande y retinta
verás, y es que distiende por la altura
el negro jote imaginaria cinta.*

*Sabrás que la alborada es ya madura
cuando la diuca entre el follaje deja
oír su voz divinamente pura.*

*¡Oh trino y ala de la tierra mía;
voz de Dios de mi cuyano suelo,
gracia, color, dulzura y melodía!*

*¡Loado seas, Rey del alto cielo,
en el trino, en la pluma y en el vuelo!
¡Señor: seas loado en tu alegría,
que es la infantil del pájaro y la mía!*

ALFREDO R. BUFANO.

ALFREDO R. BUFANO.—Poeta argentino contemporáneo, nacido en Mendoza, donde actualmente reside. Es uno de nuestros máximos poetas, que canta, con sutil y original maestría, motivos y cosas de su región natal. Léanse *Poemas de Cuyo*, *Canciones de mi casa* y *Poemas de la nieve*. Del primero se ha tomado este fragmento. (Imprenta de la Universidad, Santa Fe, 1937).

LOS NIDOS

Una providencia admirable resalta en los nidos de las aves y no se puede contemplar sin enternecimiento esa bondad divina, que infunde el genio industrial a una criatura débil, y dota de espíritu de previsión a un ser tan poco cauto en apariencia.

Apenas se coloran de flores las copas de los árboles, cuando artífices miles comienzan sus trabajos primorosos. Unos transportan largos filamentos de paja al hueco de una pared añaosa; otros construyen edificios de cal y canto en las ventanas de una iglesia; éstos arrancan una cerda a la yegua que pace; aquéllos aprovechan los copos de lana que la oveja dejara en las zarzas, mientras que activos leñadores disponen simétricamente las astillas de la madera, o los sarmientos tenues, en la cima de un árbol, y lindas hilanderas atesoran y aprovechan la seda del cardo.

Mil alcázares se elevan y cada alcázar es un nido; cada nido es el teatro de tiernas y admirables metamorfosis: en el blanco algodón resalta un huevo brillante y matizado, del cual debe salir un lindo polluelo, cubierto de sedosa borrilla, que no tardará en tornarse en vistosas plumas. La madre afanosa le enseña a levantarse sobre la mullida y cálida alfombra que tapiza la frágil habitación, y el animal donoso se inclina a orillas de la cuna aérea, para divisar por primera vez la inmensidad de la naturaleza. Lleno de recelo y admiración se precipita

entre sus hermanos, que aun no contemplan tan imponente espectáculo; pero, reclamado por la voz de sus padres, sale por segunda vez de su lecho, y ese monarca juvenil del luminoso espacio, que lleva aún la corona de la infancia, osa ya contemplar el cielo inmenso, la cima movediza de los pinos, los abismos de verdura bajo la encina paternal.

Y mientras se regocijan los bosques de acoger al nuevo huésped, un pájaro anciano, cuyas alas la edad paraliza, se abate junto al manantial cristalino y aguarda tranquilo la muerte en el paraje ameno donde cantara sus amores, y cuyos árboles cobijan aún su nido y armoniosa posteridad.

FRANCISCO RENATO,
VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

FRANCISCO RENATO, VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND (1768-1848). Célebre escritor y político francés. El fragmento transcripto pertenece a su obra *Genio del Cristianismo*, de la versión francesa editada por Calman-Levy, París, tomo I.

AGUAFUERTES DEL ZOOLÓGICO

*EL SERPENTÓN. —
DOS SIGLOS DE VIDA*

Es enorme la serpiente donada al Zoo. Comparar su grosor, como se hace vulgarmente, con un tronco de árbol, es harto inexacto, pues una planta puede ser de varios calibres según sus años y según su especie.

Es enorme la serpiente; sin embargo, se deslizaba silenciosa y sin ruido entre las arenas, entre las piedras, cuando en sus largos viajes se sumergía callada en las profundas aguas del Marañón. Pero un día atravesó entre la hojarasca del bosque subtropical y fué oída y fué notada por los leñadores: iba rápida y derecha como enorme siluro a sofocar entre sus anilllos, como de acero, el rojo ciervo del bosque, al que momentos más tarde tragaba en lentísima engullida, quedando después como aletargada por la laboriosa digestión del enorme bocado. El bulto producido por la presa iba lentísimamente recorriendo, en su marcha digestiva, los largos metros de su cuerpo cilíndrico.

Hubo tiempo suficiente para armar un cajón de bambúes unidos y retobados con cuero fresco de un tapir recién carneado; y la noble descendiente de aquella antepasada gloriosa que venció a Eva, al salir de su modorra, se encontró vencida y aprisionada. Recorrió así largas leguas por agua; fué admirada

en Río de Janeiro, en San Pablo y en Buenos Aires; produjo gastos y produjo dinero a sus cazadores y hela aquí, al fin, instalada en el Zoo, junto a la otra grande, según el tamaño de las que siempre se capturan, pero liliputiense en comparación con el extraordinario tamaño de la reina de las serpientes capturada en América del Sur.

Y la observo y la contemplo, y por su tamaño pienso en su edad, que recuerda a la de las seculares serpientes de que habla Kipling en su *Chungla* y que me hace suponer, con todo viso de verdad, que en la época de la Colonia, a mediados del siglo XVIII, cuando su madre depositó el huevo que la contenía, nació española y no portuguesa.

Quizá haya presenciado en sus años juveniles, espiando desde las grutas de Minas Geraes, las fiestas cuando al esclavo negro buscador de diamantes se le coronaba de flores, se le llevaba en triunfo y se le daba la libertad, si tenía la fortuna de descubrir entre el cascajo un diamante de dieciocho quilates.

Era española y vivió en territorio siempre discutido; pero en el año 1778, entre los veinte y los treinta años de su vida, se celebró el tratado de límites de San Ildefonso. La serpiente fué así española en su juventud, portuguesa en su edad adulta y brasileña en la edad venerable. Quizá fué ella la que a principios del siglo XIX, al bajar al agua del arroyo Abacta, removió los ripios de la orilla y puso al descubierto el enorme diamante llamado Príncipe Regente de Portugal, que fué encontrado, dice la crónica, en un paraje de serpientes, por tres bandidos que vagaban en el desierto y por cuyo hallazgo les fué condonada la vida.

Yo la contemplo y la admiro, sugestionado, más que por su tamaño, por su vida secular que ha vegetado entre tantas vicisitudes, y notándole una espumita entre los labios y unas aftas sospechosas, me pregunto afligido si para ella también



concluye el ciclo de su vida ahora atormentada. Hoy, con un hisopo saturado de agua oxigenada, he refregado sus placas blanquecinas. Temo que en pocos días más exhale su último y helado suspiro entre mis brazos. Pero aun muerta será valiosísima pieza de estudio en el Museo Nacional de Historia Natural.

CLEMENTE ONELLI.

CLEMENTE ONELLI (1870-1924).—Naturalista italiano. Pasó la mayor parte de su vida en la Argentina, y fué durante muchos años director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Dedicóse también a estudios referentes a los indígenas. Sus *Aguafuertes del Zoo* ponen en evidencia un fino espíritu de observación y agilidad de estilo. (Ed. Barderi, Bs. Aires, 1926).

EL GUANACO Y EL BUEY

*En la anchurosa pampa,
cubierta de verdura,
el guanaco vivía satisfecho
sin que nada coartara su albedrío.*

*Vagaba a la ventura
de un extremo hasta el otro sin hastío.
En el fresco arroyuelo,
en las ardientes horas de la siesta,
apagaba su sed, y sin recelo
dormía blandamente en la floresta.*

*Aquella tierra sin confines era
pródiga en dones, todo se lo daba;
nunca una sombra oscureció su frente,
y aquel cielo esplendente
siempre sin nubes a su vista estaba.*

*Un día, con sorpresa,
vió llegar a un viajero corpulento
quien tenía adornada la cabeza
con una cornamenta formidable,
la que le daba aspecto respetable.*

*Con un paso muy lento
uncido a un débil carro obedecía
a un hombre que servíale de guía.*



*En el medio del campo
pararon los viajeros,
y aquella bestia corpulenta y fuerte
libre quedó, de suerte
que marcharse podía
por los prados aquellos sin linderos;
pero creció el asombro del guanaco
cuando vió que pacía
cercano a la carreta desatada,
y su curiosidad sobreexcitada
quiso al fin descifrar aquel enigma
y con cautela se arrimó al instante.*

*—¿Quién eres —dijole— pobre viajante
que en tan ingrata situación te allegas? ...
Nadie podrá jamás esclavizarte
si a seguir en la huella tú te niegas,*

*¿Por qué ahora no intentas rebelarte
y dejas ese yugo deprimente? ...
—Yo soy el buey —le respondió sonriente—,
fiel amigo del hombre;
y de mi suerte no te compadezcas,
porque aunque a ti te asombre
vivo feliz; trabajo y he venido
a tomar posesión de esta comarca.*

*¿Ves esos campos que la vista abarca? ...
Me pertenecen ya ... —Y dió un mugido
y siguió saboreando la verdura.
El guanaco, dudando,
pensó que aquello era una gran locura
y movido de risa siguió andando.*

*Pero el tiempo pasó, y aquellas tierras
pronto se vieron todas cultivadas;*

*ricas meses crecieron a porfía
y de la noche al día
las campiñas quedaron transformadas.*

*Una noche que el buey bajo el pesebre
rumiaba muy contento
después de sus labores,
llegó el guanaco lleno de temores
y con amargo acento
así le habló: —Yo vengo arrepentido
para decirte adiós. Parto a otra tierra;
el hombre cruel me declaró la guerra
y soy en estos campos un vencido ...*

*No creí tus palabras de aquel día
cuando llegaste, y quise, desdeñoso,
marchar tranquilo sin cuidado alguno;
mientras tú trabajabas, yo vivía,
siguiendo mi costumbre, siempre ocioso ...*

*Levantó el buey la vista
y le dijo al guanaco de este modo:
—Quien no trabaja, amigo, pierde todo,
y el que trabaja, todo lo conquista.*

RAMÓN MELGAR.

(De su libro *Fábulas*. Ed. A. García Santos.
Buenos Aires, 1916).

EL OLIVO

*En donde él se levanta se produce el milagro;
en campo de grosura se vuelve el campo magro.
Como un vientre o una frente que conciben, es pálida
su fronda bajo el oro y azul de la luz cálida,
y al susurro del viento se aclara bicolor,
como un rostro severo en sonrisa de amor;
la retorcida carne de su tronco profundo
mella los siglos y alza retallos en fecundo
multiplicio cada año. Su fruta aun no madura
ya es útil; mas lograda su pingüe sazón pura,
sólo el trigo es tan digno como ella de juntar.
"Con gozo y alabanza y con voz de cantar".
Hombre pobre que siembras, da tu amor al olivo.
Con mano atenta plántalo en el terrón nativo.
Guárdalo de los bichos, del hielo y la maleza,
múllele junto al tronco la tierra endurecida,
con la poda salubre, disciplina su vida;
aunque en crecer es tarde, sin fin es su larguezza,
y un día ha de pagarte tus cuidados prolíjos:
su aceite será el oro feliz de tu pobreza,
y acaso por él te honren los hijos de tus hijos.*

LUIS L. FRANCO.

(Publicado en *La Nación*, 1934).

LUIS L. FRANCO.—Poeta y escritor argentino contemporáneo. Nació en Belén, provincia de Catamarca, donde reside en la actualidad. Sus poesías y relatos folklóricos son hermosos: describen en forma magistral la vida en las regiones norteñas.



"TIPA EN FLOR"

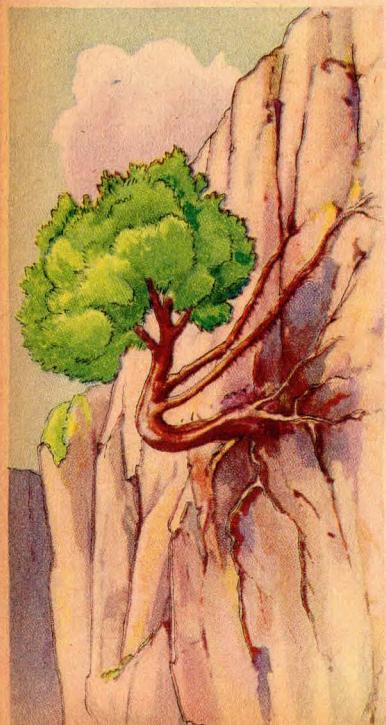
Oleo de Cupertino del Campo

CUPERTINO DEL CAMPO. — Argentino. Contemporáneo. Paisajista. Desde los momentos iniciales fué cautivado por el impresionismo. Aparte de sus actividades pictóricas ocupa un lugar destacado en el ambiente artístico e intelectual del país. Fué director del Museo Nacional de Bellas Artes y secretario y presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

EL LAUREL CENTENARIO

No olvidaré nunca el admirable ejemplo de heroísmo que me daba el otro día, en Provenza, en las agrestes y deliciosas gargantas del Lobo, embalsamadas de violetas, un enorme laurel centenario. Se leía fácilmente en su tronco atormentado y, por decirlo así, convulsivo, todo el drama de su vida tenaz y difícil. Un pájaro o el viento, dueños de los destinos, habían llevado la semilla al flanco de una roca que caía perpendicularmente como una cortina de hierro, y el árbol había nacido allí, a doscientos metros sobre el torrente, inaccesible y solitario, entre las piedras ardientes y estériles.

Desde las primeras horas había enviado las ciegas raíces a la larga y penosa busca del agua precaria y del humus. Pero eso no era más que el cuidado hereditario de una especie que conoce la aridez del Mediodía. El joven tronco tenía que resolver un problema mucho más grave y más inesperado: partía de un plano vertical, de modo que su cima, en vez de subir hacia el cielo, se inclinaba sobre el abismo. Había sido pues necesario, a pesar del creciente peso de las ramas, corregir el primer impulso,



acodillar tenazmente, ras con ras de la roca, el tronco desconcertado, y mantener así, con una voluntad, una tensión y una contracción incesantes, derecha y erguida en el aire, la pesada y frondosa corona de hojas. Desde entonces, en torno de ese nudo vital, se habían concentrado todas las preocupaciones, toda la energía consciente y libre de la planta. El codo monstruoso, hipertrofiado, revelaba una por una las inquietudes sucesivas de una especie de pensamiento que sabía aprovecharse de los avisos que le daban las lluvias y las tempestades. De año en año se hacía más pesada la copa de follaje, sin más cuidado que el de desarrollarse en la luz y el calor, mientras que un cancro oscuro roía profundamente el brazo trágico que la sostenía en el espacio.

Entonces, obedeciendo a no sé qué orden del instinto, dos sólidas raíces, dos cables cabelludos salidos del tronco a más de dos pies por encima del codo, habían amarrado éste a la pared de granito. ¿Habían sido realmente evocados por el apuro, o esperaban quizás, previsores, desde los primeros días, la hora crítica del peligro, para redoblar su auxilio?

¿No era más que una feliz casualidad?

¿Qué ojo humano asistirá jamás a esos dramas mudos y demasiado largos para nuestras pequeñas vidas?

MAURICIO MAETERLINCK.

MAURICIO MAETERLINCK. — Literato belga contemporáneo, autor de muchas obras teatrales. Uno de sus libros más conocidos y celebrados es *La vida de las abejas*, el que, con *La inteligencia de las flores*, ofrece hermosas páginas llenas de profundas observaciones. El trozo insertado ha sido extraído de la última obra nombrada, la que ha sido distinguida con el premio Nóbel. (Editorial Artigas, Montevideo, 1^a edic.).

LA FIESTA DEL ÁRBOL

Cuentan que un día un leñador habló así: "Buen árbol: mi casa está fría y no tengo con qué cocer el pan para mis hijos. Dame tu tronco para hacer el fuego, sin el cual el hombre no puede vivir". Y el árbol contestó: "Hiere, leñador, hiere. Me consumiré contento alegrando el hogar del hombre y cociéndole su alimento. Pero... piensa que mañana otros hombres pedirán leña y carbón. Antes de herirme de muerte planta tres árboles para los hombres de mañana. Y en seguida ven por mí".

—Gracias, buen árbol. Te obedeceré —repuso el leñador.

Y un niño le habló de esta manera: "Buen árbol: tu copa está llena de sabrosos frutos. ¡Qué agradable sería mi merienda si tú me los dijeses!" El buen árbol así le dijo: "Sube, niño, sube a mi copa. Pero... no toques los nidos que en ella veas, ni hagas daño a las avecillas que me habitan. Ellas me limpian de gusanos y con su canto alegran la campiña. Son mis amigas, mis servidoras y también las tuyas. Trátalas como amigas y yo lo seré de ti". Y el niño respondió:

—Gracias, buen árbol. Te obedeceré.

* * *

Todos nos titulamos amigos del árbol; nos reunimos en fiestas para alabar lo; le cantamos hermosos himnos. Aplaudimos ruidosamente cuando alguien ha terminado de pronunciar palabras como éstas: "Obreros dignos de figurar en los cuentos de hadas. En sus misteriosos laboratorios trabajan con aire y con rayos de sol, y con aire y rayos de sol fabrican el oxígeno que nos da la vida y las frutas más sabrosas que nos alimentan. Todo lo dan; nada guardan para ellos. Tablas, vigas, leña, carbón, azúcar, alcohol, aceite, cacao, café, papel, quina, uvas, dátiles... Ellos hacen poesía, hacen sombra, hacen hogar, hacen país. Armonía, bondad y paz fluyen de cada una de sus hojas". Todos nos complacemos en decirlo: somos amigos del árbol, pero... ¿no existen, acaso, los que destruyen miles y miles de plantas para mercarlas, sin plantar otras en su lugar? Y tú, niño, ¿cuidas del árbol que está frente a tu casa? ¿Le echas a sus raíces sedientas un poco de agua? ¿Has librado a sus ramas de los bichos de cesto y a sus hojas de los parásitos que las carcomen? Ajustemos de una vez las palabras con los hechos. Meditemos, que no basta hablar y cantar: es menester hacer algo en favor del gran amigo, y ese algo será el mejor homenaje en la fiesta de hoy, en la fiesta del árbol...



ORIENTE Y OCCIDENTE



LA TIERRA GALLEGA

*¡Oh lejanas memorias de la tierra lejana,
olorosas a hierbas frescas por la mañana!
Tierra de maizales húmedos y sonoros
donde cantan del viento los invisibles coros,
cuando deshoja el sol la rosa de sus oros,
en la cima del monte que estremecen los toros.*

*¡Oh los hondos caminos con cruces y consejas
por donde atardecido van tranqueando las viejas,
cargadas con la leña robada en los pinares,
y que en aquella noche ha de ahumar en sus llares,
mientras cuenta su voz los cuentos seculares
y a lo lejos los perros ladran en los pajares!*

*¡Oh tierra de la fabla antigua, hija de Roma,
que tiene campesinos arrullos de paloma!
El lago de mi alma, yo lo siento ondular
como la seda verde de un naciente linar,
cuando tú pasas, vieja alma de mi lugar
en la música de algún viejo cantar.*

*¡Oh tierra, pobre abuela olvidada y mendiga,
bésame con tu alma ingenua de cantiga...!
Y que aromen mis versos como aquellas manzanas
que otra abuela solía poner en las ventanas,
donde el sol del invierno daba por las mañanas.
¡Oh mis viejas abuelas, mis memorias lejanas!*

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN (1869-1936). — Escritor español, nacido en Galicia. Es un narrador de sentimiento. (De la Biblioteca Internacional de Obras Famosas. Edic. Sociedad Internacional).

IMPRESIONES SOBRE MADRID

Nosotros consideramos El Escorial, la construcción de Felipe II, como una maravilla y la colocamos en el rango de los grandes edificios que los antiguos designaban con este nombre; pero la verdadera maravilla es el Prado, esta galería única en obras maestras sin par.

Colocad el Museo de Madrid en los inmensos patios del vasto Louvre y no podrá sostener la comparación en cuanto a las dimensiones y a la grandeza material; si bien tiene hermosas proporciones, es relativamente pequeño al lado de este titánico monumento. También es imposible encontrar allí la rica variedad de objetos que presenta el Museo Británico, ni la bella serie histórica que forman los cuadros de los Uffizzi en Florencia. Allí se ven pocas de las admirables esculturas que poseen el Capitolio y el Vaticano, pocos de los tesoros de pintura arcaica amontonados en las galerías de Roma, Viena, Perusa. Por la disposición, yo prefiero los Museos de Bruselas y de Amberes, y por el lujo de la ornamentación, las Pinacotecas de Munich, de Viena y de Berlín.

Pero en donde nuestro Museo no encuentra igual, es en la feliz fortuna que jamás se celebrará bastante y por la cual le ha sido dado reunir, como por un milagro, una colección de obras maestras tan im-



portante como ningún otro edificio las contiene, que ningún otro país puede mostrar reunidas en un espacio tan pequeño, visibles, debido a su amontonamiento, en tan poco tiempo.

* * *

De San Antonio de la Florida subimos al Palacio Real, enorme, inmenso, muy alto, hermoso, con la hermosura que siempre dan las grandes líneas y las proporciones colosales, pero sin carácter, ni español ni de ningún pueblo, majestuoso a pesar de las faltas que se notan en el exterior. El interior encierra riquezas asombrosas, a las que se han agregado últimamente las piezas artísticas de nuestra célebre Armería Real. La visita no sería completa si no se saludase por lo menos esos dos edificios, el Congreso y el Senado, en los que resuena tan alto la elocuencia política española, y todos los establecimientos de instrucción pública, donde brilla la ciencia; en fin, las tres plazas: Oriente, Mayor y Puerta del Sol. La primera está adornada por las estatuas de los reyes, de piedra, muy groseras, y de un Felipe IV ecuestre, de bronce, que muestra la supervivencia del genio florentino, aun en las épocas mortales del arte. La segunda detenta muy bien el carácter del viejo Madrid, con sus pórticos estrechos, sus grandes balcones, sus hierros austriacos. En la Puerta del Sol, un alboroto, que es necesario conocer por experiencia y haber oído para hacerse una idea de él, anuncia, todos los domingos, la fiesta madrileña, la corrida de toros, ya hebdomadaria, ya bihebdomadaria, que se prolonga, sin tregua ni interrupción, hasta muy avanzada la estación. Yo detesto las corridas de toros, y como yo las detesto, asisto raramente; me faltan, pues, la competencia y los conocimientos que son necesarios para describirlas. Y sin embargo, si Madrid no tuviese su Plaza de Toros, le faltaría algo de característico.

* * *

La ciudad en donde han nacido Lope y Calderón, donde Velázquez y Goya han pintado, donde han escrito Cervantes

y Quevedo, donde han cantado Góngora y Quintana, que ha dado a tantos pueblos, hasta entonces desconocidos, el sello de la civilización cristiana; que, con sus consejos de sabia política, ha dado leyes a los dos mundos; que ha producido el teatro español, cuya gloria no es sobrepasada por ningún otro; que ha hecho florecer en las Academias las artes y las letras; que, durante un siglo entero, con sus poetas y sus escritores, ha mantenido en el hotel de Rambouillet el cetro literario de Europa cultivada; que, por medio de sus inolvidables virreyes, ha dado la prosperidad a Nápoles, a Sicilia y a toda América; que ha enriquecido, por una incomparable escuela de pintura, el corazón inmortal de sublimes creaciones plásticas, esta ciudad puede creer, con justeza y sin orgullo, que su nombre está escrito gloriosamente en la historia y que su existencia es de aquellas que adornan magníficamente el planeta.

EMILIO CASTELAR.

EMILIO CASTELAR (1832-1899). — Político y escritor madrileño. Fué orador y literato brillante que ejerció gran influencia sobre sus contemporáneos. Es éste un fragmento de su libro *Las capitales del mundo*. (Librería Hachette, 1^a edic., París).

ESTAMPAS DE SEVILLA

*LABIOS QUE SONRIEN
Y OJOS QUE LLORAN*

Vuelve a acaecerme lo que me ocurrió en Lima, a orillas del Rimac viejo y lento. La suerte me llevó allí de la mano a escuchar los huaynos que tocaba en su quena de caña un montañez ciego, un indio del Cuzco, que los vientos recios y fríos de la Puna habían echado —botado— a la costa. Esta vez, en Sevilla, la de los toros, de las navajas, de los claveles y del mantón.

Teníamos presa en la imaginación una Sevilla de novela: es la que estamos sintiendo en estos días primaverales de invierno, en que llueve y sale a quemar y a pintar los balcones y las flores un sol amarillo.

* * *

Este mozo de pelo negro, de labios alegres, tiene las pupilas blancas. Ojos overos. Ojos que giran en vano, buscando una luz sus ojos. No pide limosna su voz. Se ha detenido en una calle rumorosa, cerca del mercado en que se levanta un cálido y grato olor de churros.

—A ver, una jota.

Rápidamente, con inusitado brío, la toca. Es un tañedor de bandurria. Su alma aletea en el temblor de las cuerdas y

en el cajoneo, que por instantes da un extraño ritmo a su música.

Ninguna pena. Sol. Canto. Giros graciosos. Claveles.

No es la música de un hombre que nada ve; es la música de un espíritu ebrio de luz.

La gente, las mujeres que van al mercado llevando en la mano la espuenta de esparto; el arriero que sigue a los borricos cargados con serones henchidos de arena blanquíssima; el rapaz callejero y la moza del rostro blanco y de los ojos y del calado velo negro se detienen a escucharlo.

Algo, un algo inexplicable que sentimos todos, está en él y de él se desprende.

—Una petenera, ahora.

—Es muy difícil... No sé...

Levanta los ojos; los abre con un aleteo continuo de párpados. Busca el pasado...

Brota el bordoneo pasional, y con un ímpetu nuevo, como si reconociera una muerta juventud. Sol y flores. Aromas de azahares y alhucemas y nardos.

Un mantón negro vestido de rosas rojas...

¡Ni una pena!

Las pupilas blancas se mueven. Sonríen triunfadores los labios mozos del tañedor callejero.

Y los ojos que ven, dueños del mundo, se llenan de lágrimas...

FAUSTO BURGOS.

(Publicado en *La Prensa*, 1937).

FAUSTO BURGOS.—Escritor argentino contemporáneo. Su prosa, llena de colorido y sabor local, refleja, con admirable pureza, costumbres y tipos del norte argentino.

FLORENCIA

Florencia no tiene la grandilocuencia de Roma, ni el sentimentalismo de Nápoles. Es una ciudad en estilo menor y su naturaleza misma está toda ella compuesta de elementos sencillos: un río más bien turbio que claro; una vegetación que procura evitar cuidadosamente las exuberancias tropicales; unas montañas accesibles, sin volcanes, ni glaciares, ni trenes de cremallera; un clima benigno y un cielo azul... Esta ciudad es, como si dijéramos, la madre del mundo moderno. Cuando el mundo estaba más triste, pensando en el dolor y en la muerte, Florencia le dijo que se dejase de tonterías y le ofreció el Renacimiento como una fiesta. Unos hombres sabios y heroicos raspaban a escondidas, en el fondo de sus casas, los viejos pergaminos, y bajo los salmos monacales veían aparecer, a lo mejor, textos filosóficos de Platón o versos de Anacreonte. Otros hombres, amparándose en la soledad de la noche, se iban a hacer excavaciones al campo, y cuando descubrían una cabeza de sátiro o un torso de Venus, escondían su hallazgo cuidadosamente para que no se les excomulgara como adoradores de demonios o de ídolos paganos.

Nosotros vivimos hoy en el siglo xx, y no en plena Edad Media, gracias a aquellos hombres. Todavía pueden verse las calles donde vivían los florentinos del Renacimiento, que indudablemente han cambiado, pero que apenas si han perdido carácter. Muchas conservan aún sus viejos nombres pintorescos: nombres



de oficios, como la calle de la Mercería, y la del Arte de la Lana. El gran encanto de Florencia es que, constituyendo el tesoro artístico más rico del mundo, no tiene nada de ciudad-museo. Los parques y los palacios, con las estatuas que los pueblan, siguen ofreciéndose como una cosa viva. A ambos lados del Puente Viejo, en aquellas casuchas deliciosas que se asoman sobre el Arno, apoyándose en estacas de madera, los orfebres siguen trabajando como en tiempos de Benvenuto Cellini, cuyo busto los protegé. La plaza de la Señoría sigue siendo el centro político de la ciudad; la plaza del Domo sigue siendo el centro religioso. Desde su piedra más vieja a su piedra más nueva, toda Florencia vive, y vive alegre, tranquila e inteligentemente.

JULIO CAMBA.

JULIO CAMBA. — Escritor español contemporáneo. Este fragmento es de su libro *Viajes*. (Ed. Calpe, Madrid, 1920).

NOTAS DE VIAJE

PAISAJES DE FRANCIA

Lo admirable del paisaje general de Francia es su extraordinaria variedad; variedad tanto más sorprendente si se considera que la superficie total de aquella república no es mucho mayor que la de la provincia de Buenos Aires. El viajero procedente de tierras extendidas como la nuestra, acostumbrado en su país a viajar días enteros antes de conseguir cambiar de panorama, experimenta una curiosa impresión al verificar la proximidad de paisajes tan opuestos. Porque en Francia, el frío nórdico está muy cerca de la antesala africana, que es la Riviera.

Yendo en una ocasión por la carretera, en viaje de París a Cannes, nos vimos obligados a detener el automóvil en plena montaña, cerca de Grenoble. Feliz *panne*, que nos permitió descender del coche y hundirnos hasta las rodillas en la nieve intacta. Cerca de allí, varios patinadores, llevando al hombro largos esquíes, se dirigían a la pista de sus difíciles proezas. Eran las dos de la tarde. A las ocho de la noche, vistiendo trajes estivales y respirando la brisa cálida que venía del Mediterráneo, paseábamos al aire libre debajo de las altas palmeras de Cannes.

HOLANDA

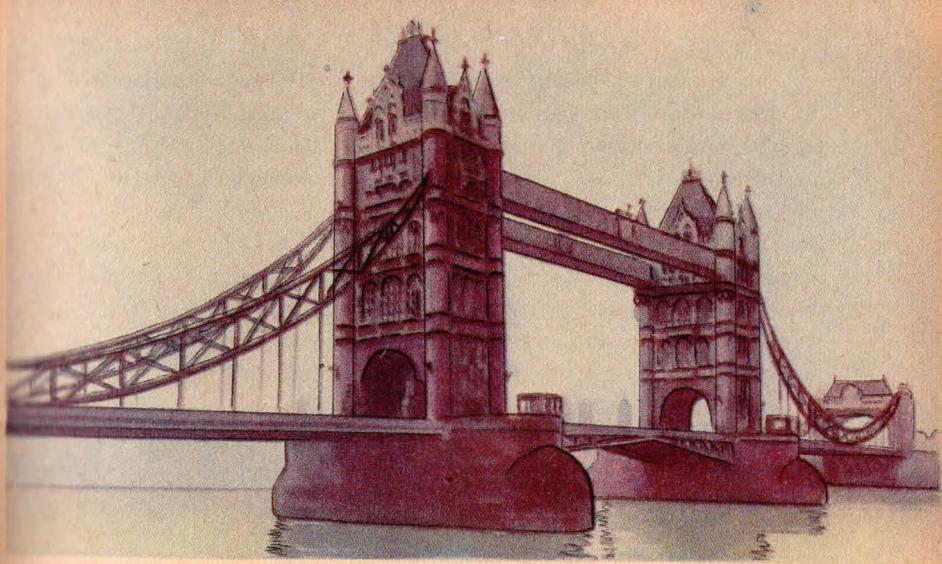
El paisaje europeo, sucesión constante de colinas y valles, armoniosos como jardines, al llegar a los Países Bajos se con-



vierte en una llanura extendida que presagia la vecindad plana del mar. Después de cruzar en Holanda kilómetros de dalias y tulipanes rojos, que encienden fantásticamente el paisaje hasta el horizonte, el viajero argentino tiene, de pronto, como una visión de pampa. Allí está la gran planicie que se pierde en el cielo; allí los pastizales verdes y el ganado gordo; allá, en el fondo, el bosquecillo de las casas... Pero no; este bosquecillo sé mueve; esta arboleda indefinible se traslada en forma misteriosa. ¿Cómo sospechar, desde el tren, que la llanura holandesa está surcada por cientos de canales invisibles? ¡Qué curiosa impresión ver los barcos llenos de mástiles pasearse inexplicablemente por entre el campo! El viajero argentino sueña esa noche con el monte de una estancia que navega entre trigales pampeanos.

LONDRES

Londres es la ciudad donde más se oye reír a la gente que pasa. Muchachos y *boys*; damas no tan jóvenes y caballeros maduros, todos por igual, sin perder jamás la compostura ni la dignidad, desfilan durante el día por las calles, evidenciando, en forma jovialmente expresiva, la alegría sana de vivir. A las seis de la tarde se les ve —ellas con vestido de *soirée*, ellos de frac— subir, riendo siempre, a lo alto de los ómnibus, entrar en los hoteles de moda, dirigirse a los teatros, asomarse a los *dancings*. Llama especialmente la atención ver a las personas mayores divertirse a la par de la juventud. Puede afirmarse, contra una idea corriente, que las avenidas de Londres presentan un aspecto de mayor animación que los bulevares de París. Una animación más ingenua, aunque en ella participen indistintamente jóvenes y viejos. El viajero procedente de tierras lejanas, acostumbrado al presuntuoso empaque y a la formalidad almidonada de su país, tiene, al verificar esta realidad, la gran sorpresa de comprobar que la “rigidez británica” no



es más que uno de los tantos malentendidos internacionales, que sólo sirven para impedir la simpatía mutua de los pueblos.

* * *

Más que en ninguna otra ciudad, el turista encuentra, en Londres, afabilidad, atención y cordial recibimiento. En cuanto un londinense ve a un extranjero debatirse con las dificultades de lo desconocido, se desvive por facilitarle todos los datos que hagan provechosa y agradable su permanencia. Imposible asistir a una función teatral sin que un vecino, amable y sonriente, ofrezca sus anteojos prismáticos, exigiendo que sean utilizados hasta el final de la función; encantador es encontrar en todo sitio espontáneos cicerones, que hacen resaltar, ante los ojos del viajero, los detalles interesantes del ambiente, que pudieran pasar inadvertidos.

* * *

En Londres (lo mismo sucede en París), los vendedores de diarios no están casi nunca cerca de su mercancía. Dejan en plena calle, durante muchas horas del día y de la noche, el montón de periódicos sobre el mostrador, sin nadie para cuidarlos. Junto al paquete colocan una pequeña caja para el dinero, confiada también a la custodia del público. En ella, cada comprador deposita su moneda, después de elegir un ejemplar de su diario habitual, tomando honradamente el cambio y dejando el billete cuando es necesario. Se ven también a menudo, en las anchas baldosas de las aceras londinenses, dibujos más o menos bien realizados, hechos con tizas de colores. Al lado de ellos, en el suelo, el artista ausente deja, antes de partir, su gorra con un papel escrito que dice: "No tengo trabajo. Es todo lo que puedo hacer". Los viandantes dejan caer en ella chelines y peniques y nadie la toca hasta que el dueño vuelve a recogerla.

Seremos verdaderamente civilizados el día en que algo análogo pueda ocurrir entre nosotros.

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

MARGARITA ABELLA CAPRILE. — Escritora y poetisa argentina contemporánea. Entre sus inspiradas obras en verso nombramos *Nieve*, *Perfiles en la niebla* y *Sonetos*. En su último libro, *Geografías (notas de viaje)*, se revela como una fina observadora. De él se ha tomado este fragmento. (Ed. Librería del Colegio, Buenos Aires, 1936).

VOCABULARIO. — *Panne*: del francés. Significa "al paíro", frase marítima que indica una nave que se mantiene quieta con las velas tendidas. — *Soirée*: del francés. Significa una velada o fiesta nocturna. — *Dancing*: del inglés. Lugar de diversión donde especialmente se baila. — *Bulevares*: neologismo. Significa grandes avenidas.

ALEMANIA DEL SUR: BAVIERA

El camino nos lleva al lago de Tegernsee y desembocamos en él con ojos absortos ante el cuadro que nos brinda. Gigantesco espejo de aguas de tonalidades verdosas, en el cual la imagen reflejada del cielo, montaña, vegetación y edificios, tiene tanto poder como la imagen directa, y multiplica por dos la belleza natural del cuadro.

En el camino, que lo va contorneando, se suceden las villas cada vez con más carácter y más pintorescas. Iglesias con torres de cúpulas negras dan siempre la nota dominante del conjunto y se localizan con su forma. Es interesante observar este punto en Alemania; se podría decir con bastante aproximación el lugar o región en donde uno se halla, si le dejan ver la torre de la iglesia del pueblo. Hay una especie de respeto extraordinario por la arquitectura local. O tal vez hay un reflejo local en la arquitectura de cada región, tan fiel al ambiente, que no se puede producir en otra localidad. El hecho es que a medida que el viajero se aleja de una zona, se le desaparece su arquitectura, que es reemplazada por otra, a veces totalmente

En algunos villorrios, el cementerio local, siempre distinta.

pre sencillo y cubierto de césped, con pequeñas cruces blancas, está ubicado al lado de la iglesia. No molesta, porque parece un jardín.



Damos la vuelta al lago y nos detenemos en un confortable restaurante de Weissee para almorzar. En ninguna parte hemos sentido tanta sensación de tranquilidad y bienestar, y en el traqueteo fuerte de nuestro viaje, durante el cual las noches nos son cortas para poner en claro apuntes y notas, robando horas al descanso, soñamos con un *dolce far niente* en aquel paraje. El hermoso lago Tegernsee, con un pequeño embarcadero, está frente a la terraza-jardín del restaurante. Se ven barquitos que dan puntos blancos con sus cangrejas y foques. En algunos momentos, una brisa peina las aguas y rompe parcialmente los reflejos.

Seguimos viaje después de almorzar, y siempre acercándonos más a los Alpes llegamos a Koghel, que está a 600 metros de altura. Subimos un empinado camino en zigzag, en el cual cada vuelta presenta un cuadro que supera al anterior. Llegamos al otro lado de la montaña, sobre el lago Wanel, que el camino bordea. Tiene un extraño colorido verde-gris blan-cuzco, debido al reflejo de sus costas y al calcáreo blanco que acarrea el Isar, desembocando torrentoso en uno de sus extremos. Estamos ya a 800 metros de altura. El día se ha puesto brillante y nos brinda todas sus galas. Seguimos costeando el Isar, aguas arriba. Tiene cascadas y caídas turbulentas de color verde-blanco. Aparecen con profusión especie de cabañas hechas con troncos horizontales, muy bien trabados en sus cabezas, formando muros inclinados hacia afuera, con grandes cubiertas de aleros. Aquí ya todas las casas tienen gruesos pedruscos desparramados sobre sus techos. Las tormentas de nieve y viento deben ser respetables durante el invierno.

Llegamos a Mittenwald, punto más al sur de Alemania. Las montañas que le hacen marco son ya austriacas. Son diferentes; altos barrancos de piedra gris clara, de forma abrupta, contrastan con el verde de todas las tonalidades que hay abajo y en los otros lados.

Siguen las cabañas de troncos. Nos informamos respecto a su objeto: son para guardar forrajes en el invierno. El conjunto parece una gigantesca cancha de golf bien cuidada.

Llegamos al otro lado de la colina y aparecen, majestuosas, rodeadas de nubes iluminadas por el sol poniente, las cumbres del Zugspitze, el pico más alto de Alemania, que tiene 2.968 metros.

Pasamos por un campamento de "Servicio Obligatorio de Trabajo", especie de conscripción que hace la juventud alemana por seis meses, durante los cuales, los conscriptos, realizan todo género de obras de utilidad pública y ejercicios físicos al aire libre. Reciben un pago de 25 *Pfennigs* diarios. Se estaban bañando en el lago: todos eran notablemente fuertes y curtidos por el sol.

EZEQUIEL REAL DE AZÚA.

(De *La Prensa*, 1937).

EZEQUIEL REAL DE AZÚA. — Profesor universitario argentino contemporáneo, colaborador del diario *La Prensa*.

VOCABULARIO. — *Pfenni* g: moneda alemana cuyo valor es de un centésimo de marco. — *Dolce far niente*: dulce placer de no hacer nada.

VIAJANDO POR RUSIA

MOSCÚ

Me encuentro en Moscú, la capital del mundo soviético, en un excelente hotel, situado en una gran plaza próxima a la famosa Plaza Roja y al Kremlin⁽¹⁾. En Moscú, cuya población alcanza, se dice, a los cuatro millones, hay mayor animación que en Leningrado. La gente anda vestida con la misma pobreza, pero hay más movimiento en las calles y más tránsito. Los negocios están mejor instalados, y hasta se ven cafés de aspecto atractivo, en los cuales nosotros, los extranjeros, no podemos penetrar por falta de rublos. Con todo, la ciudad me parece menos hermosa que Leningrado, a pesar del aspecto característico y oriental de sus numerosas iglesias con cúpulas y pináculos dorados y policromos. En realidad, salvo el Kremlin y sus adyacencias, no he visto nada muy notable.

El Kremlin es como una ciudad en la ciudad, algo que recuerda al Vaticano: rodeado de una alta muralla almenada, que incluye una vasta superficie rectangular, presenta, sobre todo de noche, un aspecto grandioso y algo siniestro.

(1) El Kremlin es una fortaleza de Moscú, donde se encuentran el palacio, antigua residencia de los zares, y la famosa campana que pesa 165.000 kilogramos. En uno de sus vastos recintos hay una valiosísima colección de objetos, cuyo valor alcanza a sumas fabulosas. Así se ven vitrinas que contienen jarrones de oro y plata; muchísimas joyas; armaduras y algo que llama la atención del visitante: una colección de huevos de Pascua, adornados con grandes diamantes.

A un lado está la inmensa Plaza Roja. Al fondo de la plaza se divisa la famosa catedral de San Basilio, con sus raras cúpulas cubiertas de porcelana de vivos colores, transformada ahora en museo, y en el medio, próxima a la muralla, la tumba de Lenín, toda de granito, en forma de pirámide trunca, imponente en su sencillez geométrica.

LA HERMOSA CAPITAL DE UCRANIA

Kiev, la capital de la República Ucraniana, es una hermosa ciudad: sin duda, una de las más hermosas de Europa. La guerra y la revolución parecen haber alterado poco su fisonomía exterior. La gente viste pobemente, como en las demás ciudades de la Unión Soviética, pero hay animación, y las calles son limpias y bien cuidadas.

La ciudad está situada sobre colinas, y desde los puntos más elevados se contempla el Dnieper, que corre majestuoso un centenar de metros más abajo en la llanura, atravesado por un magnífico puente suspendido. En Kiev hay parques bonitos, y edificios interesantes del punto de vista artístico e histórico.

Visitamos el monasterio Kievo-Piecherski y la basílica de sello bizantino dedicada a San Vladimír, el príncipe que, según la leyenda, habría convertido a los rusos al cristianismo. Vi también el monumento que recuerda la liberación de la ciudad en 1686, después de tres siglos de dominación polaca.

En un hermoso parque, a orillas del cual está construyéndose un paseo, y desde el que se contempla el río, asistimos a una clase de baile, impartida a un centenar de chicos, mientras otros, dispuestos alrededor, hacen de espectadores. Los niños parecían muy orgullosos de nuestra presencia, tanto que al partir nosotros, corrieron detrás nuestro, diciéndonos:

—¿Ya se van? ¿Por qué se van tan pronto?

Al volver, atravesamos barrios de casas recién construídas

o en construcción y la edificación me pareció más activa en ésta que en las otras ciudades visitadas.

En el hotel nos reunimos nuevamente con el grupo de colegas que habían seguido otro itinerario: el del Volga, visitando Karkov y Kazan. Nos hablan del aspecto asiático de la región en la que está situada esta última ciudad, donde han podido contemplar caravanas de tártaros, montados sobre camellos, con sus trajes tradicionales y el gran gorro de pelo.

VIRGILIO TEDESCHI.

VIRGILIO TEDESCHI. — Hombre de ciencia argentino contemporáneo, profesor de la Universidad de La Plata. Es autor de gran cantidad de publicaciones científicas. A raíz de un reciente viaje publicó el libro *Tres semanas en Rusia*, del que tomamos estos fragmentos. (Ed. Rosso, Buenos Aires, 1936).

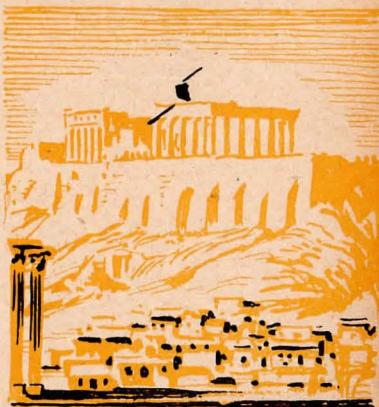
EN LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

En medio del mar azul, maravillosamente azul, límpido, sereno; en medio del cielo maravillosamente límpido, sereno y azul. En medio del aire diáfano y como aureolada de pureza por una luz tibia, dorada y suave, álzase la Acrópolis de Atenas, coronada de mármoles como de una nieve sólida y eterna.

¡Situación estupenda, colina predestinada, como surgida del mar, del cielo y de la Divinidad! Parece consagrarse por sí misma a la Divinidad esta colina, aun cuando ningún templo se levantara en ella. Centro de la ciudad y de los valles que se postran a su alrededor, como de hinojos, y centro también de toda la belleza helénica. Porque toda la belleza de aquel mundo se concentra y resume con admirable armonía en esta Acrópolis. Hasta el mar se acerca, a trechos, a sus plantas, rindiéndole tributo: mar y montañas parecen puestos allí tan sólo para formarle un marco conveniente.

A la sugestión de la colina respondieron los mármoles magníficos; respondieron los griegos convirtiendo entera la colina en un santuario.

Jamás imaginé que estos restos del antiguo genio helénico, que estos templos bárbaramente mutila-



dos, pudieran contener tanta belleza. La belleza es en ellos como alma que persiste en un cuerpo maltratado. Esa belleza, esa alma suya, que los genios destructores no pudieron arrancarles, canta aún, aprisionada en los pórticos saqueados, en las Cariátides admirables, en las columnas descabezadas y en los bajorrelieves. Como mártires que, con las manos y pies cortados, siguen confesando su fe, así confiesan estos mármoles su eterna aspiración a la belleza.

Estas blancas columnas me aparecen ahora como guiones que de la tierra y el cielo forman una palabra sola, una sola expresión de belleza y de verdad.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — Escritora argentina contemporánea. Es autora de bellos libros en prosa y verso. *Tierras del mar azul*, de donde tomamos el trozo transcripto, es un libro de viajes hermosamente escrito. (Ed. "América Unida", Buenos Aires).

EN EL PAÍS DEL SOL

Una calle japonesa es el lugar más propicio para los estudios de un acuarelista. En el Japón, en Yokohama por lo menos, las calles están limitadas en ambos lados por los costados de los pequeños bloques o manzanas, y mientras las habitaciones forman la parte superior de las casas, los pisos bajos están casi invariablemente ocupados por tiendas de todo género, desde la joyería, en cuyas vitrinas horizontales como pupitres se alinean las obras maestras de la plata repujada, hasta la tienda de curiosidades, donde se admirán los cascós, los sables, los férreos abanicos de guerra y las armaduras ecuestres de los daimios feudales y de los belicosos *samurai*.

El que allí entra, por indiferente que sea a las maravillas del arte humano, tiene que sentirse posesionado por el vértigo del bibelot. Cree uno haber visto en una vieja tela, el *non plus ultra* de la tapicería o el más fino producto de la laca, cuando instantes después el mercader, socarrón y risueño, en medio de una serie de reverencias, os presenta otro bordado y otra laca que superan a las anteriores.

Pero la maravilla no se encuentra precisamente en lo grande y en lo ostentoso, sino en lo escondido, en lo diminuto que el artista japonés ha fabricado durante meses, inclinado como un miope y paciente como un gusano de seda. Y en aquellas obras maestras minúsculas, no es sólo la paciencia lo que tenéis que admirar, sino la inspiración, los gestos expresivos, los aspectos de la naturaleza tan verídicamente trasladados a un fragmento de oro o a una astilla de marfil. Así, en una estatuita de dos pulgadas, descubrís, lleno de pasmo, torsos, movimien-

tos y actitudes que, en su armonía y en su pureza de líneas, evocan las obras clásicas de la estatuaria antigua. En un pez de esmalte rosa aplicado a un prendedor, se distingue el brillo húmedo del agua sobre la viscosidad de la piel, y una libélula de plata y nácar parece que agoniza y aletea temblorosa clavada en su alfiler de oro.

Si se pasa de las avenidas céntricas a las calles de los suburbios, lo pintoresco llega a su colmo. Ese compartimiento donde flamean con frescos tonos primaverales todos los colores de la paleta, es una tienda de legumbres. ¡Qué limpieza, qué aseo, qué idílica frescura! Las legumbres japonesas son célebres por el monstruoso tamaño que han adquirido, gracias a la sabia cultura de aquellos campesinos, secularmente agricultores, que tienen métodos ignorados para la irrigación y el abono de sus tierras. Y en aquella tienda, sobre camas de áurea paja, se tienden los grandes tubérculos, las enormes raíces que parecen haber brotado en una hortaliza de Jauja para la mesa de Gargantúa... Y todo neto, limpio, frutos y legumbres, como fabricados de cera y acabados de barnizar, con blancuras de marfil, con tintas rojas, desde la púrpura sangrienta hasta el coral blanco, y todos los verdes, desde el tierno de las plantas acuáticas y del retoño de bambú, hasta el sombrío del follaje del pino y el verde negro de las cucurbitáceas, que se redondean en su otoñal madurez.

¡Hermoso motivo de acuarela!

JOSÉ JUAN TABLADA.

JOSÉ JUAN TABLADA. — Periodista y poeta modernista, contemporáneo, nacido en México. En el trozo transcripto puede el lector admirar la belleza de su estilo y la originalidad de sus imágenes. (De la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*. Edic. Sociedad Internacional, 1920).

VOCABULARIO. — *Samurai*: guerrero japonés. — *Non plus ultra*: locución latina que significa “no más allá”. Se usa como sustantivo, para ponderar las cosas, exagerándolas y llevándolas hasta el punto más alto a que pueden llegar. — *Cucurbitáceas*: la calabaza, el melón y el pepino pertenecen a esta familia de dicotiledóneas.

POR LAS CALLES DE SHANGHAI

Se ha dicho que el pueblo japonés vive detrás de un biombo moviéndose allí a contraluz, como las sombras chinas. De los chinos, por el contrario, se puede afirmar que viven en la vía pública sin ningún reparo. La impresión más fuerte de la vieja, pululante e inquieta China se recibe por las multitudes innumerables que se agitan en las calles. La primera vez que un europeo se encuentra solo, sumergido en esa muchedumbre, queda asustado y casi sin respiración, como si fuera arrebatado por la corriente de un río turbio e impetuoso o por una marea que sube, arrastra y ahoga. Decenas, centenares de miles de cabezas peladas, de gorritos, de hombros y de camisas azules forman una formidable ola humana que sofoca y enardece el suelo, al igual que una invasión de langostas o termitas. Nunca podrá comprender el secreto de la China misteriosa quien no haya sido arrastrado, como una pajuela en el océano, por esa multitud innumerable y arrolladora, entre blancos cortejos funerarios, amarillos cortejos nupciales, con sus estandartes llenos de escritos y de hórridas serpientes y dragones ondulando sobre la irresistible



marea humana. Es entonces cuando, casi inesperadamente, se nos revela el secreto de la historia china, el secreto de este pueblo que, a pesar de haberse visto tantas veces invadido y dominado por enemigos exteriores, sigue intacta su pujante vida nacional a través de los siglos. ¡Cuántas veces no bajaron dentro de las murallas de la vieja China los tunguses del norte, los manchúes, los mongoles, haciendo estragos como lobos hambrientos en rebaños de ovejas! Pero, pasada la furia de la conquista y el terror, siempre resurge a desafiar el tiempo la muchedumbre azul, que nivela y mezcla vencedores con vencidos, dominadores con dominados, como si todos no fueran más que moléculas de un inmenso cuerpo.

En las turbias aguas del río Sung-Pe están anclados buques de guerra de las grandes potencias del Occidente y del Oriente, con sus largos cañones apuntando hacia Shanghai. A lo largo de los diques de la enorme ciudad se levantan los palacios y los rascacielos de la concesión internacional. Más allá, el hipódromo, los *dancings*, los cafés, los teatros y los clubs de las distintas colectividades extranjeras, con calles amplias y asfaltadas, por las cuales corren frenéticamente los automóviles.

Grandes pabellones y depósitos, oficinas y bancos en donde contrastan intereses europeos, japoneses y americanos, en donde surgen o se destruyen colosales fortunas. Pero todo eso no es más que un escaparate ilusorio, más allá del cual existe la verdadera China, al umbral de las puertas, en las veredas, en las calzadas pululantes de pueblo. Se nota en seguida que el Occidente sólo ha rozado el alma china como si hubiera rasguñado la costra de un grueso pan, dejando intacta la sustancia de la migra chinesca. Es atrás del escenario de los rascacielos donde se revela, en toda su plenitud, la inquieta vida del pueblo de la Celeste República.

En cuanto se acaba el invierno y pasa la corta primavera, todo el mundo se vuelca en las calles, las que son para el pueblo chino lo que para el parisense son los cafés de los grandes bulevares. Durante el caluroso verano, los ricos se van a los lugares de veraneo o se conforman con trasladarse

a las azoteas altas de los palacios de la concesión internacional. Los pobres, los millones de pobres, no tienen más que la calle, que les permite encontrar un poco de alivio al calor estival, aprovechando por eso el reducido espacio de ellas que enfrenta sus chozas, sobre la vereda o en la calzada misma. Se ubican con sillas, banquitos de bambú, bancos de madera y hasta con colchones, para dormir al aire libre. Y la calle se transforma en algo así como una gran feria o un campamento provisional, donde reinan la más pintoresca confusión y el más ensordecedor griterío de la gente y el llamamiento de los vendedores (desde las semillas de zapallo y polpetas de arroz, hasta los más íntimos utensilios domésticos) y las musiquillas ambulantes, los charlatanes y hasta el teatro. Porque hasta el teatro de la vieja China se ubica en la calzada o a lo largo de las veredas.

Teatros, juegos, representaciones, acrobacias: ésta es la calle china en las calurosas noches de verano, hoy como en los tiempos más antiguos, imagen de una vida que para nosotros parece cuento. Un cuento dulce y pintoresco, sobre el fondo colorido de las serpientes aladas y de los dragones, que tienen por telón los frentes de los rascacielos y, en las turbias aguas del río, las bocas de los cañones de los acorazados de las grandes potencias, apuntando a la gran ciudad de Shanghai.

CORRADO TEDESCHI.

CORRADO TEDESCHI.—Escritor argentino contemporáneo.
Fragmento de su colaboración publicada en la *Revista Geográfica Americana*. 1935.

EL SAHARA

¡Qué poderosa atracción la del desierto! ¡Si la vida fuera menos apremiante! ¡Si tuviéramos días y días; largos días y horas para cruzarlo lentamente! Adquiriríamos quizá una nueva noción del tiempo y de la vida. Porque los minutos a paso de camello, en aquel inmenso reloj de arena móvil y ondulante, deben de ser muy otra cosa que devorados por el automóvil en una variada excursión por tierra firme, florecida de aguas y vegetación.

No pudiendo sumergirme en el desierto, como un místico en su éxtasis, contémplolo desde la orilla como se mira el mar o como desde un libro se admirán los arroboes de los santos. Tuvieron los egipcios aquel raro privilegio de conocer dos especies de mar: el de aguas rumorosas y el de la arena muda, no menos imponente y misterioso.

¿Y cuando pasa el viento? No le presta el desierto follajes donde producir sus mejores melodías, ni le presta olas para su clamor. Entonces el viento silba y revuelve las arenas. Se revuelca y con ellas juega como un niño que hace construcciones en la playa. Esas construcciones del viento son los médanos, que no saben del todo qué imitar: si las olas del mar o las montañas.

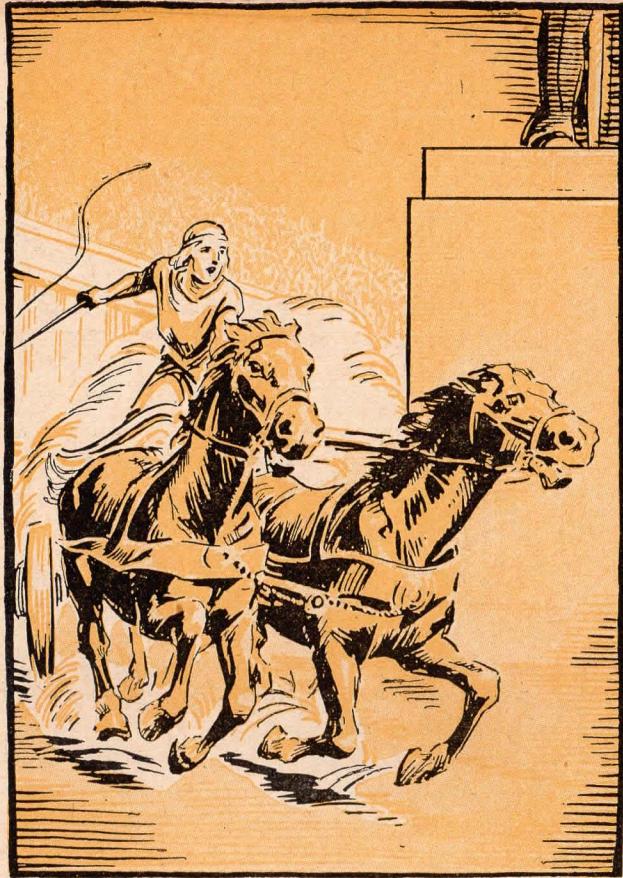
Comprendemos, entonces, que el simún es como el alma del desierto, del que es su movimiento y voz.

Los antiguos egipcios comprendieron sin duda su belleza y su misterio, cuando a sus puertas —como a las puertas de la eternidad— colocaron aquellas tumbas que pretendieron ser, para los privilegiados, moradas eternas.

Al desierto confiaron sus dioses y sus muertos . . .

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.

(De *Tierras del mar azul*. Ed. América Unida, Buenos Aires).



DE OTROS
TIEMPOS

LAS INCREÍBLES REVELACIONES DE LA GRAN PIRÁMIDE

Cuando se dirigen los turistas de El Cairo a Giseh, por un umbrío camino velado por las acacias, no tardan en columbrar, detrás de la playa verde formada por los campos cultivados, la gran mancha amarilla del desierto africano. Allí comienza la estepa quemada, y en el umbral de la inmensa llanura se perfila, en el oro rutilante de poniente, la cumbre de las pirámides.

La mayor, la de Kheops, atrae inmediatamente la atención por sus proporciones fantásticas. Ante ese amontonamiento colosal de moles, acumuladas por ejércitos de esclavos, se siente el espíritu dominado por el terror y se piensa involuntariamente en el fin que perseguían los faraones y los sacerdotes egipcios, al acumular esas enormes rocas, talladas regularmente en todas sus caras y dispuestas bajo una forma geométrica definida.

Los guías, que no faltan en la comarca, los libros que podréis consultar, los arqueólogos que descifran con lupa las inscripciones jeroglíficas, os dirán que las pirámides no son más que monumentos funerarios, o mejor dicho, las tumbas de los reyes poderosos de aquellas épocas remotas.

¡Cuánto lujo, cuántos esfuerzos, cuántas vidas de hombres empleadas en perpetuar el recuerdo de las dinastías egipcias! Pero, ¿fueron construidas esas pirámides con el único propósito de que sirvieran de tumbas? En muchos casos sirvieron de lugar de sepultura, pero una idea más elevada, en nuestra opi-



nión, debió de presidir su construcción: Además, lo que podría demostrarlo es precisamente la existencia de la mayor de entre ellas, la de Kheops, construída bajo la cuarta dinastía, que reinó unos cuatro mil años antes de la era cristiana. Su construcción es extremadamente esmerada, pero no se descubrió casi ninguna huella de inscripciones. Se tardó mucho tiempo antes de descubrir la entrada de los corredores que llegaban hasta las cámaras internas. Esas cámaras, que son tres, recibieron denominaciones antojadizas: cámara del rey, cámara de la reina y cámara subterránea. En vez de sarcófago, en la cámara del rey se levanta una pila de piedra maravillosamente tallada. La Gran Pirámide no es, pues, una tumba. Entonces, ¿con qué fin ha sido erigida?

Misterio.

Los sacerdotes egipcios, esos maravillosos sabios de la antigüedad, ¿quisieron, acaso, fijar en un monumento imperece-

dero datos precisos y nociones científicas de su época? ¿Por qué no?

* * *

Las primeras revelaciones acerca de la Gran Pirámide remontan a fines del siglo XVIII. Cuando los sabios de la expedición de Bonaparte resolvieron efectuar la triangulación de Egipto, la Gran Pirámide les sirvió de punto de partida de un meridiano central que adoptaron como origen de las longitudes de la región. Pues bien, cuál no sería su asombro cuando comprobaron que las diagonales prolongadas del monumento, encerraban muy exactamente el delta formado por el Nilo en su desembocadura, y que el meridiano, es decir, la línea Norte-Sur, pasando por su vértice, divide a ese mismo delta en dos sectores rigurosamente iguales. Evidentemente, no podía tal cosa ser debida al azar. Ese resultado es buscado deliberadamente y es menester llegar a la conclusión de que los constructores de ese inmenso monumento eran geométricos de la mayor capacidad. Pura coincidencia, se dirá. Quizá; pero, confiéssese, con todo, que la comprobación no deja de preocupar.

Otra indicación que demuestra que esta pirámide pasó, no por una tumba, sino por un monumento cuyas proporciones fueron calculadas de modo de materializar, por decirlo así, nociones numéricas y relaciones matemáticas dignas de ser conservadas: los matemáticos modernos han demostrado que la relación entre la circunferencia y el diámetro (representada por la letra griega "Pi") es incommensurable, pudiendo admitirse como valor muy aproximado de esta relación 3,1415926, y en la práctica, 3,1416.

Los métodos empleados para llegar a ese resultado fueron desconocidos por la antigüedad clásica; se basan en consideraciones enteramente modernas... y, sin embargo, vamos a ver "que esa constante Pi, buscada durante tantos siglos, se halla materializada en la Gran Pirámide". Adicionemos, en efecto, los cuatro lados de la base del monumento, cuyo valor primitivo era de 232,805 m para cada lado. Tendremos para el perí-

metro 931,22 m. Dividamos ahora la longitud de ese perímetro por el doble de la altura de la pirámide, que era, cuando su construcción, de 148,208 m y hallaremos el valor de Pi, o sea 3,1416. De modo, pues, que ese monumento, único en el mundo, es realmente la consagración material de un valor importante, para el cual el espíritu humano ha derrochado esfuerzos inimaginables.

TH. MOREUX.

(De *La Prensa*, 1923).



LAS OLIMPÍADAS Y OTROS JUEGOS ATLÉTICOS

En Grecia, cada ciudad celebraba fiestas en honor de sus dioses tutelares. En ellas, no tenían derecho a intervenir más que los ciudadanos, los habitantes de otra población aliada, los de una colonia y los de la metrópoli. Pero en cuatro lugares de Grecia se convocaban periódicamente unos grandes concursos, a los que podían asistir cuantos perteneciesen a la raza helénica, ora como meros espectadores, ora con ánimo de luchar en los diversos certámenes. Los más antiguos e ilustres eran las Olimpiadas.

Desde el año 776 antes de Jesucristo, se celebraban cada cuatro años. Los preparativos coincidían con el plenilunio que caía en agosto. Unos heraldos, coronados de flores, proclamaban por toda Grecia la "Tregua Sagrada", que duraba los seis o siete días de la celebración de los juegos y además el tiempo necesario para ir a Olimpia, desde todos los rincones de Grecia, y volver. Desde diez meses antes de la fecha, los diez jueces de los concursos, alojados en tiendas blancas, bajo los olivares de Olimpia, se instruían en sus deberes y funciones. Por la "Vía

Sagrada" afluía continuamente un gran gentío: embajadas, diputaciones de las comunidades y de los príncipes, curiosos y devotos; peregrinos, rapsodas, acróbatas y mercaderes. Ni siquiera los esclavos o los bárbaros quedaban excluidos de la asistencia. Todos en Olimpia habían de ser huéspedes del propio Júpiter.

Al despuntar el día, los atletas se presentaban a los presidentes y probaban, mediante testimonios, la pureza de su sangre helénica, *así como el estar limpios de toda nota infamante, civil o religiosa*. Después juraban *no valerse de ningún artificio o maña desleal para vencer*, así como el haber observado durante diez meses el régimen de entrenamiento atlético reglamentario. Esto era de rigor, y la sospecha de que algún atleta no lo había cumplido provocaba grandes querellas.

Los concursos eran: la carrera a pie de vueltas al estadio; el "pentathlon" o sea la combinación de cinco juegos: salto, carrera a pie, lanzamiento del disco y de la jabalina, y la lucha; el pugilato, en que los atletas peleaban con los puños guarnecidos de correas de cuero, y, en fin, las carreras de carros. Añádianse también concursos de poesía y de música.

Después de los combates, un heraldo proclamaba el nombre del vencedor y el de sus padres, como también el de su patria. El premio era materialmente sencillo: una corona de olivo y una palma, pero no había en Grecia gloria comparable a la suya. El nombre del héroe era como canonizado en el calendario griego; su estatua quedaba erigida dentro del recinto sagrado de Altis. Alcanzaba, en fin, ciertos privilegios.

CARLOS RIBA.

CARLOS RIBA.—Escritor español contemporáneo. Este fragmento es de su libro *Fiestas y espectáculos en la antigüedad*. (Ed. Muntanola, Barcelona, 1920).

PLATÓN

*Platón con sus discípulos pasea
bajo los verdes plátanos. Su acento
vierte el consuelo de una nueva idea.
y para oírle se detiene el viento.*

*Se oyen tranquilas resbalar las fuentes,
lanza un ave en un mirto alegres quejas,
y en torno de rosales florecientes
zumban, ebrias de mieles, las abejas.*

*Y después de un silencio sobrehumano,
en un gesto de siembra abre la mano...
junto a una vieja estatua se detiene...*

*Su voz resuena... Y con callado vuelo
una paloma hasta sus labios viene
para llevarse su palabra al cielo.*

FRANCISCO VILLAESPESA.

FRANCISCO VILLAESPESA.—Poeta y autor dramático español, nacido en Almería en 1879. Sus sonetos se han hecho famosos y su poesía *La hermana* lo ha colocado entre los mejores poetas. (De *Mis mejores poesías*, Ed. Maucci, 1917, Barcelona).

BIOGRAFÍA DE PLATÓN.—Ha sido uno de los grandes pensadores que ha tenido la humanidad y cuya actuación se remonta al siglo IV antes de J. Cristo. Nacido en Atenas, figuró entre los discípulos de Sócrates, gran filósofo griego, cuyas enseñanzas produjeron honda impresión en el joven ateniense. En Atenas fundó una escuela de filosofía, enseñando la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales. Esta tarea ocupó cuarenta años de su vida. Escribió muchísimas obras; una de las más perfectas es *La República*, donde plantea el ideal de la vida pública. Está escrita en forma dialogada, que es la preferida por Platón. Cuando se ocupa de moral, escribe páginas hermosas sobre el bien y la virtud.

ENCUENTRO DE HÉCTOR Y AQUILES

(DE LA “ILÍADA”)

Sabido es que la *Ilíada* tiene por asunto un episodio de la guerra de Troya. En Asia Menor, frente mismo a Grecia, existía un reino poderoso, cuya capital era Troya. Las naves griegas y troyanas encontrábanse frecuentemente; esta enemistad fué creciendo y ambos pueblos fueron enemigos irreconciliables. El rey de Troya robó a la esposa del rey de Esparta, y esto fué la causa de la guerra mencionada. Después de diez años, Troya fué tomada por los griegos (1184 años antes de J. C.). En este pasaje de la *Ilíada*, Homero hace intervenir a los siguientes personajes: Aquiles, el más famoso de los héroes griegos; Héctor, el más calificado de los héroes troyanos; Príamo y Hécuba, padres de Héctor, y Júpiter, padre de hombres y dioses griegos.

Aquiles, el de los pies ligeros, se encaminó apresuradamente a la ciudad, como el corcel vencedor en la carrera de carros trotó veloz por el campo; tan ligeramente movía Aquiles pies y rodillas.

El anciano Príamo fué el primero que con sus propios ojos le vió venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche oscura y recibe el nombre de perro de Orión; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe mientras éste corría.

Gimió el viejo y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas de la ciudad y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, tendiéndole los brazos, le decía en tono lastimero:

—¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre. Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas. Compadécete de mí, de este infeliz y desgraciado que aun conserva la razón.

Así se expresó el anciano, pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, dijo estas aladas palabras:

—¡Héctor, hijo mío! Apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado, y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo.

De esta manera, Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas súplicas, sin que lograsen persuadirle; pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya se acercaba cual si fuese Marte, el impetuoso luchador.

Héctor, al verle, se echó a temblar y ya no pudo permanecer allí, sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y Aquiles, confiando en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo.

Como en el monte el gavilán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma, ésta huye con tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola repetidas veces, así Aquiles volaba enardecido y Héctor movía las ligeras rodillas, huyendo azorado en torno a la muralla de Troya.

De semejante modo aquéllos dieron tres vueltas a la ciudad de Príamo. Todas las deidades los contemplaban. Y Júpiter comenzó a decir:

—¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi corazón se compadece de Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio en las

cumbres del Ida, en valles abundosos y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino Aquiles le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, deliberad, oh dioses, y decidid si le salvaremos de la muerte o dejaremos que, a pesar de ser esforzado, sucumba a manos de Aquiles.

En tanto, el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor.

Con la cabeza hacía señales negativas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la gloria de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los manantiales, el padre Jove tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes, la de Aquiles y la de Héctor, para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte; cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió hasta el Orco (infierno).

HOMERO.

HOMERO. — El primer poeta épico. Vivió en el siglo x antes de J. C. Nacido en Grecia, cantó maravillosamente hazañas guerreras. Sus obras más famosas son *La Iliada* y *La Odisea*. A través de sus páginas, el lector conoce las costumbres de la Grecia antigua. De la obra nombrada en primer término —versión directa y literal del griego por Luis Segalá y Estalella—, es este fragmento. (Ed. Montaner y Simón. Barcelona, 1908).

GRANDEZA DEL CIUDADANO ROMANO

En los verdes ribazos del Tíber, sobre algunas colinas de escasa altura que avizoraban una llanura paludosa cubierta de cañas, silenciosa y solitaria, se levantó, según la tradición, el 21 de abril del año 753 antes de la era cristiana, la ciudad de Roma. Modesta y oscura, inferior por mucho tiempo a otras vecinas, aquella población estaba destinada a fundar el más vasto y duradero imperio de la antigüedad, cuyo tipo de civilización, en múltiples aspectos, se mantiene aún en nuestro

tiempo. ¿Cómo explicar ese asombroso proceso? Aparte de numerosos complejos, no hay duda que el mérito esencial fincó en el elemento humano. El romano resultó de la fusión de tres pueblos que aportaron a su formación virtudes características: el etrusco, industrioso; el latino, atrevido, y el sabino, tenaz. Era de baja estatura, moreno, musculoso y sufrido. Trabajaba con ardor y entusiasmo. Amaba la tierra blanda y húmeda de sus pantanos; pedregosa y pobre de sus lomadas, tierra hosca y bravía que sólo se rendía al esfuerzo prolongado y diligente. Antes de la salida del sol, ya se ponía en marcha desde su choza techada de paja, rumbo al surco, acompañado de sus hijos y esclavos, y allá se que-



daba, bajo el sol ardiente, revolviendo los terrones, apartando los guijarros, arrancando las malas hierbas, drenando los charcos. Más tarde, en sus campañas, el soldado-campesino llevó sobre sus espaldas la pala y la azada, y entre dos combates, delineó centenares de campamentos y trazó centenares de millas de caminos y salvó ríos con sólidos puentes y hondonadas con altos viaductos.

Construyó monumentos tan firmes, que sólo la acción deliberada de los hombres, más que el trascurso del tiempo, pudo destruirlos parcialmente. Por eso se dijo de ellos que “trabajaban para la eternidad”, y aun hoy se emplea la expresión “obra de romanos” cuando queremos referirnos a una empresa ardua y fatigosa.

Era paciente y perseverante. La derrota no le arredraba y el obstáculo, antes que amilanarle, despertaba en él nuevos bríos.

Aunque no tenía el genio creador del griego, ni su portentosa imaginación, ni su exquisita sensibilidad artística, era inteligente y observador y sabía apropiarse con eficacia de todo lo útil y mejor que encontraba en los otros pueblos. Al estallar las guerras púnicas, contra los cartagineses, ignoraba casi el arte de la navegación, indispensable para decidir la victoria.

Entonces consiguió capturar una nave enemiga; la trajo a tierra, estudió su estructura, y mientras los esclavos sobre especiales catafalcos se adiestraban en el rítmico manejo de los largos y pesados remos, construyó gran número de embarcaciones, con las que obtuvo brillantes triunfos.

Era disciplinado. La familia se basaba en la religión de los antepasados, objeto de un culto particular. El padre era profundamente respetado, cualquiera fuese la edad y condición del hijo. Se cuenta de un cónsul que, al cruzarse con el autor de sus días, bajó del caballo y se alejó de su escolta para arrodillarse ante él.

La madre gozaba de singular prestigio. En su honor se había creado una ceremonia anual, la “matronalia”. En ese día era obsequiada y festejada.

Coriolano, joven patrício, desterrado de la ciudad, se puso al frente de un pueblo enemigo y vino a sitiárla. Su madre, Veturia, se dirigió a su campamento. Erguida y solemne, majestuoso el porte y centelleante la mirada, le preguntó: “¿Es a mi hijo o a un enemigo a quien hablo?” El soberbio caudillo inclinó la cabeza sin responder y ordenó la retirada. Una leyenda refiere que sus huestes, enfurecidas por esa actitud, le dieron muerte.

Mucho después, en una reunión de damas romanas, cada una mostraba complacida sus alhajas y preseas. Sólo Cornelia, sencillamente vestida, no había exhibido sus riquezas. “¿Dónde están tus joyas?”, le interrogaron. La matrona hizo venir a sus dos hijos, y poniendo las manos sobre sus cabezas, exclamó: “Aquí están”.

Esa disciplina se reflejaba también en el respeto a la Ley y en el amor a la Patria. *Dura lex, sed lex* (la ley es dura, pero es la ley), decía una de sus máximas. Los niños aprendían a leer y escribir en el libro de las XII Tablas, que era el Código Civil. “La salvación del pueblo es la ley suprema”, rezaba otro de sus principios. Por lo tanto, ningún interés, ninguna consideración, ningún derecho, por respetable que fuera, podía erigirse contra el interés supremo de la ciudad, ante el cual todo debía sacrificarse.

Era sobrio y sencillo; su alimentación, frugal; su indumentaria, pobre. Cuando fueron a ofrecer a Cincinato el cargo de dictador, lo encontraron labrando su heredad, cubierto de sudor y polvo. Pidió que le llevaran un cántaro de agua y una túnica limpia, para recibir con el debido decoro a los magistrados, y, después de lavarse y cambiarse, se entrevistó con ellos y aceptó la designación. Gracias a sus medidas acertadas y energéticas, derrotó al enemigo y salvó a su patria; luego, rehusando toda recompensa, volvió serenamente a empuñar la mancera de su arado.

Era práctico y objetivo; hablaba poco y de una manera concreta. Por eso nos dejó un idioma meduloso y conciso, padre de nuestra lengua, idioma hecho para sentencias breves y profundas, dignas de acuñarse en medallas.

La fatiga penosa que le exigía la obtención de su escaso peculio le hizo ahorrativo: defendía celosamente sus intereses; hizo de la propiedad algo sagrado, y los postes que limitaban sus campos eran dioses cuya remoción implicaba el delito de sacrilegio. Este sentido de lo propio y ajeno lo llevó a reglamentar minuciosamente las situaciones posibles de la convivencia social. De ahí nació el derecho que se basaba en estas tres reglas: *vivir honestamente; dar a cada cual lo suyo y no perjudicar a los demás*. Posteriormente, sus preceptos toscos y aun crueles se fueron refinando y multiplicando por una obra maravillosa de lógica que sus admiradores llamaron “la razón escrita”. El Derecho Romano es el monumento jurídico más completo que nos dejó el pasado, el exponente más luminoso de la sabiduría de ese pueblo y la columna vertebral de nuestras instituciones.

Tenía el amor al orden y a la simetría. Fué organizador y civilizador. A su paso, la barbarie tumultuosa y anárquica se domeñaba y encauzaba. Virilizó el oriente afeminado y suavizó el occidente inculto; dentro de los límites de su vasto Imperio, alcanzó varias veces ese ideal de paz y armonía universal que desde entonces el Mundo busca en vano recobrar.

JOSÉ CARLOS ASTOLFI.

(Inédito).

JOSÉ CARLOS ASTOLFI. — Educador e historiador argentino contemporáneo.



DECADENCIA DEL CIUDADANO ROMANO

Junto a sus virtudes, el ciudadano romano reunía otras modalidades que, exageradas, constituyeron finalmente defectos. Su espíritu práctico degeneró en grosero materialismo. Despreció la poesía, el arte puro, las altas y desinteresadas especulaciones de la inteligencia. «Para qué sirve?», era su pregunta. Sus más altas figuras literarias no pudieron nunca desprenderse del todo de esta sordidez de sentimientos. Su religión fué un paganismo subalterno y egoísta.

En cada uno de sus innumerables dioses veía un ente superior del que podía, halagándole, sacar algún provecho. Su culto era un crudo acto comercial. Se ofrecía una dádiva, tarifada por los libros rituales, a cambio de un favor. Y si el dios no lo otorgaba, se enfurecía contra él y lo insultaba por el fraude de que se creía víctima. No sentía hacia la divinidad ese amor entrañable, esa confianza absoluta en su infinita bondad, esa fe incombustible en su suprema justicia, que es la esencia del Cristianismo. Su interés degradó en avidez de lucro; en un furioso afán de enriquecerse; en una sed insaciable de conquista. El vencedor saqueaba metódicamente los países sometidos y volvía a Roma cargado de despojos óptimos. Allí se le concedía el derecho de organizar un desfile solemne llamado el Triunfo.

Bajo las miradas codiciosas del pueblo todo, apeñuscado en dos largas hileras por el trayecto, pasaban las carretas colmadas

de cántaros y tinajas rebosantes de monedas de oro y de plata; de estatuas, de cuadros, de brillantes armaduras, de piezas de ricos géneros, y detrás, escoltados por los veteranos, la fila interminable de los cautivos, hombres, mujeres y niños, destinados a ser vendidos como esclavos y algunos a ser decapitados en los calabozos. Y en el pecho de los espectadores palpitaba tumultuoso el deseo de enrolarse en una próxima expedición y de apoderarse de países nuevos, para participar de las futuras expoliaciones. Así la guerra y la dominación fué enseñoreándose de sus pensamientos; la riqueza adquirida por la violencia reemplazó a la ganada por el trabajo; se bastardeó el tipo primitivo por el cruce cada vez más frecuente con las razas inferiores, y, poco a poco, bajo el nombre de romano, se fué formando un ser nuevo, inferior y corrompido, que buscó en la sangre de los espectáculos feroces del circo, el latigazo estimulante para sus nervios relajados, y en la orgía, la satisfacción de sus bajos instintos... hasta que se levantó en Oriente la Cruz redentora de Jesús, con su verbo de paz y de esperanza, para iniciar una nueva era de la Historia.

JOSÉ CARLOS ASTOLFI.

(Inédito).



MIGUEL ÁNGEL

Quien no crea en el genio, quien no sepa lo que es, que mire a Miguel Ángel. Jamás un hombre fué de tal modo su presa. Este genio no parecía de la misma naturaleza que él: era un conquistador que se echaba sobre él y que lo tenía esclavizado. Su voluntad no entraba en ello para nada; y casi podría decirse: para nada su espíritu y su corazón.

“Me extenuó trabajando como hombre alguno lo ha hecho” —escribía.

“No pienso en otra cosa que en trabajar día y noche”.

Esta necesidad enfermiza de actividad, no sólo le hacía acumular las tareas y aceptar más compromisos que los que podía ejecutar: aquello degeneraba en manía. Quería esculpir montañas. Si tenía que construir un monumento, perdía años en las canteras en la elección de sus bloques y en la construcción de caminos para transportarlos. Quería serlo todo: ingeniero, capataz, tallista; todo lo hubiera hecho por sí mismo: levantar palacios, iglesias, él solo.

Era una vida de forzado. No se tomaba siquiera tiempo para comer o dormir.

* * *

Un bloque de mármol gigantesco había sido confiado, cuarenta años antes, para la obra de la catedral, a Agostino di Duccio, para tallar la figura de un profeta. Apenas esbozada, la obra había sido interrumpida. Nadie quería continuarla. Miguel Ángel se encargó de ello, y de ese bloque de mármol hizo salir el David colosal.

Se refiere que Pier Soderini, que había venido a ver la

estatua cuya ejecución ordenara a Miguel Ángel, le hizo algunas críticas, para atestiguar su gusto: censuró el grueso de la nariz. Miguel Ángel subió al andamio, tomó un cincel y un poco de polvo, y, mientras removía ligeramente el cincel, hacía caer poco a poco el polvo; pero se cuidó mucho de tocar la nariz, y la dejó como estaba. Después, volviéndose hacia Soderini, dijo:

—Mírela ahora.

—Ahora —dijo Soderini— me gusta mucho más. Usted le ha dado vida.

Entonces Miguel Ángel descendió y rió silenciosamente.

* * *

Las grandes almas son como las altas cimas. El viento las bate, las nubes las envuelven; pero allí se respira mejor y con más fuerza que en otra parte. El aire tiene una pureza que lava el corazón de sus manchas, y cuando las nubes se apartan, se domina el género humano.

Tal fué esta montaña colosal que se elevaba por encima de la Italia del Renacimiento y cuyo atormentado perfil vemos perderse a lo lejos, en el cielo.

Yo no pretendo, de ninguna manera, que el común de los hombres pueda vivir sobre esas cimas. *Pero que un día en el año suban allí en peregrinaje. Renovarán el aire en sus pulmones y la sangre de sus venas. Allá arriba se sentirán más cerca del Eterno. Después, descenderán hacia la llanura de la vida con el corazón templado para el combate diario.*

ROMAIN ROLLAND.

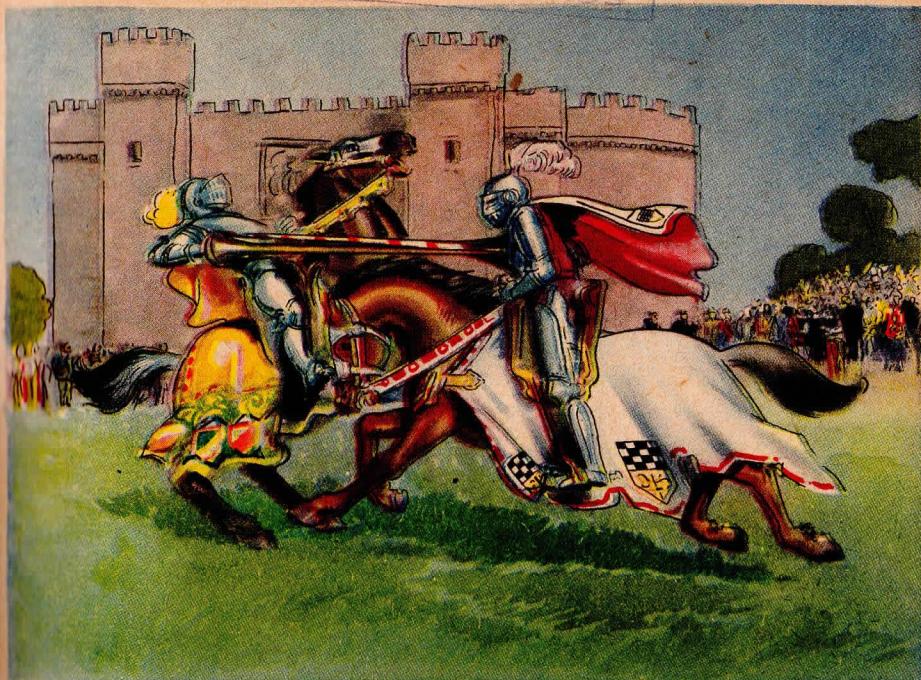
ROMAIN ROLLAND. — Escritor francés contemporáneo. Es autor de obras de teatro, dramas y de crítica musical. Entre sus principales obras citaremos *Juan Cristóbal*, en diez tomos, de hondo contenido y gran valor literario. Ha escrito también las biografías de Beethoven, Tolstoi, Gandhi y Miguel Ángel. De la última es este fragmento. (Ed. Claridad, 1924, Buenos Aires).

UN TORNEO EN LA EDAD MEDIA

Magnífico era el espectáculo que la palestra ofrecía en aquel momento. Las galerías estaban ocupadas por las familias más ricas, más nobles y más poderosas, y por las damas más bellas del norte y del centro de Inglaterra. El contraste de las galas de estos ilustres espectadores presentaba un conjunto tan alegre como espléndido. El espacio interior y más bajo, ocupado por labradores ricos y honrados habitantes, que vestían con más sencillez, formaba una especie de guarnición de colores opacos alrededor de aquel círculo brillante, realzando su lucimiento y esplendor.

Los heraldos habían terminado su proclamación con el acostumbrado grito: “¡Largueza, largueza, valientes caballeros!”, y al punto desprendióse de las galerías una lluvia de monedas de oro y plata, porque, según los usos de aquellos tiempos, era gala entre los caballeros mostrarse generosos y liberales con aquellos empleados que, al mismo tiempo, eran los secretarios y los cronistas de honor. Esta prodigalidad fué contestada por los heraldos con aclamaciones: “Amor a las damas, honor a los generosos, gloria a los valientes”, a las cuales uniéronse los aplausos de la muchedumbre y los ecos de los instrumentos musicales.

Terminado que hubo este ruido, retiráronse los heraldos del palenque en alegre y vistosa procesión, y sólo quedaron en él los maestres de campo, armados de punta en blanco y a caballo, inmóviles como estatuas, y situados en los puntos extremos de la palestra. Al mismo tiempo, el espacio de la extremidad del norte, aunque ancho, estaba por completo ocupado



por los caballeros que deseaban medir sus fuerzas con los mantenedores, y, vistos desde las galerías, parecían un mar de ondeantes plumas, refulgentes yelmos, altas lanzas con brillantes pendones, los cuales, impulsados por el viento, unían su trémula agitación a la de los penachos, formando una escena animadísima y lucida.

Las barreras fueron por fin abiertas, y los cinco caballeros a quienes había caído en suerte pelear, entraron lentamente en la plaza. Abría la marcha uno y los demás le seguían de dos en dos. Todos ellos estaban magníficamente armados. El manuscrito sajón del cual tomamos estas noticias relata detalladamente sus divisas, sus colores y la descripción de los bordados de sus gualdrapas y arreos.

Llegado que hubieron al sitio del combate, sonó detrás de las tiendas de los mantenedores una música extraña y del género oriental, puesto que habían venido de Tierra Santa. Las miradas de la multitud estaban fijas en los cinco, los cuales se acercaron a la plataforma en que estaban las tiendas, y, separándose allí, cada uno tocó ligeramente y con el cabo de la lanza el escudo del caballero con el cual quería combatir.

Las trompetas y los clarines dieron la señal, y todos partieron a carrera tendida, siendo tal la superior destreza, o la buena fortuna de los mantenedores, que los contrarios cayeron al suelo al primer encuentro.

Las aclamaciones de la muchedumbre y las trompetas de los heraldos anunciaron el triunfo de los vencedores y la derrota de los vencidos. Los primeros retiráronse a sus pabellones, y los segundos, levantándose del suelo como pudieron, abandonaron confusos y avergonzados la pista, y fueron a tratar con los vencedores acerca del rescate de las armas y caballos que, según las leyes del torneo, les correspondían.

WALTER SCOTT.

WALTER SCOTT (1771-1832). — Escritor inglés. Este fragmento se ha tomado de su novela *Ivanhoe*. (Ed. Sopena, Barcelona, 1932).

A COLÓN

*Boga, boga con ánimo valiente,
empuñando el timón con firme mano,
y no te arredre ese murmullo vano
del vulgo necio y del motín reciente.*

*Marcha, marcha, derecho al Occidente:
allí del nuevo mundo está el arcano
que adivinó tu genio soberano
y que ves con los ojos de la mente.*

*Fíate en Dios cuando los mares sondas,
que, si no existen mundos ignorados,
han de surgir del seno de las ondas:*



*Naturaleza y genio son aliados,
y todo cuanto el genio ha prometido
Naturaleza siempre lo ha cumplido.*

BARTOLOMÉ MITRE.

(De *Álbum Literario*, 1870, Buenos Aires).

BARTOLOMÉ MITRE (1821-1906). — Estadista y general argentino; escritor e historiador. Uno de los próceres que más contribuyó a la prosperidad y engrandecimiento de su patria. Fué presidente de la República. Fundó el diario *La Nación*. Entre sus obras notables figuran la *Historia de San Martín* y la *Historia de Belgrano*. Escribió también hermosas e inspiradas poesías.

EL DESTERRADO DE SANTA ELENA

“Estoy ya demasiado vieja para soportar una navegación de dos mil leguas; tal vez moriría en el camino, pero no importa, estaré más cerca de usted”. Napoleón, gimiendo, lee y relee esta carta, la primera que han dejado pasar desde hace un año. Las potencias aliadas prohíben el viaje a Leticia.

¡Quién sabe si, a lo mejor, la vieja mujer podría hacerlo evadir! Desterrada de Francia con toda su familia, por segunda vez se le cierran las puertas de Córcega. De Roma, donde ella vive ahora, trata, durante varios años, de obtener para su hijo una residencia más saludable. A los soberanos reunidos en Aquisgrán, Leticia escribe: “Sires: Una madre afligida, más allá de toda expresión, ha esperado desde hace mucho tiempo que la reunión de Vuestras Majestades Imperiales y Reales le devuelva su felicidad. No es posible que el cautiverio prolongado del Emperador Napoleón esté aún sin discutirse, y que vuestra grandeza de alma, vuestro poder, el recuerdo de los acontecimientos pasados, no lleven a Vuestras Majestades Imperiales y Reales a interesarse por la liberación de un príncipe que tuvo tanta parte en sus intereses y aun en su amistad... Yo pido su libertad a Dios, la pido a Vosotros, que sois sus representantes sobre la



Tierra. La razón de Estado tiene sus límites; la posteridad, que todo lo inmortaliza, adora, por sobre todo, la generosidad de los vencedores..."

Nadie le contesta.

Poco tiempo después, el prisionero se entera de que "Sus Majestades" han acusado a su madre de ser la instigadora de una conspiración en Córcega, conspiración que habría tenido ramificaciones a través de toda Francia. Hasta se llegó a citar el número de millones que Leticia habría gastado a este respecto. El Papa se ve obligado a mandar a su secretario de Estado a pedir aclaraciones a madame Mére:

"Diga usted al Papa, para que los reyes ileguen a saberlo —responde ella—, que si tuviese la dicha de poseer todos los millones que me atribuyen, no me habría dedicado a pedirles ayuda. Mi hijo tiene bastantes partidarios. Armaría una flota para sacarlo de esa isla donde la injusticia lo tiene prisionero".

¡Qué justo orgullo debe henchir el corazón de su hijo cuando lee tal respuesta!

* * *

Habiendo leído en un periódico inglés que él poseía enormes tesoros, se pone en pie de un salto y dicta a las personas que se encontraban en ese momento por casualidad con él, esta página admirable: "¿Queréis conocer los tesoros de Napoleón? Son inmensos, es verdad, pero están expuestos a la luz del día. Helos aquí: el magnífico puerto de Amberes, el de Flessinga, capaces de albergar las escuadras más numerosas y de preservarlas de los hielos del mar; las obras marítimas de Venecia; los pasos del Simplón, del Mont-Cenis, del Mont Genevre de la Corniche, que abren los Alpes en cuatro direcciones. Estos pasos superan en audacia, en grandeza, en esfuerzo y en arte, a todos los trabajos de los romanos. El canal que une el Rhin con el Ródano; la restauración de la mayor parte de las iglesias demolidas durante la Revolución; la construcción de un gran número de establecimientos industriales; la construcción del Louvre; los fondos acumulados para crear más de cuatrocientas

fábricas de azúcar de remolacha; una porción de millones dedicados al fomento de la agricultura... ¡He ahí lo bastante para constituir un tesoro de varios millones, capaz de durar aún varios siglos!"

Así defiende Napoleón su obra; con gesto real designa, entremezclados, los caminos, las fábricas de azúcar y el establecimiento de la Iglesia Católica, previendo, por una intuición que se adelantaba en un siglo a los juicios de la posteridad, que tales serían, en efecto, sus mejores títulos de gloria.

* * *

A la salida del sol, de pie en la puerta de una casa cuyos habitantes todavía duermen, hay un hombre con levita blanca y zapatillas rojas. Cubre su cabeza un ancho sombrero de paja y lleva en una mano una azada. Agita un esquilón llamando a los durmientes al trabajo. Hay que levantar un muro, que prolongar una zanja y reconquistar una zona de terreno al mar. De todos lados acuden armados los trabajadores: unos, de sus palas; otros, de sus rastrillos o hachas y azadones, y el trabajo comienza bajo las órdenes del que dirige.

El emperador semeja un Fausto centenario.

El último año de su vida ha comenzado. Ha resuelto, ocurría lo que ocurriere, permanecer en esa roca, y ya que nadie quiere hacérsela más amable, él mismo se va a hacer un jardín. Un muro en semicírculo lo protegerá contra el sol, los vientos alisios y las miradas del centinela. Se construyen cisternas para recoger el agua de lluvia. El Emperador hace traer tierra, flores, veinticuatro grandes árboles, duraznos, naranjos, y frente a su ventana hace plantar una encina. Esos árboles, llegados del Cabo, han sido traídos a Longwood por los artilleros ingleses, esos artilleros que conoce desde las guerras de España.

Jardineros chinos, coolies, indios, criados franceses, mozos de cuadra ingleses, todos toman parte en el trabajo, hasta el mismo doctor Montholon y Bertrand. Cuando el oficial inglés de servicio se aproxima, puede ver al Emperador tomar de manos de su gran mariscal una mata de césped y colocarla con

precaución sobre el declive del terreno, y regarla abundantemente, pues sabe que este césped trasplantado necesita especiales cuidados para crecer en tierra extraña. El trabajo se prosigue durante siete meses. Muy pronto este jardín, mágicamente improvisado sobre aquella roca, es considerado como una maravilla, y la hija del gobernador viene a contemplarlo a hurtadillas. Es el último milagro que lleva a cabo Napoleón.

EMIL LUDWIG.

EMIL LUDWIG.—Escritor alemán contemporáneo. Entre sus obras más notables figuran *Miguel Ángel*, *Lincoln* y *Napoleón*. (De esta última se ha tomado este fragmento. Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936).

CANTO DE JULIO

*¿Cuál grito fué primero? El vuestro, yanquis.
¡El tuyos, Wáshington!
De los pastos azules, de la gleba
que hace saltar pacífico el arado;
de las tierras con huertas; de los huertos
de almendros y manzanos;
de los parrales con racimos;
de los alegres pámpanos;
y de los limpios círculos del cielo . . .
De la paz de las casas y los campos:
de allí nació aquel grito que decía:
“¡Libertad! ¡Libertad!”, el grito santo.
Pero ¿de dónde más el hondo grito
fué con alas de fuego levantado?
Del corazón de un hombre bueno
que se llamaba Wáshington.*

*Él sabía, él sabía
de semillas, de siembras y de plazos;
de los trabajos y los días justos*

según ruedan inviernos y veranos:
que no era más que un labrador, un hombre
de andar los campos con el alba arando.
Y la divina aurora
se acordaba de Roma y Cincinato
viendo a aquel hombre bueno
que se llamaba Wáshington.
Y Dios estaba siempre en su palabra,
y en la obra de sus manos,
y en su silencio en flor: Dios . . . ¡luz antigua
del corazón honrado!

* * *

Después tu grito oyó la América,
Miranda legendario
que dejabas a los hombres pensativos
o espantados.
Así eras tú, ~~Miranda~~
legendario.
Y dijiste a los pueblos,
a los pueblos dormidos: — Despertaos.
Ya es la hora, ya sube el sol ilustre.
El sol por tu palabra fué llamado;
y firmaste, primero entre los libres,
el acta del derecho soberano.
Tal fuiste un día el continente todo
a la faz de los pueblos levantado.

*Y esto era en julio, por el mes de julio,
mes de la libertad, venezolano,
como por misterioso
decreto de los cielos decretado.*

*Y siempre julio, al norte, al sur, al este
para la libertad. Signo porfiado;
signo seguro desde el día
de Wáshington;
y también desde aquel de la Bastilla
hasta el vuestro glorioso, colombianos,
y hasta el de San Martín en la florida
ciudad de los Pizarros;
y para ti, bajo los naranjales
de Tucumán, Belgrano.*

*Y decían los héroes a los hombres:
—Anunciado, anunciado
está el gran tiempo de los hombres libres . . .
¡Mortales, ategraos!
Una mañana esplendorosa al mundo
queremos darle; y fiestas de trabajos
gloriosos y magníficos. Queremos
bajo el abierto sol americano,
hacer un rey del hombre. ¡OÍD MORTALES! . . .
de laureles y rosas coronado;
un no sabido rey . . . Veréis en trono
a la noble igualdad por fin reinando.*

*Así, para la patria,
Canto de julio canto.*

*Canto la fe suprema
en el destino humano.
Canto las manos del escudo, unidas;
ese apretón de manos
de igual a igual, y el gorro frigio en signo
de redención alzado.*

*Así la Democracia,
la Democracia canto;
perpetuo juramento de los pueblos
americanos,
desde el alba augural en que murieron
—irrisión de la tierra y de los astros—
de agusanada muerte,
de agusanada muerte los tiranos.
A la patria en el día de su gloria
cántico fiel de libertad le canto.*

ARTURO CAPDEVILA.

(De *Romances Argentinos*, Buenos Aires. Ed. Reunidas, S. A., 1938).

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



NUESTRO
PASADO

“SANTA MARÍA DEL BUEN AIRE”

(FRAGMENTO DEL CUADRO TERCERO DEL SEGUNDO ACTO)

(La habitación del Adelantado. Paredes de barro sin blanquear. Piso de tierra. En el paño de la izquierda, una puerta que da al exterior. En el muro del fondo un gran repostero con las armas de los Mendoza. Aquí y allí ricos cofres de color, unos abiertos y otros cerrados. Gran sillón de tijera junto a una mesa italiana. Hacia un rincón, la silla de manos. Armas bien acicaladas cuelgan de las paredes. Don Pedro, a medio vestir, está extendido en la cama con la cabeza vendada y apoyada en un cojín de cuero color verde, como el raso de su jubón. El lecho es sumptuoso. Tiene columnas doradas y sobrecielo de brocotel carmesí, con las armas de los Mendoza ricamente bordadas en las cuatro cenefas. Los cordones del pabellón son también rojos y terminan en borlas negras).

MARÍA. — Vuesa Señoría le fijó cuarenta días de tiempo para volver, y van ya dos meses largos.

MENDOZA. — ¿Cuánto decís?

MARÍA. — Más de sesenta días.

MENDOZA. — ¡Sí! Dos meses y Ayolas no vuelve.

HARO. — Ni volverá.

MENDOZA. — ¡Ni volverá! ¡Ni volverá! ¿Por qué no lo voceáis más alto? ¿Por qué no os vais a gritarlo por el real, entre el ejército? ¡Ni volverá! ¡Ni volverá!

MARÍA. — ¿Qué le pasa a *Vuesa Señoría*? Tiene los ojos mojados. ¿Lloráis, señor?

MENDOZA. — Sí, lloro, lloro. ¿Os habéis de espantar por ello? ¿Puede, acaso, un hombre de mi sangre resignarse como una mujer? ¡Mi hermano don Diego muerto por esos puercos salvajes en ruín batalla; mis amados sobrinos muertos, y muertos asimesmo tantos buenos hidalgos! ¡Y en día de Corpus Christi! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es entonces un castigo del cielo? Y, ahora, heme aquí doblado por una causa tan menguada. ¡Por un mal de la carne! No sé cuántas llagas que no quieren cerrar y en la espalda este dolor que no me deja dormir.

MARÍA. — El dolor de Nuestro Señor Jesucristo cuando llevaba la cruz.

MENDOZA. — Se agradece el consuelo. (*Pausa*). ¡Pizarro! ¡Cortés! ¡Yo que pensé sobrepujarlos! (*A Pérez de Haro, señalando a María, que en ese momento guarda objetos y ropas en los cofres abiertos*): ¿Sabéis lo que hace? Está preparando los cofres para la partida.

HARO. — ¿Para la partida?

MENDOZA. — Sí, para la vuelta. Quiere que nos embarquemos mañana temprano con Rodrigo Núñez en la carabela que mando a las costas del Brasil. Eso tanto vale como decir: volvemos a España. Las cosas por su nombre. ¿Qué os parece esta idea? Deseábamos escuchar vuestra opinión. Os hice llamar por consejo de ella (*señala a María Dávila*). ¿Qué pensáis?

HARO. — Que *Vuesa Señoría* no vacile un instante. María Dávila ve claro porque la ilumina el corazón. *Vuesa Señoría* no puede seguir sufriendo estos trabajos. ¿No era, por ventura, harto feliz en España?

MARÍA. — Eso *mesmo* le digo yo siempre. ¿No era, acaso, más dichoso en sus tierras? ¡Allá, gran señor y tan alegre; aquí, tan sin ventura! No lo piense más y vuélvase esta misma noche, *Vuesa Señoría*. No faltarán en la Corte sabios doc-

tores que le sepan sacar esos padecimientos. Luego podrá retirarse a vivir tranquilo donde todo le sobra.

MENDOZA. — Paréceme que pensáis más en vuestra suerte que en la mía.

MARÍA. — Pienso también en mi suerte, no he de negarlo; pienso también en mi suerte, que es la de ver sufrir todo el tiempo a *Vuesa Señoría* y la de no hallar yo *mesma* un poquitín de alivio, ni aun durmiendo, que así que cierro los ojos vuelvo a ver las cosas horrendas que han sucedido cuando estábamos sitiados. Parece que anoche, señor escribano, púsemse a dar voces tan altas que desperté con ellas a Su Señoría. Recuerdo que veía, igual que si estuviera despierta, a los tres ahorcados por el delito del caballo y a los soldados hambrientos que venían a cortarles los muslos. Yo les gritaba que no lo hicieran, que Dios les castigaría, y éas eran mis voces. Anteanoche soñé con ese pobre Baitos, el que... ya sabéis... y luego soldados, soldados locos de hambre, que hacían hervir sus zapatos y se los disputaban en medio de la noche, daga en mano. ¡Ah, Dios mío! Si los indios vuelven a cercarnos perderé la razón. Vámonos, señor, de este infierno, mañana mismo. Déjeme que acabe de aparejarlo todo. Cuando todo esté en su sitio debido, pronto es hecho el pasar a la nao.

ENRIQUE LARRETA.

ENRIQUE LARRETA (argentino, contemporáneo). — Es este escritor “un purista del habla español”, condición evidenciada en sus celebradas novelas *La gloria de Don Ramiro* y *Zogoibi*. Recomendamos a los alumnos la lectura de su drama histórico en tres actos *Santa María del Buen Aire*, estrenado, en 1935, en el teatro Español, de Madrid. (Ed. Viau y Zona, B. Aires, 1936).

VOCABULARIO. — *Mesmo, misma, asimesmo*: locuciones anticuadas, usadas todavía en algunas provincias españolas y en muchas regiones americanas entre la gente del pueblo en sustitución de mismo, misma y asimismo. — *Nao*: voz anticuada: nave. — *Vuesa*: vuestra.

LA GRAN SEMANA DE 1810

CRÓNICA DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

Buenos Aires, mayo de 1885.

Publicamos con este título un legajo viejo de cartas que encontramos en el baúl de la párda Marcelina Orma. Las cartas no son, evidentemente, originales, sino copias de una misma letra, firmadas con simples iniciales, que llevan la fecha del 20 de mayo de 1810. Carecen, por consiguiente, de autenticidad, pero presentan un gran interés, no sólo porque se puede conjeturar por sus iniciales que están escritas o atribuídas a personas muy conocidas de aquel tiempo, como B. V. A. (Buena Ventura Arzac); F. C. (Felipe Cardoso); M. O. (Mariano Orma); F. P. (Francisco Planes) y otros así, sino porque nos presentan la Revolución de 1810 día por día y a medida que se va haciendo; sin el enfático clasicismo que le han dado los panegíricos convencionales de los tiempos subsiguientes que, sin ser falsos en la generalización de los resultados sociales, carecen, sin embargo, del colorido que tuvieron los sucesos al tiempo que los iban produciendo la pasión y el interés de los agentes secundarios que constitúan la fuerza vital del sacudimiento. En estas copias, que pueden carecer de autenticidad pero que no carecen de verdad, la Revolución de Mayo se nos presenta popular y callejera, al correr de la



pluma ingenua de los que las escribieron dando cuenta de todo lo que hacían ellos, a sus amigos, contra el gobierno colonial, en las calles, en las plazas y en los cuarteles, mientras que, sobre el tumulto popular, los políticos de uno y otro partido fábrican el gobierno nuevo, cada uno en su sentido.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

Buenos Aires, 21 de mayo de 1810.

Amado J. A.: (¿Juan Andrés Pueyrredón?):

Recibí tu carta a las nueve y he demorado a tu negrito hasta este momento, que son las cinco, para poder decirte algo de efectivo sobre lo que está pasando. No te extrañes no ver mi letra, porque es materialmente imposible escribirte yo mismo. Este cuartel es un infierno; todos me llaman. Tengo que ir a diez casas a un mismo tiempo y estar aquí de plantón, no sólo para mantener unida la tropa y hacer citar a los que faltan, sino para contenerla y a fin de que no haya desórdenes, y contestar y hablar con mil amigos que me buscan. Por eso le encargo a nuestro querido amigo Tagimán que te diga lo que haya sabido hoy día. Ya sabes que es de letra menuda y te escribirá con detención, porque te quiere mucho. Adiós.

J. F. T. (¿Juan Florencio Terrada?)

Querido J. A.:

Por encargo del comandante, paso a decirte que te han exagerado mucho las cosas. Hasta ahora no se ha tomado providencia ninguna contra el virrey y los oidores; pero tenemos los ánimos muy prevenidos y estamos dispuestos a todo lo que tú sabes. El grito general es echar abajo a Cisneros y poner paisanos en la audiencia y en el gobierno. Todo el paisanaje anda por la plaza y las calles; en los cuarteles rebosa la gente.



“EL PUEBLO QUIERE SABER DE QUÉ SE TRATA”

25 DE MAYO DE 1810

Óleo de Ceferino Carnacini

CEFERINO CARNACINI. — Argentino. Contemporáneo. Paisajista. Ha pintado motivos urbanos, campestres y costumbristas. Sus cuadros figuran en muchos museos del país.

Todos hablan, gritan, entran y salen en la mayoría de los regimientos con mil noticias a cada cual más alarmante: de que han llegado a las Conchas fuerzas de Montevideo; de que Liniers viene sobre nosotros con cinco mil cordobeses: de que en el hueco de los Sauces, en el de Cabecitas y en Barracas se están juntando los europeos para avanzarnos. Con esto andan enfurecidos los oficiales y quieren hacer prisiones y destierros para precavernos del peligro. Pero los hombres de influjo se han opuesto y han ordenado a los comandantes no dejar salir partida, porque dicen que todo se ha de conseguir por los resortes del orden, obligando al Cabildo que llame y oiga al pueblo. Sin embargo, las calles del centro y la plaza están llenas de mozos armados a pistola y sable que vigilan el Fuerte, y por las orillas andan también de su cuenta muchas partidas de caballería voluntaria. Éste es el estado en que está el pueblo desde el viernes.

El café de Catalanes y la Fonda de la vereda ancha están repletos de la mozada. Pancho Planes se ha hecho un estado mayor para andar agitando todo el cotarro y para juntar plebe al centro que grita sin cesar: ¡Cabildo abierto! ¡Abajo el Virrey! Yo no sé a qué horas duermen estos diablos, porque parece que trasnocharan de casa en casa y de cuartel en cuartel. ¿Quién había de creer que hubiese tanta energía y tanto espíritu público en Buenos Aires contra los tiranos? Esto tiene que reventarse hoy o mañana de alguna manera: así no puede durar.

Los tres comandantes de patricios, el de arribeños, el de las castas, los de húsares, los granaderos y los urbanos estamos de acuerdo, por supuesto, en apoyar al pueblo hasta derramar la última gota de sangre y ¡maldito sea el militar que teniendo sus galones de la patria la deje sacrificar y esclavizar por vi-rreyes y mandones! Esto no se verá jamás en Buenos Aires. Con este motivo te diré que las damas y las muchachas se han puesto todas del lado de sus hermanos y de los criollos. Ha entrado la furia de los rebozos en frisa celeste, ribeteados de cintas blancas. No hay una muchacha o una dama que no pase la noche cosiendo su rebozo para salir a la calle y pasear por delante de los cuarteles. Excuso decirte que los ramitos de vio-

letas azules y de junquillos blancos, emblema de la causa, van y vienen de unos grupos a otros. Empiezo a ver también muchos gorros colorados con cintas blancas y celestes.

Tu amigo y compañero

José María Tagimán.

Mi querido P.:

Siento que te hayas asustado tan pronto. Hallándonos apoyados por las fuerzas, por el pueblo y por nuestros amigos, no veo que corriéramos peligro tan inminente como el que has temido. Lo único que te puedo decir es que hoy ha tenido lugar la comedia de la instalación del nuevo Gobierno encabezado por el Virrey. Sus miembros ocurrieron al Cabildo a las tres de la tarde. El Virrey atravesó la plaza sin bastón y sin banda, pero con su lujoso uniforme de teniente general de marina. Lo acompañaban don José Ignacio Quintana, los oidores, cuatro edecanes y lo llevaban en el medio de don Cornelio, del doctor Sola y de Castelli. Los nuestros han guardado mucho orden porque se habían dado la palabra; verdad es que habíamos asistido muy pocos y que casi toda la gente estaba recogida en los cuarteles. Hubo siempre algunos gritos de ¡afuera Cisneros! y una que otra risotada, pero fueron contenidos y el acto pasó tranquilamente. Después ha venido Ventura (Arzac) a casa y me ha dicho que en lo de don Nicolás cuentan con que hoy mismo, en la primera reunión que tenga la Junta, Saavedra y Castelli le van a exigir a Cisneros que renuncie, pues en los cuarteles toda la gente está armada y resuelta a ocupar la plaza mañana 25.

Al retirarme, a eso de las diez, he notado las calles del centro y la plaza recorridas y guardadas por gran número de grupos embozados y armados de sable y pistola. He hablado allí con muchos amigos y estoy esperando que vuelva Ventura o que me escriba, para ir a juntarme con ellos. Tuyo

V.

Mi querido J. R.:

Hago un verdadero sacrificio poniéndome a escribirte, porque estoy muerto de cansancio y con la cabeza como un volcán. La verdad es que no se puede describir la alegría y el bullicio del pueblo. ¡Somos libres, J. R.! Somos libres y no alcanzamos todavía a darnos toda la explicación merecida de lo que decimos con estas mágicas palabras. Yo mismo no alcanzo a darme cuenta de la inmensidad de esta dicha y bailo solo sin poder contenerme... La plaza estaba ocupada por todos nuestros amigos. La verdad es que había poco pueblo, porque casi toda la oficialidad, la mozada y la tropa estaba recogida en los cuarteles y sobre las armas, para cargar en el momento oportuno. Teníamos sin embargo en la plaza más de cuatrocientos vecinos, y todos los comandantes y principales patriotas estaban reunidos en lo de Miguel Azcuénaga. Cuando se supo que el Cabildo porfiaba en llevar adelante su maldita intriga e imponernos a Cisneros, se formó un grupo dirigido por Chiclana, French, el padre Grela, Planes y diez o quince más que, después de haberse concertado con Rodríguez Peña y con Belgrano en lo de Azcuénaga, salieron gritando: “¡Al Cabildo, al Cabildo, muchachos...!” El tropel se desató, y en un dos por tres nos metimos con una bulla infernal en la galería de los altos. Leiva abrió la puerta grande, presentándose en el umbral con Lezica y Tomás Manuel.

—¡Orden, señores, por Dios! —nos gritaron—. ¿Qué es lo que ustedes quieren?

—La deposición inmediata de Cisneros —le gritamos—. ¡Ahora mismo!

Una media hora después oímos el vozarrón de Martín Rodríguez que desde el balcón nos gritaba: —¡Atención, señores! —y el escribano-secretario del Ayuntamiento, Justo José Núñez, nos leyó: “que quedaban anuladas las resoluciones y las actas del día 23 y 24; que por la nueva acta de hoy, 25 de mayo de 1810,

quedaba constituida la Junta de Gobierno con Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga (paisanos); Matheu y Larrea (europeos, pero patriotas); Alberti, y Paso y Moreno como secretarios".

.....

El Cabildo ocupaba ya sus asientos bajo el dosel. A uno y otro costado del salón formaban dos alas de mucho fondo los comandantes y jefes con muchos oficiales; los prelados y gran número de personas de distinción. Los miembros de la Junta Soberana, erigida por el pueblo, entraron por el centro. Reinaba un gran silencio y *todos creíamos ver una imagen majestuosa, la nueva patria, levantarse con formas aéreas y celestiales en el vacío misterioso de aquella elocuente y sublime escena.* El Alcalde se puso de pie; se incorporaron como él los demás vocales; el Síndico se levantó y abrió los Santos Evangelios. A una señal que les hizo el Alcalde Mayor, los miembros de la Junta se postraron de rodillas por delante de la mesa municipal. El Síndico le alcanzó los Evangelios al presidente Saavedra y le hizo poner sobre ellos la palma de la mano; Castelli puso la suya sobre uno de los hombros de Saavedra; Belgrano la puso sobre el otro, y así sucesivamente los demás.

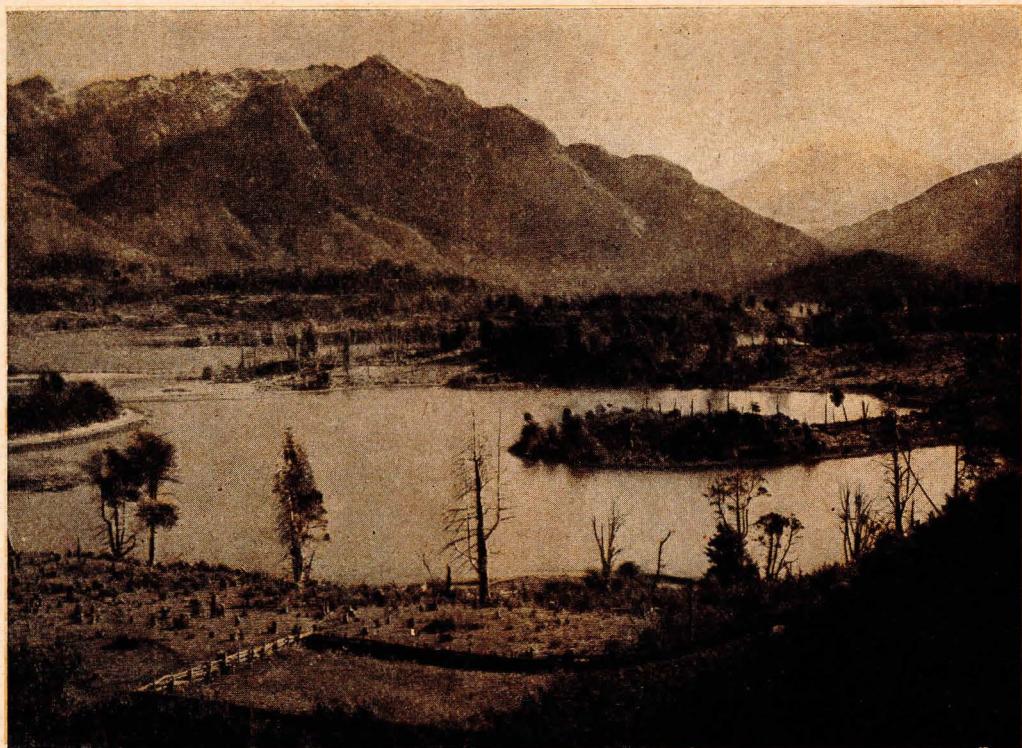
¿Qué crees tú que hacíamos todos nosotros, sin excepción? Llorábamos, y llorábamos todos de gozo, amadísimo Juan Ramón. Llorábamos como unos niños; sentíamos el hábito de Dios sobre nuestra frente al vernos pueblo libre, pueblo soberano, y a nuestros queridos condiscípulos y amigos en el solio de la soberanía popular, que es más que los reyes.

Cien abrazos de tu amigo y condiscípulo

C. A. (¿Cosme Argerich?)

Estas cartas han sido extraídas del folleto que, con el título del epígrafe, publicó la "Comisión Nacional del Centenario de 1810".

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Lago Nahuel-Huapt. — Peninsula de San Pedro.

EL SECRETARIO DE LA JUNTA

Pero, ¿cómo resultó Moreno designado secretario de la Junta de Gobierno? Mientras la ciudad vibraba de entusiasmo patriótico todos aquellos días de mayo, Moreno no apareció en parte alguna. Él no participó ni de tumultos callejeros, ni de reuniones secretas, ni de conciliábulos de conspiradores. Su participación en aquel movimiento estuvo limitada a escribir, a exponer sus ideas “en sus avisos y conversaciones”.

No aspiraba a desempeñar puestos públicos. Ni creyó que sus conciudadanos se acordaran de él.

Al aparecer integrando la Junta, en aquella nómina que se le impuso al Cabildo, estaba don Mariano “totalmente ignorante de ello, entretenido en casa de un amigo en conversaciones indiferentes”.

Salió su hermano Manuel a buscarlo para comunicarle lo ocurrido y no lo encontró. Una hora después lo vió entrar en su casa, y allí quedó mucho rato “envuelto en mil meditaciones sobre si debía o no aceptar un nombramiento”.

Comprendió, rápidamente, la importancia trascendental del cargo que se le daba.

—Conozco —dijo a Manuel— los peligros que habrá que vencer para gobernar los negocios en



estos tiempos... No todo se limitará a suplantar los funcionarios públicos...

Calló durante un minuto, y en seguida, con la rapidez mental que le caracterizaba, comenzó a enumerar:

—Será necesario destruir los abusos de la administración; desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido; remediar muchos males; excitar y dirigir el espíritu público; educar; destruir enemigos; dar nueva vida a las provincias...

Volvió a enmudecer. Debió recorrer su imaginación una serie de cuadros: los obstáculos que encontraría, todo “el despotismo, la venalidad y las preocupaciones amontonadas durante siglos”... Los ataques del adversario, las pasiones, los intereses... En la lucha, ¿quiénes serían las víctimas de la ignorancia y de la emulación?

Como si se acobardara, pensó en voz alta:

—Me interrumpirán el sosiego que he disfrutado hasta aquí en medio de mi familia y de mis libros...

Al instante, agregó:

—Pero, nada de eso... Si mi persona es necesaria, yo no puedo negarme... Sacrificaré mi tranquilidad individual, mis tareas, mi fortuna... mi vida...

El hermano menor estuvo haciéndole algunas reflexiones. Mariano se decidió. Sus dudas se disipaban..., a pesar de un como aviso recóndito, lleno de presagios terribles. La revolución se iniciaba. La revolución era como una hoguera que destruiría muchas cosas, acabaría con muchos hombres... Él, quizás...

—Aceptaré, pues sería indolencia, ingratitud criminal, excusar fatigas...

Abrazó a su hermano, y ambos salieron rumbo al Cabildo. Cuando llegaron a él, grupos de ciudadanos que llenaban la casa saludaron con aplausos y vítores al nuevo secretario. Él entró, emocionado como todos, con el tiempo necesario para

arrodiarse frente al crucifijo y jurar al mismo tiempo que sus compañeros.

De esa manera, rápida, impensada, imprevista, inició su vida pública, que fué un relámpago en la alta noche de la revolución.

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILLI.

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILLI.—Escritor argentino contemporáneo, profesor de Historia en las aulas secundarias, se destaca por sus condiciones de estudioso y de investigador. Es un novelista delicado. El capítulo transcripto pertenece a su libro *Mariano Moreno*, primero de una serie de biografías de los *Hombres de nuestra tierra*. Recomendamos calurosamente su lectura, como también las de *Saavedra y Belgrano*, recientemente publicadas. (Edic. *La Obra*, Buenos Aires, 1935).

EL CONGRESO DE TUCUMÁN

El primer rayo del sol del día 24 de marzo de 1816, al dorar las cumbres del Aconquija y antes de dilatarse iluminando los bosques y las llanuras, fué saludado con una salva de veintiún cañonazos. En este día, el Congreso Soberano de las Provincias Unidas, “esperanza de los pueblos y objeto de la expectación común”, hacía por fin su instalación. Reunidos por primera vez los diputados, a las nueve de la mañana, en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo en seguida para su presidente provisional al Dr. D. Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos e influyentes del Congreso.

El presidente prestó juramento en manos del más anciano, y los diputados, conteniendo con su actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia sobre sus deliberaciones, con aquella fe sincera que santifica los actos humanos, asociando la política a la religión. Así pasó el día 24, severo y religioso, aislando el Congreso del pueblo y permaneciendo en la sala de sus sesiones.

Al día siguiente, el Congreso determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado a las milicias, de la ciudad y de la campaña, y la novedad del espectáculo atrajo a los habitantes todos de las provincias, que inundaban las

calles. Entre las aclamaciones del pueblo, presidido por el Gobernador-Intendente, y entre dos alas compactas formadas por la multitud, el Congreso se trasladó, desde el lugar de sus sesiones, al templo de San Francisco. Allí se cantó una misa en acción de gracias al Dios de la Patria, soberano autor de tanto bien, entonando luego los diputados, por una inspiración espontánea, el cántico del supremo regocijo: *Te Deum laudamus*. El alma de aquellos hombres se elevaba, sin esfuerzo, hacia Dios.

Había subido entre tanto a la cátedra el Dr. Manuel Antonio Acevedo, diputado por Catamarca, a quien encontraremos más tarde abriendo el debate sobre la forma de gobierno y proponiendo, el primero, la monarquía de los Incas, de los que se había constituido el más fervoroso apóstol, por un movimiento generoso de su corazón y en odio a las crueidades de la conquista española. Hase perdido para siempre el discurso que en ocasión tan solemne dijo el orador sagrado; pero su recuerdo ha vivido, unido a las escenas de aquel día, en la memoria de los que lo escucharon.

Habían pasado los años, sobreviniendo, con ellos, catástrofes inauditas, y un joven, ávido de conocer la historia de los firmantes del acta de la Independencia, preguntaba una vez al anciano Dr. Corro, diputado al Congreso por Córdoba: —Y este Dr. Acevedo, ¿quién era? — ¡Ah! — respondió con alegría el viejo —, ¡qué sentida oración nos pronunció en el día de la instalación del Congreso!

En las populosas ciudades, los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos; pero la tradición oral repite hasta hoy en Tucumán, con fidelidad completa, la ceremonia de aquellos días, tal como se halla prolíjamente descripta en el número primero de *El Redactor del Congreso*.



El viajero es llevado a la sala de sesiones. Se le muestra, sobre un estrado, el lugar desde donde se leyó el decreto de la instalación del Congreso y más tarde el acta de la Independencia... y, entre tanto, ha atravesado la plaza donde hasta hace poco se levantaba la pirámide de Oribe, sin encontrar quién le explique lo que simboliza aquel bárbaro monumento.

¡Pobres y santos pueblos! Se sienten felices porque han visto un rayo de luz entre dos tormentas.

NICOLÁS AVELLANEDA.

NICOLÁS AVELLANEDA (1836-1885). — Escritor, estadista, orador y presidente argentino, nacido en Tucumán. (Este fragmento es de su libro *Escritos y Discursos*. Ed. Compañía S. Americana, Buenos Aires, 1910).

EL GAUCHO ARGENTINO

El gaucho estima, sobre todas las cosas, la fuerza física, la destreza en el manejo del caballo y, además, el valor. Anda armado del cuchillo que ha heredado de los españoles; esta peculiaridad de la península, este grito característico de Zaragoza, *¡guerra a cuchillo!*, es aquí más real que en España.

El cuchillo, a más de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones; no puede vivir sin él; es como la trompa del elefante; su brazo, su mano, su dedo, su todo.

El gaucho, a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación, sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas como jugaría a los dados.

Tan profundamente entran estos hábitos pendeñeros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente.

En cuanto a los juegos de equitación, bastaría indicar uno de los muchos en que se ejercita, para juzgar del arrojo que para entregarse a ellos se requiere. Un gaucho pasa a todo escape por frente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro

de bolas que, en medio de la carrera, maniata al caballo. Del torbellino de polvo que levanta éste al caer vese salir al jinete corriendo, seguido del caballo, a quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar, obedeciendo a las leyes de la física.

En ese pasatiempo sé juega la vida, y a veces se pierde.

DOMINGO F. SARMIENTO.

DOMINGO F. SARMIENTO (1811-1888).—Insigne maestro, escritor y hombre público. Del Dr. Carlos Pellegrini es este juicio: “Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América. Ha sido de los argentinos el que vió más lejos en él porvenir los destinos de la patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda”. Entre sus obras recomendamos *Recuerdos de Provincia y Facundo*. De esta última es el fragmento transcripto. (Edición R. Sopena, Barcelona, 1930).



BUENOS AIRES EN LA ÉPOCA DE LA ANARQUÍA

A cada hora aumentaba la inquietud. Las gentes reuníanse en las casas a comentar los sucesos. Los hombres, en las familias federales, hablaban de huir de la ciudad y unirse a Rosas, que no tardaría en venir a salvar a Buenos Aires. Los mismos unitarios temían. Algunos, no sabían qué. Otros andaban descontentos y preferían no hablar. Amigos y enemigos recordaban la valentía de Dorrego, su acción en la guerra de la Independencia, su patriotismo, su talento de orador y de periodista, sus buenas intenciones; su moderación y filosofía, ahora, en sus cuarenta y dos años, después de haber sido levantisco y alborotador, y su respeto por las formas legales, de las que no consiguieron hacerle apartar ni amigos ni enemigos. Y la desconfianza y el temor perturbaban las almas y daban a la vida de Buenos Aires un ritmo atormentado y doloroso.

El 13 de diciembre la angustia de la expectativa cesó. Había llegado del campamento de Lavalle, a eso de las nueve de la noche, la noticia terrible que se aguardaba. Toda la ciudad se había conmovido con un sacudimiento brutal. Las gentes se echaron a las calles. Formábanse grupos en las esquinas, en las puertas. Los cafés se llenaron de hombres. En las casas, arrodilladas ante las imágenes de los santos, muchas mujeres lloraban y rezaban. Preveíanse largos días de luto y desolación para la patria. La noticia saltaba de boca en boca, corría del centro al suburbio, desde la calle de la Florida hasta las orillas del

Riachuelo, desde el Retiro hasta Barracas. Cayó en los Mata-deros como una catástrofe y llegó al barrio del Tambor con un llanto ruidoso. Estremeció las casas de abolengo y las tiendas de la calle de la Victoria, los arcos de la Recova, los viejos ombúes de la Alameda. Se coloreó de rojo en los ranchos de los pobres, y en las pulperías puso un temblor en las manos que levantaban las copas de caña. No hubo quien no recibiera con dolor la atroz noticia: el patrício y el aguatero, el ex cabildante de Mayo y el compadrito de las orillas, el tendero y el lomillero. Todo Buenos Aires sufría y gemía, y en todos los ojos y en todas las bocas, y en los frentes barrocos de las casas, y en los faroles de velas de sebo, y en los escasos letreros de los comercios, y en los bastiones del Fuerte, y en todas las cosas, parecían leerse las palabras fatídicas: “¡Ha sido fusilado Manuel Dorrego!”

MANUEL GÁLVEZ.

MANUEL GÁLVEZ.— Novelista argentino contemporáneo, nacido en Paraná. Su fama ha traspasado los límites de su patria. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Aconsejamos a los alumnos la lectura de *El gaucho de los Cerrillos* (a la cual pertenece el trozo que transcribimos) y *El general Quiroga* (episodios de la época de Rosas), *Caminos de la muerte, Huaitá y Jornadas de agonía* (escenas de la guerra del Paraguay). (Ed. J. Roldán, Buenos Aires, 1931).

VOCABULARIO.— *Barrio del Tambor*: antiguo barrio de la Concepción. En él residían sociedades de los negros “candombes”, cuyo instrumento preferido era el tambor.

LÀVALLE PACTA CON ROSAS

... Va a realizarse una de las escenas trascendentales de la historia. Juan Manuel de Rosas, el hombre de la pampa, el señor de la campaña, el caudillo de los montoneros y de la plebe ciudadana, está frente al héroe de la Independencia, al revolucionario del 1º de diciembre, al autor del fusilamiento de Dorrego y jefe militar del partido unitario. Dos hombres muy distintos y dos sistemas opuestos. Lavalle, sin ser precisamente un espíritu europeo, era un hombre de ciudad, un caballero; era noble, confiado, ingenuo y leal. Rosas, sin ser un gaucho, había adoptado las costumbres de los gauchos y había adquirido, en veinte años de contacto con ellos, su misma idiosincrasia. Era astuto, frío, calculador. Así como Lavalle representaba en aquel encuentro a la ciudad culta, Rosas representaba a la campaña semisalvaje. No ha habido tal vez, aparte de los días de mayo, un momento más solemne, por sus consecuencias, en la historia argentina. La modesta casa de la estancia adquiere proporciones grandiosas. Juan Lavalle, deseoso de paz para Buenos Aires, confiado en la buena fe de su enemigo, va a entregarle, virtualmente, el gobierno. Durante más de veintidós años, una mano de hierro dominará en la República Argentina. Años de guerra y de dolor, pero que van a engendrar un orden. Todo el país, desde las pampas a los Andes, se manchará de rojo. Se cumplirán las palabras del general San Martín. Y todo esto empezó en aquella noche de junio. Rosas estaba entrando en escena. Ya llenaba su nombre las pampas y las poblaciones. Ahora iba a agigantarse en la

Historia, iba a domar al potro de la anarquía y a imprimir a fuego, sobre las carnes morenas de la virgen Argentina, la marca de su temperamento extraordinario y tiránico...

¿De qué hablaron estos dos hombres en el encuentro memorable? No lo sabemos. Los pormenores de esta conversación y de otras que tuvieron en los días siguientes, no interesan ni a la historia ni a la novela. Sólo podemos deducir que Rosas inspiró confianza a Lavalle, lo convenció, lo dominó, lo sugestionó. En su proclama, Lavalle, después de firmado el acuerdo, dijo que entre sus contrarios no había encontrado "sino porteños dispuestos a consagrar su brazo al honor de la patria". Juan Manuel de Rosas, el jefe de los gauchos, lo había vencido.

Pero él sabía de antemano que estaba vencido. Lo había vencido el espectro de Dorrego. Por un inexplicable trastorno de las cosas, él representaba ante el país la revolución y el desorden; y Juan Manuel de Rosas, la legalidad y el orden. Sentíase vencido por la anarquía y la fatalidad. ¿No pensaba él mismo que, para la existencia del país, era necesario que un partido degollara al otro? ¿No sería Rosas el brazo del Destino?

Anarquía, odios, sangre... Y un hombre necesario, con la necesidad de lo fatal, que iba surgiendo. Todo lo empujaba hacia el poder. Él mismo, Juan Lavalle, lo había empujado. No quedaba sino dejarle el campo libre, aunque reservándose el derecho de combatirle si hacía mal uso de su fuerza enorme. Y por fin, sabíase vencido por sí mismo. Habíase prometido más de una vez, cuando el remordimiento por el crimen lo acosaba, hacer un acto de expiación como nunca se hubiera visto, un acto de suprema y verdadera expiación. Y ahora pensaba que el abandonar el poder a Rosas, anulándose él ante el país, era el mayor castigo para su alma orgullosa.

MANUEL GÁLVEZ.

(De su libro *El gaucho de los Cerrillos*. Ed. J. Roldán, Buenos Aires, 1931).

MANUELITA ROSAS

Delgada, flexible, esbelta, Manuelita Rosas, en plena juventud, daba a su porte una distinción peculiar. Infundía, sin buscarlo, una impresión de dignidad. No era

muy alta, pero lo parecía. Diríase que su figura se elevaba al ser contemplada, y ello no respondía tanto a la magnitud de su estatura cuanto al modo cómo erguía su cuello largo y fino. Su andar era garboso, y la espontánea viveza de sus ademanes, que subrayaban lo que decía, no alteraban su elegancia natural. No era hermosa, en tal o cual rasgo determinado de su fisonomía, de tez morena y pálida, de boca y nariz pequeñas, de ojos oscuros, brillantes y muy expresivos, y de frente coronada por abundantísima y ondeada cabellera. Pero atraía por el conjunto y la gracia de su persona toda.

Manuelita era la antítesis de su madre. Dotada de una inteligencia y de una voluntad superiores, ella dominaba los ímpetus heredados, logrando mantener el equilibrio que serena el espíritu y lo eleva a la ecuanimidad. La pasión que podía bullir dentro no escapaba afuera y era enfriada por la reflexión o sofocada por el sentimiento del deber. Su alma, muy abierta para recibir del exterior y comprender todas las impresiones ajenas, se cerraba para no dar salida, sino en la medida conveniente, a las propias. No era tan calculadora como su madre ni tan impulsiva como su madre, y entre la premeditación im-



placable de aquél y las ciegas arremetidas de ésta, Manuelita se había quedado tan alejada del uno como de la otra: era prudente, más por deliberación que por temperamento. Su sensibilidad, fina, capaz de percibir los matices, la inclinaba a la ternura, pero no la llevaba a ningún arrebato, porque su imaginación, frenada por la inteligencia, estaba siempre dentro de la realidad y le hacía ver las cosas sin deformaciones.

En los tiempos de la exaltación romántica, ella recibió el calor de la onda sin la llama ni la fiebre. Su realismo comprensivo le impidió, también, la efusión mística; piadosa y creyente, pidió y obtuvo de la religión el consuelo en la desgracia y la resignación ante la voluntad divina. Su vida interior, encerrada en lo recóndito como en una cisterna, no alteraba sus pasos, que siguieron rectamente el rumbo que definió su existencia: el cumplimiento del deber filial. Hubo siempre en la actitud propia de Manuelita un aire de nobleza y un gesto de dignidad.

Sacrificó toda su juventud a las exigencias paternas, y soportó, por respeto a su adorado padre, hechos que debían infligirle verdaderas torturas morales.

Su bondad tuvo que ser, durante la tiranía, más pasiva que activa, así como su sonrisa fué, en aquel tiempo, más amable que cordial. Tal era “la niña”.

CARLOS IBARGUREN.

CARLOS IBARGUREN. — Escritor argentino contemporáneo. Sus obras *Juan Manuel de Rosas* y *Manuelita Rosas* son evocaciones de la época del tirano, donde la personalidad de los protagonistas se perfila con singular acierto. (Del libro nombrado en segundo término es este fragmento. Ed. Gleizer, Buenos Aires, 1925).

USOS Y COSTUMBRES

PATRULLAS

En aquellos tiempos ⁽¹⁾ no había vigilantes apostados en las bocacalles; el servicio de policía, en la noche, se hacía por medio de patrullas encabezadas por un “alcalde”, un “teniente alcalde” o algún vecino. Todos los hombres estaban obligados a hacer la patrulla cuando llegaba su turno o a poner un personero que costaba, generalmente, de veinte a treinta centavos.

Durante la noche empleaban la siguiente fórmula: cuando llegaba cierta hora y veían gente, el comandante de la patrulla daba la voz: “¿Quién vive?” La contestación, de la que la población estaba al corriente, era: “La patria”. —“¿Qué gente?” —“Patrulla”. —“Haga alto la patrulla y avance el comandante a rendir santo y seña”. Entonces, ambas patrullas hacían alto, los comandantes avanzaban algunos pasos a vanguardia de su respectiva comitiva y el uno decía en voz baja el “santo” y el otro contestaba la “seña”. Si en vez de patrulla era uno o más individuos, al “¿quién vive?” se contestaba “la patria”; al “¿qué gente?”, paisano, militar o lo que fuese, y en ese caso no había santo y seña.

EL SALUDO EN LA CALLE

Existía la costumbre del saludo. Todas las personas que se encontraban en la calle se hacían un saludo de paso: unos con

(1) En 1838.

una simple inclinación de cabeza, otros quitándose o tan sólo tocándose el sombrero, pero la generalidad, en la clase culta, con un “beso a usted la mano” y a las señoras con un “a los pies de usted”, etc.

En aquellos tiempos sobraba el tiempo para poder ser cumplido con todo el mundo; hoy sólo saludamos a las personas de nuestra relación. A través de los años se operan estas mudanzas en las costumbres de los pueblos. Entre nosotros, el aumento de población, el trato con extranjeros y el materialismo mercantil han influido, sin duda, en el cambio.

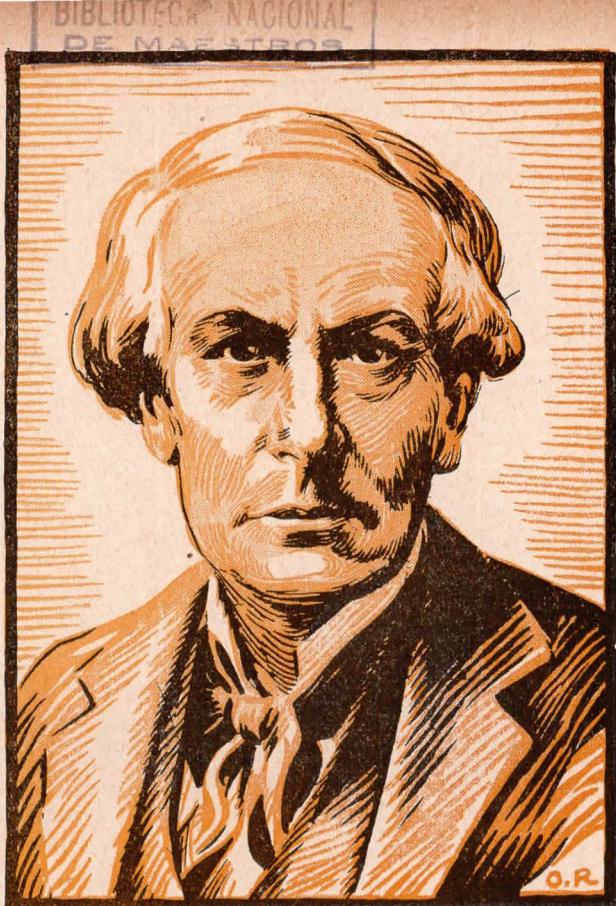
EL BAÑO EN EL RÍO

Durante la estación concurría gente desde que aclaraba hasta las altas horas de la noche. Las familias preferían la caída del sol, y sentadas en el “verde”, gozando de la brisa, esperaban que oscureciese para entrar en el río, dejando sus ropa al cuidado de las sirvientas. Algunos han criticado severamente el baño de las señoras en el río, pero la verdad es que no tenía cosa alguna de reprochable, más allá de lo incómodo en sí, puesto que en nada, absolutamente, se quebrantaban los preceptos del decoro.

Se presenciaban, a veces, escenas grotescas. Veíase, por ejemplo, un hombre en el río, a las doce del día, resguardado de los rayos ardientes de un sol de enero por un enorme paraguas de algodón. Más allá, en las toscas, algún desventurado, desnudo de medio cuerpo, tiritando y empeñado, con uñas y dientes, en desatar los nudos que algunos traviesos se habían entretenido en hacer en sus ropas menores.

JOSÉ A. WILDE.

JOSÉ A. WILDE. — Escritor argentino fallecido hace poco tiempo, autor del interesante libro *Buenos Aires desde setenta años atrás*, que publicó en 1908. (Biblioteca de *La Nación*, Buenos Aires, 1908).



Juan Bautista Alberdi



FORJANDO EL PORVENIR

EL REY DEL TRIGO

Pasto puna, duro, tieso, ralo, amargo, blancuzco, insustancial; paja cortadera de lindo aspecto, largas cintitas verdes elegantemente arqueadas, con sus penachos plateados hermosamente floridos, que dan sombra y reparo contra los vientos fríos y los temporales, pero que no se puede comer; paja brava, verde como albahaca, en matas tupidas que convidan... ¡Cuidadito!, que son alfileres; paja de embarrar, linda, sí, para construir los ranchos de barro y para techarlos, pero pasto de poco valor, que sostiene sin mantener y llena sin alimentar; y en los bajos, alguna gramilla rala, en manchoncitos, con otros pastos sabrosos y nutritivos, pero en tan pequeña cantidad... Tales eran las riquezas de la pradera pampeana cuando llegó a la Argentina don Giuseppe. Lo mismo que Cristóbal Colón, había nacido en Génova; lo mismo que él, pensaba encontrar, al salir de su tierra, un nuevo camino hacia la fortuna, pero tampoco pensaba descubrir un mundo.

Una cosa le llamaba la atención desde que estaba en la Argentina: en todas partes sobraba la carne; las raciones de carne eran de inverosímil abundancia; casi estaba harto ya de tanta carne y, al contrario, sus patrones le habían mezquinado el pan y hasta la misma galleta, como si hubiesen sido de oro. Era esa anomalía extraña tema constante de sus conversaciones.

Sus compañeros de trabajo, extranjeros todos, como él, se quedaban de esa alimentación puramente animal. El arroz era casi la sola "verdura" conocida en la casa donde trabajaban, fuera de algunos zapallos de invierno y de escasas papas traídas de la capital.

Giuseppe tenía pocas ocasiones de conversar con los pasajeros que se alojaban en la fonda donde trabajaba, porque su ocupación casi no le permitía salir de la cocina. Sin embargo, había tenido, por un compatriota que trabajaba en el campo cuidando ovejas, la explicación de lo que tanto hacía escasear el pan. El trigo, aseguraba, no se producía en la Argentina; lo traían de Europa, de los Estados Unidos y de Chile. Venía, sobre todo, mucha harina de esos países. Decían que en ciertas partes empezaban a sembrar trigo, en el Baradero y en Chivilcoy, por ejemplo; pero no daba tanto como las ovejas. Era éste un país de pastoreo, y eso de sembrar tenía que ser un engaño, pues nadie sembraba. Giuseppe quedó muy pensativo. *Eso de tener tanta tierra y de no sembrar trigo siquiera para el consumo le pareció una enormidad.* Cuando supo que el trigo costaba hasta diez pesos oro la fanega y que una legua de campo, de dos mil setecientas hectáreas, apenas valía de diez a doce mil pesos oro, aunque no fuera el pobre muy instruído, llegó a calcular cosas que le parecieron estupendas. Pensó que si se concretaban todos a criar vacas y ovejas no era tanto por el producto que les daban, sino por falta de brazos y, sobre todo, por amor a la buena vida sin trabajo, del pastor. Se prometió hacer la prueba cuando sus primeros ahorros le permitieran emanciparse, lo que no tardó mucho, pues el valor de la tierra era tan ínfimo que la municipalidad vendía chacras por muy poca plata y pagaderas en varios años.

Giuseppe, que más o menos sabía lo que era tierra, eligió de lo bueno, y desde el primer día calculó que esta tierra debía de dar trigo magnífico y en abundancia. Para conseguir semilla fué todo un trabajo. En el pueblecito no había más que un panadero que recibía directamente la harina de la capital, quedando como a diez leguas, todavía, la estación más próxima de



ferrocarril. Asimismo, y pagando adelantado el importe de lo que quería, acabó Giuseppe por recibir algunas bolsas de trigo, y con su aradito de mala muerte empezó a abrir surcos en la chacra.

Cuando los vecinos vieron que sembraba trigo, no faltaron comentarios. "Miren: venir a sembrar trigo a cien leguas de Buenos Aires, cuando nadie en tanto trecho lo había hecho. No sal-

dría el trigo; y si sale ¿qué va a hacer con él? Ni una tahona hay en el pueblo, ni a veinte leguas alrededor. Y ¿para qué se necesita tanto pan teniendo tanta carne? En fin, déjenlo no más que siembre; cada uno en este mundo tiene su locura."

Giuseppe siguió arando todo lo que pudo y sembró, un poco ralo, para aumentar la extensión, hasta el último grano de su semilla. Empezaron pronto a asomar las hojitas verdes, bien débiles, por supuesto, y delgaditas, y muchos de los vecinos, la casi totalidad, que nunca habían visto trigo, pensaron que la primera helada iba a secar ese pobre yuyito. No fué así; cayeron heladas terribles sin hacerle absolutamente nada; dejaba un poco de crecer, pero con el menor aguacero ya volvía a retoñar y a tupirse. Ahora el campito estaba verde esmeralda, parejo, lindo. Y por la orilla, cuando pasaba algún gaucho con su tropilla, se ponía un rato al tranco y todos los mancarrones se apuraban a probar el pastito fresco, hasta que Giuseppe, renegando, acudía presuroso blandiendo alguna herramienta, siguiendo con ademán amenazador y palabras fuertes al jinete ya distante.

Empezó a espigar el trigal y los vecinos a curiosear. Unos ahora ponderaban la fortuna que le iba a caer a Giuseppe con esa cosecha, y si bien algunos predecían con sonrisas malévolas mil desastres, la mayoría se extasiaba ante esos millones de tallitos coronados de espigas verdonas y gruesas que, suavemente, como las olas del río, ondulaban al soplo del viento. Giuseppe

gozaba; se hinchaba de alegría, triunfaba. Aceptaba con dignidad las felicitaciones; despreciaba las críticas. Más que todo eso valía la vista del trigal amarillento ya y doblándose bajo su carga de grano. El genovés había descubierto un mundo: "la tierra argentina, tanto valía para sembrar trigo como para cualquier otra cosa". Y esta seguridad era para él un horizonte sin límites de riqueza.

El gran milagro ha sido que el solo ejemplo de este hombre humilde, venido a la Argentina con sus dos brazos por todo capital, ha cambiado en pocos años el poder productivo de todo el país, de tal modo que, en vez de comprar a otros a peso de oro el trigo que necesitaba para su consumo, *hoy desparrama la Argentina en el orbe entero, por millones de toneladas, el grano que, más que la carne, apetece la humanidad.*

GODOFREDO DAIREAUX.

GODOFREDO DAIREAUX (1843-1907).— Escritor argentino de origen francés. Ha escrito varios libros sobre diversos aspectos de la vida argentina. El trozo transcripto pertenece a *Los milagros de la Argentina*, cuya lectura recomendamos. (Edic. Biblioteca "La Nación", Buenos Aires, 1910).



A UN "PIONEER"

*En usted, Otto Suter, voy a cantar al "pioneer",
al que vino de Suiza, del Imperio Británico,
de Lituania, de Rusia, de las rías gallegas
y del mar y la tierra que en la Loba se nutren.*

*En usted, Otto Suter, voy a cantar al hombre
que vino de las cuatro distancias del planeta,
con los ojos cargados de ensueños y las manos
sedientas de trabajos y de auroras mejores.*

*Cuando llegó a estos valles usted, aquí no había
más que guadales hoscos, más que desiertos agrios,
ríos embravecidos, sin lecho y sin riberas,
y montes de jarillas, chañares y algarrobos.*

*Usted, con su talante de mariscal de acero,
con sus brazos desnudos y el amplio pecho al aire
desbrozó monte virgen y sobre cuatro estacas
levantó su vivienda bajo el cielo de Cuyo.*

*Su mano grande y recia fué timón del arado,
encauzó las corrientes cerriles; y el barbecho,
y el árbol, y el rosal, y la espiga mostraron
a los ojos del criollo sus mundos de colores.*

*Sus ansias se bañaron en las primeras luces
de nuestras albas próceres, y el Sol no logró nunca
doblarlo en sus faenas; y la Luna, cien noches,
lo vió tras de su yunta, jadeante y sudoroso.*

*Supo esperar. ¡Oh ciencia de buen labriego! Supo
dejar correr los años sin pedirle a la tierra
lo que a su tiempo brinda con generosas manos.
Supo esperar. Y al cabo llegó la gloria ansiada.*

*Su mujer, hombre y medio como usted, lo seguía
como los tordos siguen al labrador. Su gracia
se hizo fuerza, olvidó fatigas, pero nunca
la palabra fraterna, y el pan y el lecho honrado.*

*Y llegaron los hijos. Nuestros campos y cerros
se poblaron de rostros de rubiedad rosada
y de ojos azules, remotos y risueños,
y de brazos dorados y de pechos velludos.*

*Así vemos ahora, gringo heroico, a sus hijos
puntear en la guitarra, pialar y domar potros,
y bolear avestruces, y lucir nuestro escudo
en la rastra, o bordado en el pañuelo gaucho.*

*Yo, que no tengo nada como el ave del cielo,
sólo atino a decirle: ¡Gracias por estos árboles,
gracias por estos mares de pámpanos, por estos
huertos que a Dios albergan, por estos prados bíblicos;
por estos hombres fuertes, optimistas y alegres,
por estas muchachas de cabelleras rubias
y bocas de amapolas que se ven en mis campos
hablando en nuestra lengua fraternal y dulcísima!*

*¡Salud, “pioneer” robusto! ¡Que esta tierra adorada
que se abrió para darle sus entrañas de virgen,
le dé también reposo definitivo y santo
cuando su cuerpo yazga perfectamente inmóvil!*

ALFREDO R. BUFANO.

(De *La Prensa*, 1938).



VOCABULARIO. — *Chañares*: nombre que se da, en la República Argentina, a unos arboletos con legumbres dulces y comestibles. — *Pilar*: enlazar un animal por sus patas. — *Rastrera*: cinturón con partes de metal.



LAS PRIMERAS OVEJAS

El Río de la Plata debe al Perú sus rebaños de ovejas. Los descubridores de nuestros grandes ríos, Solís y Gaboto, no traían ovejas en sus naves, y cuando don Pedro de Mendoza siguió sus huellas, equipando la expedición más rica y poderosa de las lanzadas a la sazón a los mares de América, embarcó simplemente caballos y yeguas, como elementos de guerra. En las capitulaciones del adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, del 10 de marzo de 1540, se renueva la obligación de traer caballos, sin hablar de ovejas. Ellas vinieron casualmente. Martínez de Irala, que había consolidado la colonia del Río de la Plata, organizó una expedición de castellanos, con tres mil indios auxiliares, para abrir el camino del Perú. Los expedicionarios salieron del Paraguay, atravesaron la inmensa extensión desconocida del Chaco, las selvas, las cordilleras y las tribus de indios entre el Paraguay y el Perú, venciendo con esfuerzo homérico dificultades ante las cuales hoy mismo retroceden, vencidas, las expediciones mejor preparadas, con recursos y elementos no soñados en el siglo xvi.

Desconfiando La Gasca (comisionado del rey en Perú), obsequió generosamente a los esforzados capitanes del Río de

la Plata y los despachó con destino a la Asunción. Sus jefes, Nuñfo Chaves, Miguel de Rutía y Rui García, recibieron una pequeña majada de ovejas y otra de cabras del Cuzco, que resolvieron introducir en el Río de la Plata, luchando con contrariedades inmensas en la marcha a través de aquel horrible desierto. Rui Díaz de Guzmán refiere que sostuvieron victoriamente muchos combates con los indios, a lo largo del camino. Una noche, agrega, treinta mil bárbaros reunidos se aproximaban para caer de sorpresa sobre el campo de Nuñfo Chaves, y al oír el balido de los carneros y cabrones, como no conocían estos animales, creyeron que eran señales de alerta de los centinelas y se retiraron, mostrándose a la mañana siguiente a lo lejos. Este plantel llegó en 1549 a la Asunción.

Al mismo tiempo entraba a la conquista de Tucumán el capitán Juan Núñez del Prado, autorizado y armado por La Gasca, después de su triunfo sobre Pizarro. Esta expedición introdujo en Tucumán, en 1550, una majada de ovejas procedente de rebaños de Chichas.

El licenciado Juan Torres de Vera y Aragón, en 1587, trajo del Perú cuatro mil ovejas, con ocho mil quinientas cabezas de otros ganados.

Un escritor contemporáneo ha dicho: "Esta introducción de animales, muy considerados por aquel tiempo, fué la que levantó realmente el coloso de prosperidad de este país. Todas ellas fueron repartidas entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes".

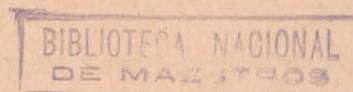
ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS (1854-1923). — Jurisconsulto y destacada personalidad de las letras argentinas. Este escrito pertenece a su interesante obra *Descripción amena de la República Argentina*. (Ed. J. Peuser, Buenos Aires, 1881).



"LOS CONSTITUYENTES DEL 53"

Óleo de Antonio Alice



ANTONIO ALICE. — Argentino. Contemporáneo. Profesor de la Escuela Nacional de Artes Decorativas y en la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata. Estudió en Europa y concurrió a muchas muestras del país y del extranjero. Alice se dedica a la pintura de género, historia y retrato.



*General Justo
José de Urquiza*

LA CARTA MAGNA

I

CARTA DE URQUIZA A ALBERDI

Al Señor Doctor D. Juan B. Alberdi, (Valparaíso).

Palermo (Buenos Aires), julio 22 de 1852.

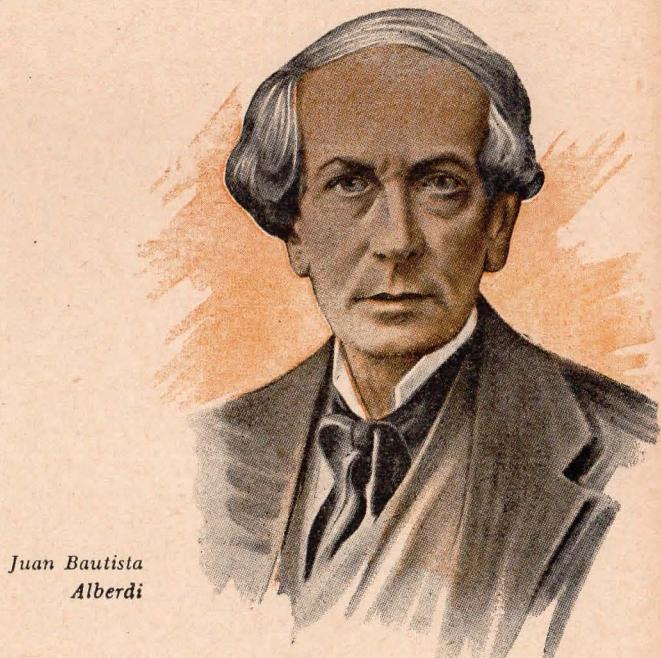
Apreciable compatriota:

La carta que con fecha 30 de mayo me ha dirigido Ud. adjuntándome un ejemplar de su libro "Bases y puntos de partida

para la organización política de la República Argentina", ha confirmado en mí el juicio que sobre su distinguida capacidad, y muy especialmente sobre su patriotismo, había formado de antemano.

Me es muy lisonjero encontrar, en la generalidad de los argentinos, el deseo y la firme resolución de contribuir a que en nuestra querida patria se constituya, al fin, un sistema de leyes digno de sus antecedentes de gloria y capaz de conducirla al grado de prosperidad que le corresponde.

Conociendo bien esos sentimientos de los argentinos, contando con ellos y con sus decididos esfuerzos, me he puesto al frente de la grande obra de constituir la República. Tengo fe de que esta obra será llevada a cabo. Su bien pensado libro es, a mi juicio, un medio de cooperación importantísimo. No pudo ser escrito ni publicado en mejor oportunidad. Por mi parte, lo acepto como un homenaje digno de la patria y de un buen argentino.



*Juan Bautista
Alberdi*

La gloria de constituir la República debe ser de todos y para todos. Yo tendré siempre en mucho la de haber comprendido bien el pensamiento de mis conciudadanos y contribuído a su realización. A su ilustrado criterio no se ocultará que en esta empresa deben encontrarse grandes obstáculos. Algunos, en efecto, se me han presentado ya; pero el interés de la patria se sobrepone a todos. Después de haber vencido una tiranía poderosa, todos los demás me parecen menores.

¡Que la República Argentina sea grande y feliz, y mis ardientes votos quedarán satisfechos!

Usted hallará en mí, siempre, un apreciador de sus talentos y de su patriotismo, y en tal concepto, los sentimientos sinceros de un afectuoso compatriota y amigo.

Justo José de Urquiza.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA (1800-1870). — Ilustre militar argentino; fué gobernador de la provincia de Entre Ríos y presidente de la Confederación Argentina. En 1852 derrocó al tirano Rosas.

II

CARTA DE SARMIENTO A ALBERDI

Yungay (Chile), septiembre 16 de 1852.

Mi querido Alberdi:

Su Constitución es un monumento: es Ud. el legislador del buen sentido, bajo las formas de la ciencia.

Su Constitución es nuestra bandera, nuestro símbolo. Así lo toma hoy la República Argentina. Yo creo que su libro "Bases" va a ejercer un efecto benéfico.

Es posible que su Constitución sea adoptada; es posible que sea alterada, truncada; pero los pueblos, por lo suprimido o alterado, verán el espíritu que dirige las supresiones. Su libro,

pues, va a ser el Decálogo Argentino: la bandera de todos los hombres de corazón.

Domingo F. Sarmiento.

III

CONCEPTOS DE ALBERDI

Gobernar es poblar en el sentido de que poblar es educar, mejorar, civilizar, enriquecer y engrandecer espontánea y rápidamente, como ha sucedido en los Estados Unidos. Mas para civilizar por medio de la población, es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas; para educar a nuestra América en la libertad y en la industria, es preciso poblarla con poblaciones de la Europa más adelantada en libertad y en industria, como sucede en los Estados Unidos. Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilizaciones en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosoffia. *Un hombre laborioso es el catecismo más edificante.*

¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí. Al lado del industrial europeo, pronto se forma el industrial americano. La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña: prende de gajo.

Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de cultura, no hay prógresos considerables; todo es mezquino y pequeño. Naciones de medio millón de habitantes, pueden serlo por su territorio; por su población serán provincias, aldeas, y todas sus cosas llevarán siempre el sello mezquino de provincia.

* * *

El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente. He ahí el arsenal en que debe buscar Sudamérica las armas para vencer a su enemigo capital. Hacer en vez de eso, de un hombre, una destructora máquina de guerra, es el triunfo de la barbarie; pero hacer de una máquina un hombre que trabaja, que teje, que transporta, que navega, que defiende, que ataca, que ilumina, que riega los campos, que habla de un polo al otro, es el triunfo de la civilización sobre la materia, *triunfo sin víctimas ni lágrimas*.

Por su índole y espíritu, la nueva Constitución Argentina debe ser una constitución absorbente, atractiva, dotada de tal fuerza de asimilación, que haga suyo cuanto elemento extraño se acerque al país; una constitución calculada especial y directamente para dar cuatro o seis millones de habitantes a la República en poquísimos años; una constitución destinada a trasladar la ciudad de Buenos Aires a un paso de San Juan, de La Rioja y de Salta y a llevar estos pueblos hasta las márgenes fecundas del Plata, por el ferrocarril y el telégrafo, que suprinen las distancias; una constitución que en pocos años haga de Santa Fe, de Rosario, de Gualeguaychú, de Paraná y de Corrientes, otras tantas Buenos Aires en población y cultura; una constitución que, arrebatando a Europa sus habitantes y asimilándolos a nuestra población, haga en corto tiempo tan populoso a nuestro país, que no pueda temer a la Europa oficial en ningún tiempo.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

JUAN BAUTISTA ALBERDI (1814-1886). — Abogado y publicista argentino. Hombre de vasta ilustración y gran talento, ocupó un lugar preeminente entre los pensadores contemporáneos. De su gran producción recomendamos calurosamente la lectura de los libros *Bases* y *El crimen de la guerra*. Del primero se han tomado estos fragmentos. (Edic. La Cultura Popular, 1933).

AMÉRICA: EL CONTINENTE DE LA PAZ

Conceptos del Excmo. Sr. Presidente y del Canciller de la República Argentina, General Agustín P. Justo y Dr. Carlos Saavedra Lamas, y del Presidente de los Estados Unidos de América, Dr. Franklin D. Roosevelt, en ocasión de inaugurarse en Buenos Aires, el 1º de diciembre de 1936, la "Conferencia Interamericana de la Paz".

... "América aspira sólo a animar, mediante la sinceridad, el hondo sentimiento de fraternidad continental, el amplio espíritu de solidaridad humana, las viejas normas a las que los viejos pueblos, perdida la fe y la confianza en sí mismos, han quitado todo valor reduciéndolas a simples palabras, desprovistas de sentido. Aspira a que sea un hecho la igualdad jurídica de los estados, el principio del arbitraje, el respeto de los tratados, la buena fe en las relaciones entre los pueblos, el repudio definitivo de la conquista; aspira a infundir nueva vida a los viejos principios internacionales que le legaron los pueblos que crearon la civilización que nutrió su espíritu y de los que cada día parecen alejarse más. *Por eso, frente a la apología de la guerra, América proclama las excelencias de la paz.* Frente a la exaltación de la fuerza, ella sigue confiando en el poder inmanente de la justicia. Frente a la conquista y al desquite, ella, libre de odios y rencores, defiende el derecho de todos los pueblos a la vida, sin hegemonías ni tutelas deprimentes, *convencida de que la fuerza, no sólo no resuelve problema alguno, sino que agrava los existentes y crea nuevos.* América sigue creyendo que en la paz, el amor, la concordia, la buena voluntad, debe buscarse

el bienestar de los hombres y de los pueblos, en un afán constante de mejoramiento y de superación.”

AGUSTÍN P. JUSTO.

AGUSTÍN P. JUSTO (1875-1943). — General argentino e ingeniero civil. Fué presidente de la Nación en el período 1932-1938.

* * *

... “La Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, tiene la trascendencia que resulta de la hora del mundo e importa una demostración de que se mantiene intacto, en América, el espíritu de conciliación y de armonía. La existencia de ese espíritu es fundamental, sean cuales fueren las fórmulas jurídicas, las convenciones que se proyecten o las nuevas estructuraciones en que se haya pensado. Para todas ellas, una psicología de solidaridad y de cooperación entre los Estados *es la fuerza motriz ineludible, es el vapor indispensable para mover los engranajes de la máquina.*

No sería prudente esperar que la Conferencia de la Paz de Buenos Aires descubra un remedio maravilloso que restablezca inmediatamente el equilibrio y la armonía, y sólo podrá marcar una etapa en la necesaria evolución por medio de la que pueden trasponerse las grandes crisis. Sin perjuicio, pues, de esperar todos los resultados a que las delegaciones vienen dispuestas con el mayor empeño, reconozcamos que *su mera presencia en Buenos Aires, el espíritu común que las anima y los móviles superiores en que estamos todos inspirados, significan ya, por sí solos, un triunfo y un éxito para el anhelo de paz y conciliación que se siente en todo el mundo.*”

CARLOS SAAVEDRA LAMAS.

CARLOS SAAVEDRA LAMAS. — Argentino. Doctor en jurisprudencia. Ex ministro de Justicia e Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores y Culto. En 1936 fué distinguido con el premio Nóbel de la paz.

* * *

...“Estoy plenamente convencido de que la gente sencilla de cualquier lugar del mundo civilizado desea hoy que los pueblos vivan en paz los unos con los otros. Si el genio de la humanidad que inventó las armas de muerte no puede descubrir los medios de preservar la paz, no hay duda alguna de que nuestra civilización, tal como actualmente existe, atraviesa por un momento fatal. Pero no podemos aceptar ahora, y especialmente en vista de nuestro común propósito, una actitud derrotista. Sabemos por experiencia que *la paz no se consigue sólo con pedirla; la paz, como otros preciados bienes, puede obtenerse únicamente gracias a tenaces y laboriosos esfuerzos*. Nos hallamos aquí para dedicarnos y dedicar nuestros países a esta obra.

En primer lugar, es nuestro deber evitar, por todo medio honorable, una guerra futura entre nosotros. Para ello, lo mejor es fortalecer los procedimientos del gobierno democrático y constitucional, a fin de que armonicen con la actual necesidad de unidad y eficiencia y, al mismo tiempo, preserven las libertades individuales de nuestros ciudadanos. “Todos hemos disfrutado de las glorias de la independencia; vayamos ahora en pos de las que nos depara la interdependencia.”

En segundo lugar, además del perfeccionamiento de los instrumentos de paz, podemos luchar, aun con más bríos que en el pasado, *para evitar la creación de las condiciones que conducen a la guerra*. La falta de justicia social o política dentro de las fronteras de cualquier nación es siempre causa de ansiedad. Por medio de los procedimientos democráticos podemos empeñarnos en lograr, dentro de las Américas, el más alto nivel posible de vida para todos nosotros.

La paz viene del espíritu y debe basarse en la fe. Al buscar la paz, quizá sea mejor empezar por proclamar altamente la fe de las Américas: la fe en la libertad y su realización, que ha demostrado ser, en medio mundo, una fortaleza inexpugnable a todo ataque.”

FRANKLIN D. ROOSEVELT.

FRANKLIN D. ROOSEVELT. — Destacadísimo demócrata estadounidense. Presidente de su patria tres veces consecutivas.

PARA TI, JOVEN

Sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales; sin osadía no se acometen honrosas empresas.

Un joven escéptico está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Un entusiasta expuesto a equivocarse es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar; el segundo, jamás.

El joven entusiasta corta las amarras de la realidad y hace converger su mente hacia un ideal. Olvida las tentaciones egoístas, que empiezan en la prudencia y acaban en la cobardía; adquiere fuerzas desconocidas por los tibios y los timoratos.

El enamorado de un ideal es una chispa: contagia a cuanto lo rodea el incendio de su ánimo apasionado.

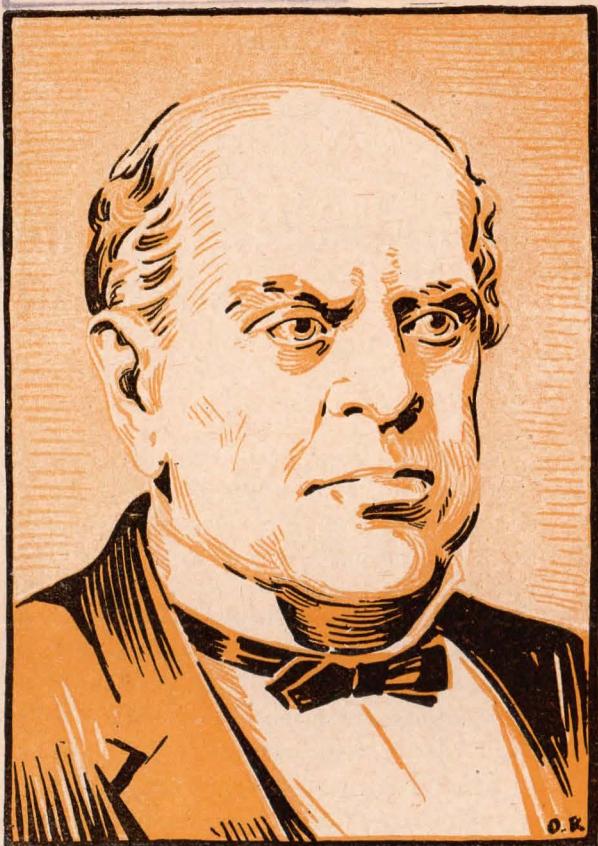
De jóvenes sin credo se forman cortesanos que mendigan favores en las antesalas; retóricos que hilvanan palabras sin ideas; abúlicos que juzgan la vida sin vivirla; valores negativos que ponen piedras en todos los caminos para evitar que anden otros lo que ellos no pueden andar.

“Sólo el que ha poblado de ideales su juventud y ha sabido servirlos con fe entusiasta, puede esperar una madurez serena y sonriente”.

JOSÉ INGENIEROS.

José INGENIEROS (1877-1925). — Escritor y hombre de ciencia argentino. Dedicóse especialmente a estudios psicológicos y sociológicos, publicando obras notables, como *Las fuerzas morales*, en las que fija orientaciones a la juventud. El fragmento transcripto ha sido tomado de dicho libro. (Ed. L. J. Rosso, Buenos Aires, 1925).

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



DOMINGO F. SARMIENTO



EVOLUCION
DE NUESTRA
CULTURA

FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

A las cuatro y media de la tarde del día 12 de agosto de 1821 tuvo lugar la inauguración solemne de la Universidad en el templo de San Ignacio (lugar tradicional de las grandes fiestas de la inteligencia), cuyas avenidas, naves y tribunas rebosaban de gentío, ansioso de ver por sus ojos aquella constelación de doctos brillando a la luz reflejada por las lentejuelas y abalorios de capirotes y bonetes. Esta faz de la ceremonia era la más al alcance de la generalidad de los espectadores, aunque no faltarían entre ellos padres serios y madres tiernas, cuyos ojos se humedecerían de entusiasmo al considerar la nueva honra a que podían aspirar sus hijos.

“Jamás un establecimiento ni una función pública —dice un testigo ocular, redactor del periódico *Argos*— ha tenido un séquito tan interesante y numeroso; el pueblo se hallaba verdaderamente encantado de alegría, y ha dado a conocer hasta qué grado es entusiasta por las letras.”

En aquel día, la ciencia se dignificaba; se despertaba el estímulo por el estudio y se mostraba claramente, por la autoridad de Buenos Aires, cuán grande debe ser el respeto que rinden los gobiernos bien intencionados a la inteligencia cultivada.

A la hora ya indicada se presentó el gobernador, Martín Rodríguez, a la puerta del templo, acompañado de sus cinco

ministros, del cuerpo diplomático y de todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, siendo recibido allí por una comisión de miembros de la Sala de Doctores. Otra comisión llevó sobre un almohadón de tela de damasco y de oro, hasta el asiento de S. E., el edicto original de erección de la Universidad. Mientras esto tenía lugar, entraban en la iglesia, formados en dos alas, los treinta y seis miembros presentes del claustro, presididos por el tribunal literario encabezado por el rector, don Antonio Sáenz. Colocados en sus asientos, el prosecretario de la Universidad, por ausencia del escribano de gobierno, leyó el edicto, pasando en seguida el gobernador a recibir el juramento de incorporación al rector y doctores presentes. Despues de esta larga formalidad, tomó la palabra el señor cancelario y pronunció una oración inaugural, sólida y elocuente, según el testimonio de la prensa oficial. El ministro de gobierno, don Bernardino Rivadavia, dirigiéndose a la Sala de Doctores, le hizo presente, en una corta y enérgica arenga, el gran empeño que acababa de contraer para con la patria, asegurándole que para cumplirlo y llenarlo dignamente, podía contar con el apoyo de la primera autoridad de la provincia.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ (1809-1878). — Educador, periodista e historiador argentino que trabajó intensamente por la cultura del país. Fué presidente del Consejo N. de Educación y rector de la Universidad de Buenos Aires. De su obra *Origen y desarrollo de la enseñanza superior* es este fragmento. (Buenos Aires, 1868).

LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias que sería excusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible; la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas.

* * *

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron y lograron frutos muy diferentes de sus bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustración, eran la verdadera escuela de los conocimientos que tanto distinguieron a aquella nación célebre, y las que son hoy día tan comunes en los pueblos cultos de Europa son miradas como el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo. Por fortuna, tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo. La Junta ha resuelto fomentar este establecimiento y,

esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una suscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la secretaría de gobierno, nombrando desde ahora por bibliotecarios al Dr. Saturnino Segurola y a^l reverendo padre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos a dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de dicha biblioteca, al secretario de gobierno que suscribe, confiriéndole todas las facultades para presidir dicho establecimiento y entender en todos los incidentes que ofreciese.

MARIANO MORENO.

(De *La Gaceta de Buenos Aires*. Archivo General de la Nación).



MARIANO MORENO (1778-1811). — Ilustre jurisconsulto y patriota argentino. Secretario de la Primera Junta y alma de la Revolución de Mayo. Fundó *La Gaceta de Buenos Aires* y fué autor de la *Representación de los hacendados*.

FUNDACIÓN DE UNA ESCUELA

Discurso pronunciado por Domingo F. Sarmiento en el acto de la colocación de la piedra fundamental de la Escuela de Catedral al Norte, el 21 de mayo de 1859.

Señores:

El hombre que hace dos mil años descubrió la potencia motriz del simple tornillo que hoy impele las naves, en despecho de Eolo y Neptuno, agitadores del mar y de los vientos, pedía un punto de apoyo para la palanca, ese primitivo poder del arte, y ofrecía sacar la Tierra de sus cimientos. Arquímedes no había inventado ni el tornillo ni la palanca, que pertenecía a Dios y a la humanidad. Él sólo había observado la fuerza que poseía y la preconizaba en vano a sus compatriotas. *La escuela es, en lo moral, lo que la palanca de Arquímedes en lo físico:* el más vulgar y conocido mecanismo humano, la más colossal de las fuerzas aplicadas a la materia o a la inteligencia. Pero esta palanca carecía en América de apoyo. Donde se ha intentado ponerla, el suelo se ha hundido y la potente fuerza ha quedado neutralizada. En la tierra que ocupan veinticinco millones de seres que hablan nuestra lengua, *ésta es la primera vez* que un puñado de padres de familia se reúne a poner la piedra fundamental para la erección de una escuela, sobre cimientos que bastan para apoyar sobre ellos la palanca omnipotente. Señores: lo proclamo en alta voz: la parroquia de la Catedral al Norte de la ciudad de Buenos Aires; el pueblo de Buenos

Aires; Buenos Aires, en fin, es el primer estado sudamericano que erigiendo una construcción especial para escuela, solemniza el acto con la conciencia cierta *de que inaugura una época nueva* en nuestros fastos morales, intelectuales, políticos y comerciales.

Sólo en Buenos Aires, la cuna de la independencia americana, la patria de Belgrano, que daba batallas y fundaba escuelas; de Rivadavia, que creaba el Banco y la Sociedad de Beneficencia, se ha visto en esta América descender un ciudadano del primer puesto del Estado y hacerse Comisario de Escuelas, y al Presidente actual del Senado, tomar la plana del albañil, para poner esta primera piedra de un monumento levantado a la inteligencia del pueblo.

Los pueblos antiguos hicieron, en pirámides y mausoleos, la apoteosis de lo pasado y de la muerte, ensalzando la tumba. Los pueblos modernos principian hoy a enaltecer el porvenir y la vida, erigiendo en la escuela la cuna del pueblo, donde han de crecer y desarrollarse las virtudes y las dotes sociales de todos.

La escuela es el secreto de la prosperidad y el engrandecimiento de los pueblos nacientes. ¡Cuántas verdades demostradas por la experiencia de otras naciones!

Cada progreso moral o material que hacemos es una batalla que ganamos o una reserva que dejamos a nuestra retaguardia, para que triunfen los que vienen en pos. A la cinta colorada, símbolo de la barbarie por su forma, su color y su objeto, contestamos poniendo la piedra fundamental de una nueva escuela.

¡Gloria a las armas de la civilización que empuña hoy Buenos Aires!

LA OBRA DE LAS MAESTRAS NORTEAMERICANAS EN LA EDUCACIÓN PÚBLICA ARGENTINA

La huella honda y perdurable de las educadoras norteamericanas, traídas al país por ese genio de la educación pública argentina que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, ha quedado de tal manera impresa en el pasado de nuestras escuelas que compromete la gratitud nacional. Sarmiento, con clara visión del presente y del futuro, en que la educación debe ser la principal preocupación de un gobierno, dedicó a ella todos sus afanes y hasta el tesoro de la nación estuvo más de una vez al servicio de un ideal: "educar, educar, educar". Fué así como en las escuelas colocadas bajo la dirección de las educadoras norteamericanas venidas a la República Argentina, y que Sarmiento designó para llenar su apostolado en diversas ciudades del territorio nacional, fueron modelos en su género, fueron todo "una maestra", todo una educadora cada una de ellas. Hicieron hombres para llenar ampliamente su misión en la sociedad; supieron desarrollar en cada alumno, o en el aula mil veces bendecida por los mismos, el carácter, las aptitudes morales y físicas. Educaron la voluntad para que fuera firme; el espíritu moral para que fuera sólido; nutrieron la inteligencia y adiestraron los miembros.

Estas educadoras de la gran república del norte, no sólo estaban admirablemente preparadas para realizar la obra de

encauzar la educación en nuestro país, sino que poseían un espíritu superior, espíritu que cultivaban de continuo; un fino humanismo; una vastedad de conocimientos tal, que lo mismo forjaban el carácter, dura y enérgicamente si era necesario, que formaban el físico del alumno; que al explicarles cómo debían cuidar su salud, les inculcaban de paso ideas de economía y de elegancia. Exigían más, siempre más. Su disciplina era férrea, al decir de una de sus discípulas. Parecía imponerse de dentro afuera en cada alumno, juez de sí mismo en los casos comunes; sometido al tribunal de sus condiscípulos cuando la falta era grave. Las crónicas relatan que miss Mary O. Graham, directora fundadora de la Escuela Normal de La Plata, visitaba personalmente y a diario toda la escuela, cada una de las clases del curso normal y de aplicación. Nacía así, instintivo y seguro, el convencimiento en cada alumna de que "la maestra" lo sabía todo; de que si algo preguntaba era para probar la veracidad de las educandas, pero que era inútil ocultar un hecho o ensayar un engaño. Tampoco soñaba nadie en desobedecer, y trabajaban con tanto mayor placer cuanto que no tenían celadoras.

La enseñanza de miss Mary era tan profunda, tan individual, tan personal, que hacia de cada escolar un eterno alumno de la vida, en marcha ascendente hacia la verdad, hacia la bondad. "No es superior el que se adapta al medio, el que se deja ceñir por él", les decía. "Superior es el que obliga al medio a adaptarse a él, siempre que, adaptándolo, eleve la línea de la vida". Y miss Mary O. Graham, como doña Emma Nicolay de Caprile, miss Armstrong, miss Stevens y otras cuyos nombres no recordamos, geniales maestras, modeladoras de almas, forjadoras de caracteres, buriladoras de individualidades, formaron generaciones de maestras que, al desparramarse por todos los ámbitos del país, han llevado nuestra naciente cultura. Han santificado el lugar donde la dulce voz de una mujer oficiaría en cada día la misa del alfabeto, y donde los niños,



vibrantes de emoción, entonarían la canción nacional que ella enseñaría a cantar, después de haber recibido el óleo del alfabeto y el conocimiento de las horas en el reloj de cartón.

Repetimos: esas geniales maestras pueden figurar, en la historia de la educación de nuestro país, como genios pedagógicos: la vida emanaba de sus enseñanzas.

ADELIA DI CARLO.

(Publicado en la revista
Caras y Caretas, 1936).

ADELIA DI CARLO. — Escritora y periodista argentina contemporánea. Sus difundidas colaboraciones en diarios y revistas evi- dencian su afecto hacia la niñez, a la que dedica sus mejores páginas. Recomendamos a las niñas su libro *La canción de la aguja*, en el que se pone de manifiesto la exquisita sensibilidad de la autora.

HACIA EL VOTO SECRETO Y OBLIGATORIO

En la sesión del 8 de noviembre de 1911 de la H. Cámara de Diputados de la Nación, el Dr. Indalecio Gómez, Ministro del Interior, expuso los fundamentos del proyecto de la Ley Electoral, actualmente en vigencia, ley debida al talento del Dr. Roque Sáenz Peña, en ese entonces presidente de la Nación. Lo que transcribimos es parte de dicha exposición.

¿Qué efectos, qué resultados espera el P. E. alcanzar y producir en el país, una vez que esta ley haya sido sancionada y que el pueblo la practique?

El primer resultado será que el pueblo vote, y el pueblo votará. Existirá la obligación, que hará salir a los abstencionistas de su retraimiento.

Este gobierno no ha detenido la obra de un solo ferrocarril; no ha detenido la obra de un solo telégrafo; los puertos siguen trabajándose; iniciativas de progreso se difunden en todas direcciones; se trata de ensanchar la red de toda clase de caminos; se construyen escuelas en cuanto lo permiten los recursos; se ha aumentado el área de los cultivos; la tierra, con el favor de una estación propicia, nos promete una cosecha extraordinaria; mayor número de niños asisten a las escuelas; mayor número de estudiantes a las facultades; todas las tareas recomendadas al gobierno, todas, se realizan.

Para él, sólo eso es lo interesante.

La tarea política de devolver su vida a nuestra inerte y desmayada democracia, ésa también es tarea de este gobierno. No es posible educar al pueblo, enriquecerlo, y al mismo tiempo negarle el derecho de votar. Es menester que vote y que concurra a la formación del gobierno, para asegurarse todos esos beneficios, y no solamente para asegurárselos, sino para sentirse también parte consciente en la producción de esos beneficios de que goza.

Por eso el Poder Ejecutivo ha creído que también, como las otras, era ésta una tarea del día: la de regenerar nuestras costumbres electorales. Pero se me dirá: ¿ese camino es seguro?

Tomar un rumbo del porvenir es siempre difícil e incierto. Es siempre una opción entre dificultades. Pero, señores: si la despreocupación de todo interés personal, si el amor al pueblo, si el deseo de asegurarle la libertad y el ejercicio de sus instituciones son fuente de inspiraciones acertadas, puedo, señores, deciros: *sí, el camino es seguro; por él marcharemos hacia lo mejor, con paso firme y decidido.*

INDALECIO GÓMEZ.

INDALECIO GÓMEZ (1851-1920). — Destacadísimo abogado argentino. Fué diputado por Salta y ministro del Interior en la presidencia del Dr. Roque Sáenz Peña.

EL CUARTO PODER



“El periodismo —ha dicho José Figueroa Alcorta— es función pública, misión social, apostolado cívico. Tal como está constituido, nada escapa a su competencia”. De ahí su denominación de “cuarto poder”, equiparándolo así al legislativo, ejecutivo y judicial.

Su fuerza social es enorme. No dicta leyes, pero ¿qué poder puede comparársele en su acción sobre las masas? ¿Quién, como el periodismo, alimenta al pueblo en informaciones, verdades y críticas constructivas?

Diariamente seguimos sus escritos y apreciamos que ha llegado a constituirse en una verdadera necesidad de la vida moderna.

¡Cuántas veces al terminar la lectura de un artículo hemos reconocido la verdad que encierran estas palabras de Sellés: “todo lo impreso toma la solidez y el peso del metal que lo ha fijado”! Y es entonces cuando aparece, en toda su verdadera expresión, la enorme responsabilidad de los que dirigen este delicado mecanismo de la cultura popular; las invariables condiciones de inteligencia y moralidad que ellos deben poseer.

Para el escritor español Juan Valera, “por haber leído periódicos son muchos los que acaban leyendo libros. Para estas personas, los periódicos vienen a ser, y permítaseme la comparación gastronómica —sigue diciendo Valera—, algo semejante a lo que llaman “sakuska” en los banquetes rusos. En la antesala o sala que precede al comedor, hay en una mesa multitud de entremeses como anchoas, caviar y encurtidos. Los

convidados comen aquellos manjares, con lo cual, en vez de satisfacer o matar el apetito, lo aguzan. Así apercibidos y pre-dispuestos entran en el comedor, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad, toman los exquisitos, sólidos y suculentos manjares que allí les sirven. Pues bien —concluye—; el que tiene salud y bríos mentales lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que los periódicos han sido para su espíritu algo a modo del “sakuska”.

* * *

El periodismo nació en nuestro país con el *Telégrafo Mercantil* en 1801, publicación diminuta del tamaño de un libro. Dejó de publicarse en 1802, apareciendo entonces el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* redactado por Juan Hipólito Vieytes. En los albores del gran movimiento emancipador vió la luz la *Gaceta de Moreno*, la que contribuyó a crear el ambiente revolucionario. En sus páginas, el ilustre tribuno escribió: “El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes”.

El periodismo ha seguido así todas las incidencias propias de la evolución política del país, y, desde 1815, comienza a dar muestras de intensa vida, hasta culminar en 1833. Es bien sabida la situación del periodismo durante el gobierno de Rosas: la prensa opositora aparecía en Montevideo, con los escritos de Varela, Cané, Márquez, y en Chile, con los de Sarmiento. En tal campaña periodística se destaca este hecho: *Facundo* nace en *El Progreso* de Chile.

A la caída de Rosas sucede un período activísimo, como una especie de desquite de la opresión sufrida, y es entonces cuando Sarmiento, Vélez Sársfield, Mitre, Avellaneda y tantos otros sacuden los espíritus y orientan a la opinión pública hacia la ansiada reorganización del país, utilizando la prensa, puesta como siempre al servicio del progreso.

Y hoy día, la República Argentina ofrece al mundo el enorme desarrollo de su periodismo, modelo de organización y de obra constructiva.

UN GRAN PINTOR ARGENTINO: FERNANDO FÁDER

Fáder es un espontáneo y un fecundo. Es un pródigo; desborda talento y lo derrocha. Mañana asombrará por su obra total. Es de la pasta de que se hacen los Rubens.

Todo esto lo dice en sus cuadros; desde el primero, "Caballos al sol". Unos pocos brochazos amplios y firmes, unos pocos golpes de espátula, y he ahí una maravilla de color, de fuerza y de verdad. No es necesario que él diga que eso lo ha hecho en un momento.

Más allá hay una mujer dando de comer a unos cerdos (primer premio en la exposición de Munich, 1904). Otra maravilla: es difícil hacer más luz con el pincel. Triunfa siempre el talento, triunfa del motivo y hasta de las idiosincrasias del observador. Los verdaderos artistas son así: no necesitan ir muy lejos a buscar la belleza, porque la tienen adentro.

Otros dos brochazos puestos de primera intención y casi con rabia: ya está... es la calle Ituzaingó, de Mendoza. Un grupo de casitas recibe los últimos rayos del sol, que se pone a la izquierda del espectador, fuera del cuadro, y vibra en una nota anaranjada violenta, que arde y se destaca con poderoso contraste de la sombra del terreno. Y

después, el cielo —¡oh si conozco ese cielo!— con sus notas rojizas, verdosas y azuladas, que se funden íntimamente hasta producir la impresión de un tono uniforme luminoso, con la parte más próxima al horizonte algo opaca por la mayor densidad de los vapores atmosféricos: es lo mejor que tiene el boceto.

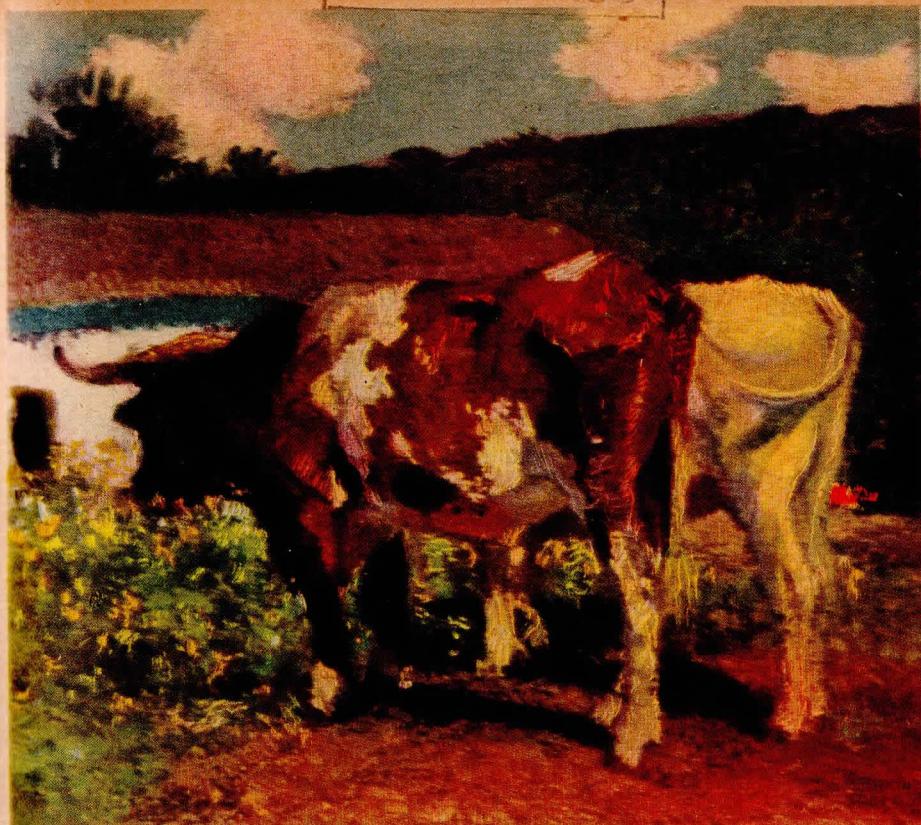
¿Queréis ver al poeta más de cerca? Observad el “Crepúsculo”. Los tonos borrosos del campo envuelto en la penumbra vespertina, el cielo y las figuras que se mueven, todo habla un mismo lenguaje. Es el lenguaje de la naturaleza, que no se sabe de dónde sale, porque sale de todas partes; lo hemos oído muchas veces a la tarde, en el campo, echados sobre el verde, a la hora incierta en que se separa el día de la noche. Ese lenguaje dulce y poético consta de una sola palabra: armonía. Hay gran sentimiento en esta tela. Esta vez el artista estaba melancólico y pintó así, siempre con su manera sólida y potente, porque es de los que escriben el diario de su vida con los pinceles y cuentan sinceramente sus horas de melancolía como sus horas de entusiasmo.

Y el poeta está también en los retratos. ¡Cómo viven y cómo piensan sus figuras! Es de los que hacen el alma de sus modelos. ¡Ah! pero para eso no necesita falsear la verdad; no alarga los miembros, no achica las cabezas, no ahueca las órbitas, no esconde las formas ni las exagera; no miente.

Observad cómo están hechas las caras, cómo están modeladas. De cerca, de muy cerca, veréis las huellas de la mano maestra que no hesita; la solidez de la pintura y la fuerza escultural de los relieves. De lejos, desaparece el pintor y surge el artista.

Tiene defectos, como los tienen todos, y sus cuadros no son igualmente buenos, como todos los cuadros de todos los artistas. Y es precisamente en los artistas más geniales, y siempre en los más espontáneos, en los que se ven más defectos. Pero, entendámonos, nadie





"LA YUNTA"

Óleo de Fernando Fader

FERNANDO FADER (1882 - 1935). — Argentino. Dedicado especialmente a la pintura de paisajes y animales, ha dejado también valiosos testimonios de sus recursos en el género retratista. Estudió en Alemania. Sus últimos años transcurrieron en la provincia de Córdoba, cuyos paisajes supo interpretar con técnica vigorosa, reflejando en ellos admirablemente su luminosidad y sentido emotivo.

vale por sus condiciones negativas sino por sus condiciones positivas.

Hay errores en una obra que fácilmente se disculpan porque quedan ahogados entre las bellezas.

CUPERTINO DEL CAMPO.

CUPERTINO DEL CAMPO. — Médico argentino contemporáneo, descendiente del ilustre poeta D. Estanislao del Campo. Cultiva el arte pictórico, y ha producido obras de gran mérito. Fué director del Museo Nacional de Bellas Artes; es autor de varias obras literarias y de numerosos trabajos sobre crítica de arte. Este artículo, que transcribimos fragmentariamente, publicado en *La Nación*, en 1905, fué el primero que se escribió sobre Fader, en el país. (Publicaciones del Colegio Nacional Juan Martín de Pueyrredón, Buenos Aires, 1936).

LAS IMÁGENES PORTEÑAS DE PELLEGRINI

Es creencia vulgar de que lo genuinamente nuestro en los tiempos pretéritos sólo era lo gauchesco. La estampa del paisano agreste, ya desaparecido, se muestra cual la más auténtica expresión criolla, como se exhiben las oleografías sevillanas de toreros y gitanos para representar a una España convencional.

La Argentina tiene una tradición social que no es campera, hecha de modalidades, de costumbres, de actitudes, de creencias, de sentimientos y de recuerdos, elaborada en una atmósfera culta y urbana, que dió al grupo aristocrático de las ciudades una peculiar fisonomía, tan distinta del gaucho como del europeo. Y es ese patriciado porteño de 1830 y su ambiente, el que aparece, como si viviera aún, en los retratos y en los dibujos del ingeniero Carlos E. Pellegrini.

* * *

Cuando el ingeniero saboyardo don Carlos E. Pellegrini se embarcó en Francia para estas playas, en 1828, animado por la invitación que dos años antes le hiciera Rivadavia, estaba muy lejos de imaginar que su nombre perduraría entre nosotros por causas bien distintas a las actividades profesionales que le trajeron.

Dos vínculos insospechados debían ligarlo más tarde, para

siempre, con la historia argentina: sus entretenimientos de pintor aficionado y el hijo ilustre que naciera en esta tierra ⁽¹⁾.

El espíritu del ingeniero Pellegrini estaba disciplinado por la ciencia, pero mantúvose vibrante para el arte. Bien pronto vinculóse con lo más granado de la sociedad de Buenos Aires.

En el salón de misia Mariquita Sánchez de Velasco y de Mendeville se reveló pintor.

Cierta noche, en la famosa tertulia, entre una partida de malilla, un minué y el diálogo en que chispeaba con la gracia criolla la ironía parisienne, la seductora dueña dijo a Pellegrini:

—He sabido que es usted pintor y nos lo oculta. ¿Sería capaz de hacerme un retrato?

El interpelado, que silenciaba su afición artística, no vaciló en complacer a la gentil demanda. En muy poco tiempo retrató al interesante modelo y la obra fué admirada por los tertulianos. Todo el gran mundo requirió entonces el lápiz y el pincel de Pellegrini, y así fueron saliendo para la posteridad las imágenes pensativas, risueñas, melancólicas, burlonas, ingenuas, reflexivas o apasionadas de las damas y de los caballeros de esa culta y sabrosa sociedad bonaerense de 1830, que, como la francesa del siglo XVIII, definió una época, sintió la vida con una expresión propia y tuvo una fisonomía peculiar que no volverá a repetirse.

CARLOS IBARGUREN.

De *En la penumbra de la Historia Argentina*.
(Editorial "La Facultad", Buenos Aires, 1932).

(1) El Dr. Carlos Pellegrini, que fué más tarde presidente argentino.

EL TEATRO EN EL ANTIGUO BUENOS AIRES

El apogeo del teatro en Buenos Aires comenzó en 1804. Hasta entonces habíase arrastrado como pudo, un tiempo en corrales al aire libre, otro en la Casa de Comedias, galpón de techo de paja y paredes de barro; otro en casas particulares, barracones, salones, huecos y sitios diversos donde fué posible levantar un tablado, por cualquier motivo. Pero después que el señor Olaguer Feliú edificó el Coliseo provisional, frente a la iglesia de la Merced, las representaciones se hicieron más regulares, las compañías fueron más completas, la utilería más adecuada y la vigilancia más estricta. En los dos primeros años de este teatro fué censor de obras el doctor don Domingo Belgrano, muy contraído a su trabajo y que tuvo especial cuidado en la vigilancia de las debían representarse y que le fueron presentadas para su lectura y aprobación. El doctor Belgrano llevó sus escrúpulos hasta prohibir que las mujeres aparecieran en escena vestidas de hombre; pero en cambio permitió las magias, la sangre, los muertos y aparecidos, los sainetes estúpidos y comedias de peleas, etc., que habían sido aprobados anteriormente y que debió haber prohibido. Pero sin duda sus atribuciones no llegaban a tanto: nada tenía que hacer él en lo referente a piezas anteriores al desempeño de su mandato oficial.

En esas épocas no había orquesta en el teatro (hasta 1813

no la hubo) de modo que los melodramas y comedias con música debieron representarse sin ella. No contaba tampoco con gran juego de tramoyas, escotillones y utilería; por esto las piezas que requerían los mayores adelantos del arte debían ser modificadas en esa parte por el director de la compañía. Se suprimían los caballos, los carros triunfales, los templos demasiado iluminados y complicados, los ejércitos; pero quedaban los vuelos y muchas transformaciones. Y el diálogo reemplazaba las escenas de esta clase, con lo que quedaban peores. Donde debía aparecer un ejército, por ejemplo, se suprimía el pasaje escénico, se corregía el texto, añadiéndole algunos versos, con los cuales se comunicaba al público "que el ejército aguardaba afuera". De modo, pues, que la tontería subsistía, y empeoraba, porque siquiera la vista no salía ganando con la exhibición del espectáculo.

* * *

Llegado el año 1817, el Director Pueyrredón, uno de los más bien intencionados protectores del teatro, comprendió que era necesario cortar tales abusos. El público ilustrado y los escritores y estudiosos en general levantaron un grito de protesta contra los defectos de esa institución. Ya eran muchas las obras del buen teatro extraño a España que conocían los patriotas argentinos, ya por lecturas hechas en sus originales, ya por representaciones teatrales de sus traducciones, ya por crónicas extranjeras leídas en periódicos que llegaban al país. Ya había muchos que conocían los idiomas inglés, francés, italiano y portugués, sobre todo el primero. Y a este respecto debemos decir, una vez más, que nunca será bastante alabado en su memoria ese gran fomentador de los adelantos del teatro, D. Santiago Wilde, propagador de los libros ingleses y franceses de literatura, filosofía y matemáticas, y perseguidor infatigable de los adefesios del teatro español.

Uno de los más empeñados en tal patriótica empresa fué el literato chileno Fr. Camilo Henríquez, quien hizo públicas sus teorías en *El Censor*, periódico que él dirigía, manifes-

tando en los artículos que escribió con ese fin, cómo entendía él el teatro que convenía a los intereses de la patria libre: *espejo en que el hombre pueda ver retratados sus vicios para corregirlos; moralizador de costumbres, desterrando del campo de la idea locuras y rancios delirios; barrera que, con la exposición de saludables terrores, contuviera, por los ejemplos presentados, la ambición, la maldad y el fuego devorador de descabellados deseos; ejemplo histórico de hechos que enseñaran la bondad, la humanidad, los principios más sublimes.*

* * *

Después de 1817, el teatro de Buenos Aires algo se corrigió, y la intervención de piezas extranjeras, las reconocidamente buenas españolas y las pocas de autores nacionales desterraron de las tablas los mamarrachos de magia, milagros y resucitados. Pero no fué posible desterrar los sainetes, porque, como sabemos, eran el número predilecto de los guarangos. No molestaban tampoco al escaso público selecto, porque al empezar ellos, se retiraban del teatro. Y a nadie se le ocurrió prohibirlos, porque, como hoy, las autoridades no creían en el fatal influjo de esas piezas sobre el pueblo.

Luego, la intervención del canto de ópera, las compañías líricas que se formaron, la afición a la música italiana y francesa perfeccionaron el gusto de esa parte del público que llamamos selecta. Pero, justamente, el error perjudicial consistió en tolerar que el pueblo, "la plebe", que era quien más necesitaba reaccionar, continuara gozando en los espectáculos moralmente venenosos que exigía y que le daban.

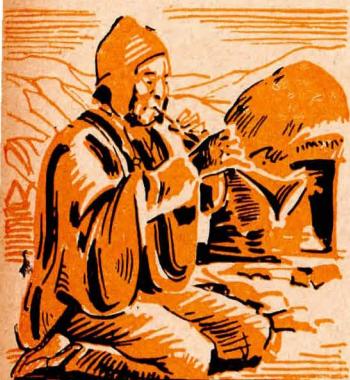
"No se debe dar al pueblo lo que pida, sino lo que necesite".

MARIANO G. BOSCH.

MARIANO G. BOSCH. — Escritor argentino contemporáneo. En 1904 publicó una interesante obra: *Teatro antiguo de Buenos Aires*, de la cual ofrecemos este fragmento. (Ed. El Comercio, Buenos Aires).

MÚSICA NATIVA

EL "YARAVÍ"



El "yaraví" parece ser la forma viviente de la expresión musical originaria, genuina, hija de la sangre y del alma indígena, que contaron por sus dulces y penetrantes acentos los íntimos, los incurables dolores de una raza que, al nacer a los esplendores de la vida y de la civilización, fué herida de muerte por la ruda e irreparable conquista, sujeción y servidumbre.

Lo cantaba el indio "yanacona", el "mitimae" y el "chasqui", en las soledades de sus labores, correrías y viajes a través de las montañas, cuando, semejantes a Mercurios de una mitología primitiva, calzaban su "ushuta" invulnérable, para volar sobre los agudos cerros lo mismo que por los grandes caminos, conduciendo los reales mensajes a los extremos del inmenso imperio. Imaginaos un mundo en la juventud, de bosques ilimitados y de montañas inmensurables, poblado por los rumores de una naturaleza virgen y desbordante de vida, y en medio de ellos los hondos lamentos de esas almas sencillas y dolorosas, que arrullaban las noches y las siestas con los desgarrradores cantos de sus voces, o las íntimas vibraciones de la "quena", misteriosa y sacra, que, como ningún instrumento

conocido, arrancó y gimió con sus propios acentos aquellas indecibles dolencias.

El “yaraví” es la canción inmortal del alma indígena, que vivirá mientras una gota de sangre americana corra por las venas de estos pueblos; que sobrevivirá a la propia raza de que fuera eco íntimo e innato, porque es como su espíritu mismo, superviviente a la gran catástrofe, y seguirá resonando entre los follajes de nuestras selvas aunque sus cantores desaparezcan, porque la canción, como el alma que la exhala, no perece jamás. Es la canción de América, y desde los primeros días de la conquista cautivó el corazón de los dominadores, que la estudiaron con amor, la escribieron, la tradujeron y la imitaron. Como la voz humana tiene su órgano inconfundible, el “yaraví” nació con su instrumento, la quena. Cuando la intensidad del dolor hacía imposible la palabra, la quena lo decía todo. No en vano ha nacido la leyenda de que las primeras quenas fueron construidas de tibia humana, que ninguna madera ni caña de la tierra pudieron igualar en dulzura y en melancolía, cual si todas las “lágrimas de las cosas” se transmitieran al mundo espiritual por ese frágil trozo de hueso del esqueleto humano.

Las transformaciones operadas en la música indígena por la de los conquistadores y dominadores de tres siglos, hasta implantar en América la suya propia, con variantes a veces sensibles, no han logrado borrar del espíritu popular la huella profunda del “yaraví”, que sigue imperando en las regiones paternas y originarias, aun bajo otros nombres y que a nuestro país ha llegado revestido con las formas y los tonos de la “vidalita” montañesa, hermana del “triste” llanero, pampeano o rioplatense, realizando así la simpatía sentimental del pasado con el presente y entre las más apartadas regiones de la tierra patria.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

(Edic. Selectas “América”, Buenos Aires, 1920).

VOCABULARIO: *Ushuta*: sandalia.

EL HIMNO NACIONAL

1

CANTO PATRIÓTICO Y NO MARCHA GUERRERA

Que nuestro pueblo ansiaba otra cosa más alta y más digna que un canto guerrero que se entonara al compás brioso de una marcha militar, lo demuestran la indiferencia y la falta de entusiasmo con que había recibido, antes de 1813, varias obras del género, como la realizada a fines de 1810 por el poeta Esteban de Luca, cuya primera estrofa canta así:

*La América toda
se commueve al fin
y a sus caros hijos
convoca a la lid.
A la lid tremenda
que va a destruir
a cuantos tiranos
la osan oprimir ...*

o como aquella otra, de 1812, cuyo coro, imitando en su verso primero, al primero del coro de la Marselesa, dice: "A las armas corramos, ciudadanos". No, no era eso lo que quería el pueblo de Mayo, que se sobraba solo de coraje y que no necesitaba,

para infundirse valor, beber el aguardiente con pólvora de una canción excitante. No, no era ése el verbo sublime destinado a guardar y concentrar, como en un ánfora helénica de líneas armoniosas, como en un cáliz de oro cincelado por la mano del genio, todas las glorias ya conseguidas y las que se esperaban conquistár; tanto las aspiraciones superiores, los ideales generosos y humanitarios, como los sueños de grandeza, latentes ya en el alma del pueblo argentino.

Ni Luca, ni Rojas, ni Fray Cayetano Rodríguez eran el vate, esto es, el adivino, el que presente y dice lo que todos quieren que diga. Estábale tal misión reservada a López, quien, con su canto patriótico, "producto de la inspiración sublime de un momento", como dice Mitre, "dió un ritmo a la revolución", es decir, le mostró su derrotero y expresó su ideal.



II

PARERA Y SU OBRA

No era, no, un profesor adocenado ese pobre maestro de piano y de violín que, en la aurora de nuestra Revolución, se ganaba la vida yendo de casa en casa, a dar lecciones de su arte; ni mucho menos era un alma vulgar, sin sensibilidad y sin pasión. Puesto en la ardua tarea de traducir al lenguaje musical el soberbio canto épico de López, Parera sintió admirablemente toda su elevación de conceptos, toda la nobleza de sentimientos de que están impregnadas sus estrofas, y supo darles la armonía sublime y grandiosa que reclamaban. Compenetrado íntimamente con el pensamiento de su autor, trabajando con él

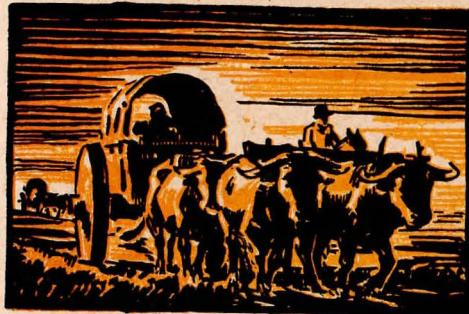
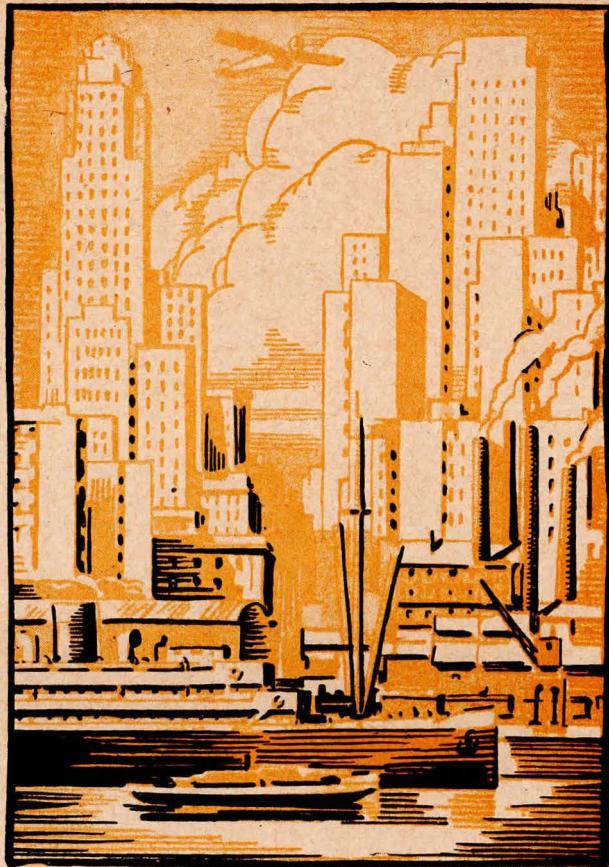
de consumo, guiándose de seguro por sus consejos y sugerencias, e influído, asimismo, como lo fué el autor de la letra, por el ambiente social que ambos respiraban, comprendió que un canto en el cual, por arriba de todo, *se anhela y se busca la simpatía y la amistad de todos los hombres de buena voluntad de la Tierra*; que un mensaje de paz y de confraternidad universal, cuya aceptación se prevé por todos los libres del mundo, exigía, en su versión musical, la misma grave entonación, la misma nobleza y majestuosidad, el mismo andar imponente y reposado, como de procesión patriótica o religiosa, que la letra posee. De ahí el carácter de la música de Parera; de ahí sus acordes solemnes y sus melodías majestuosas, que todos los argentinos llevan como prendidas en el alma, en forma que, arrancárselas, equivaldría a herirlos en las fibras más íntimas y sensibles de su ser moral. De ahí también *esa emoción profunda, esa especie de unción, casi sagrada, que la música del himno produce en todos los que lo escuchan*.

No cabe dudar que López encontró en Parera un dignísimo intérprete.

ANTONIO DELLEPIANE.

ANTONIO DELLEPIANE (1876-1941). — Escritor e historiador argentino cuyas obras rebosan unción patriótica. Fué director del Museo Histórico Nacional. *Una visita al Museo Histórico*, *El Himno Nacional* y *Dos patricias ilustres* son trabajos de gran interés para la juventud argentina. El segundo ha sido publicado en el *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, 1927.

VOCABULARIO: *Caros*: queridos, amados.



EL HOMBRE
Y SUS
CREACIONES

PALABRAS DE UN GENIO DE LA INDUSTRIA

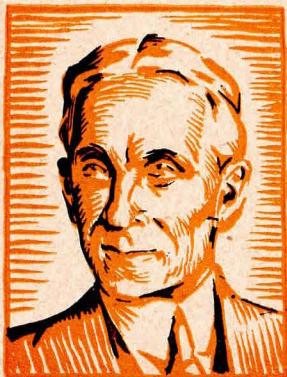
El principio económico fundamental es el trabajo. El trabajo es el elemento humano que sabe explotar las épocas fructíferas de la tierra. Sólo el trabajo humano ha hecho de la cosecha lo que hoy representa. El principio económico fundamental es el siguiente: "Todos nosotros trabajamos con material que no hemos creado, ni podido crear, sino que lo recibimos de mano de la naturaleza".

* * *

La institución que ha sido fundada por nosotros rinde servicios efectivos. Los principios básicos de este servicio son los siguientes:

1º — No temerás el porvenir, ni tampoco idolatrarás el pasado. El hombre que teme al porvenir o al fracaso limita simultáneamente el círculo de su actividad. Los fracasos nos ofrecen únicamente la ocasión de reanudar la tarea con más tiento e inteligencia. Un fracaso honrado no es vergonzoso; en cambio, el temor a los fracasos es indigno del hombre. El pasado es útil en cuanto nos indica los medios y caminos del futuro progreso.

2º — El servicio lo pondrás por encima del beneficio. Sin beneficio sería imposible la expansión del negocio. El anhelo





"EMBARQUE DE CEREALES"

Óleo de Benito Quinquela Martín

BENITO QUINQUELA MARTÍN. — Argentino. Contemporáneo. Sus cuadros más famosos reflejan escenas del puerto de Buenos Aires, cuyas actividades capta con gran precisión y colorido. Varias de sus obras figuran en museos de Europa y de América.

de conseguir beneficios no es, por sí solo, nada malo. Es más; una empresa debidamente dirigida, infaliblemente debe arrojar beneficio; pero este margen debe considerarse como recompensa inevitable por un servicio útil. Negocios establecidos *sobre la mera ganancia de dinero* son algo muy inseguro, una especie de juego de azar, una empresa que sólo excepcionalmente sobrevive una serie de años. La obligación de un hombre de negocios es producir para el consumo, no para el provecho material o la especulación.

3º — Producir no equivale a comprar barato y vender caro. Significa, más bien, adquirir las primeras materias a un precio adecuado y transformarlas, con una adición mínima de gastos, en un producto útil de consumo y entregarlo así en manos del consumidor. Jugar al azar, especular y *obrar contra los principios de la honradez*, no sería sino poner trabas a este progreso.

* * *

El hombre continúa siendo el ser más elevado de la Tierra. Sucedá lo que suceda es y seguirá siendo el hombre. Los negocios pueden empeorar mañana, pero el hombre permanecerá intacto. Cuando consiga regenerar su espíritu, se le revelarán nuevas fuentes y tesoros de su propio ser.

Fuera de nosotros, no hay seguridad ni poder. *La eliminación del miedo crea seguridad y opulencia.*

HENRY FORD.

HENRY FORD. — Uno de los más poderosos industriales norteamericanos. La organización que ha dado a sus famosos establecimientos es verdaderamente ejemplar y se basa en sólidos principios, algunos de los cuales hemos reproducido tomándolos de su libro *Mi vida y mi obra*. Este libro, en su idioma original, como en muchísimas versiones, se halla difundido en cantidades fabulosas por los países del mundo civilizado. Su autor no se limita a ofrecer un tratado técnico de la industria automovilística; va más allá. Indica cómo se dignifica y humaniza una industria, ofreciendo además una clara visión de lo que el comercio debe ser. (Editorial Orbis. Barcelona, 1924).

SOBRE EL COMERCIO LIBRE EN LAS COLONIAS DEL RÍO DE LA PLATA

“Hace más de dos años que el primer asunto de este Gobierno ha sido combinar arbitrios que reparen la quiebra del erario; pero todas las especulaciones no han producido sino funestos desengaños; el apoderado del consulado de Cádiz reúne todos los proyectos tantas veces despreciados, añadiendo algunos que provocan la risa por su ridiculez...”

Los apuros se remediarán con dignidad *cuando la libertad del comercio* abra las fuentes inagotables del rápido círculo que tendrán entonces las importaciones y respectivos retornos; libre V. E. de las urgencias que ahora lo afligen y ligan, desplegaría en toda su extensión las benéficas ideas que harán memorable su gobierno; la metrópoli recibirá cuantiosos recursos y el país será feliz contando con medios efectivos, que aseguren interior y exteriormente su tranquilidad. ¿Qué puede detener a V. E. para una resolución tan magnánima? La necesidad es notoria, es urgente y no da tregua; este arbitrio es el único que puede remediarla; dos años de continuas especulaciones deben convencer a V. E. de la ineficiencia de los otros medios. Es preciso, pues, que las consideraciones más respetables se sacrifiquen a la salvación de la patria.

Hay verdades tan evidentes, que se injuria a la razón con pretender demostrarlas. Tal es la proposición de que con-

viene al país la importación franca de efectos que no produce ni tiene, y la exportación de los frutos que abundan hasta perderse por falta de salida. En vano el interés individual, opuesto muchas veces al bien común, clamará contra un sistema del que teme perjuicios; en vano disfrazará los motivos de su oposición, prestándose nombres contrarios a las intenciones que lo animan. La fuerza del convencimiento brillará contra todos los sofismas...

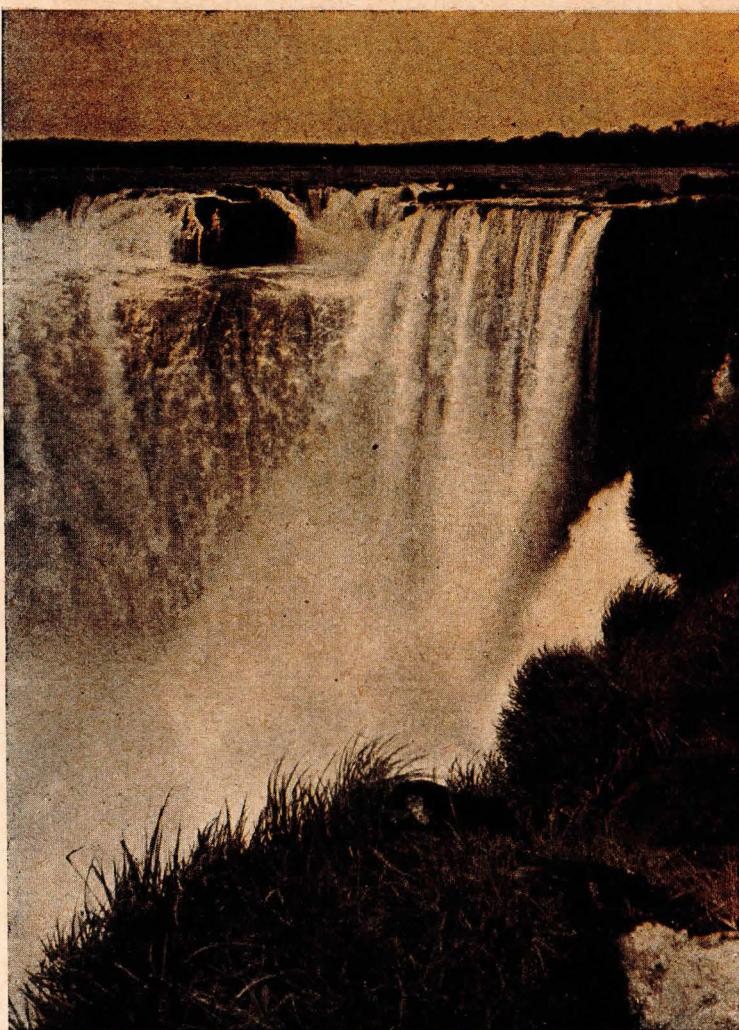
Los que creen en la abundancia de efectos extranjeros como un mal para el país, ignoran, seguramente, los primeros principios de la economía de los estados. Nada es más ventajoso para una provincia que la suma abundancia de los efectos que ella no produce, pues envilecidos entonces, bajan de precio, resultando una baratura útil al consumidor.

A la conveniencia de introducir efectos extranjeros, acompaña en igual grado la que recibirá el país por la exportación de sus frutos. ¡Con qué rapidez no se fomentaría nuestra agricultura si, abiertas las puertas a todos los frutos exportables, contase el labrador con la seguridad de una venta lucrativa!

Los que ahora emprenden tímidamente una labranza, por la incertidumbre de las ventas, trabajarán entonces con el tesón que inspira la certeza de la ganancia.

MARIANO MORENO.

(De la *Representación de los hacendados*).



Cataratas del Iguazú, en el territorio nacional de Misiones.
Vista de uno de los saltos

¡PETRÓLEO!

CUARENTA Y SIETE HABITANTES ANDAN EN BUSCA DE AGUA

El 16 de mayo de 1901 se aproxima a las costas de la Patagonia el *Guardia Nacional*. Es un buque de la armada, que tiene la misión de hacer sondajes en la rada de Tilly. A bordo vienen dos colonos: los señores Olascoaga y Fernández. Frente al páramo dicen: "Nos quedamos aquí". Construyen una casa. Luego, otra. Y otra, hasta que de repente se asombran ellos mismos de su obra: "¡Hemos formado un pueblo!" ¡Un pueblo! Lo dicen con orgullo. Es lógico. Veinte habitantes que se deciden a vivir aquí constituyen un pueblo de titanes. Pero hay que darle un nombre criollo a esta aldea feroz. No quieren bautizarla con apellidos extranjeros. Pretenden darle una denominación bien argentina, que constituya un símbolo de su propia labor.

¿Quién es el marino que está defendiendo con tenacidad la colonización de las tierras del sur? —"El Comodoro Rivadavia".

Ya el pueblo tiene nombre. Los vecinos aumentan. En 1905, cuatro años después de su fundación, se levanta en Comodoro Rivadavia el primer censo.

"Cuarenta y siete habitantes".

Trabajan con ahínco, a la orilla del mar, muriéndose de sed.

“¡Agua!”

No hay agua. Las lluvias son escasas. Los carros aguateros necesitan traerla del Cañadón Rosales, en barriles. Cien litros de agua valen cinco o seis pesos. Se sufre la tragedia de Tántalo. (El primer subprefecto que tuvo Comodoro, el benemérito don Pedro A. Barros, me cuenta que, a menudo, cambiaban quiñangos por unos cuantos litros del precioso licor).

“¡Agua!”

Los cuarenta y siete vecinos están dispuestos a morir buscándola. ¿Dónde? Reúnen, en suscripción, cinco mil pesos. Ofrecen esta suma al gobierno. Le piden una máquina perforadora y dos personas técnicas para manejarla. El director general de minas, ingeniero Julio Krause, apoya con entusiasmo la iniciativa de los pobladores. En 1905 llega la máquina perforadora. Los cuarenta y siete vecinos arriban al puerto con traje de gala para recibirla. Alguien exclama viéndola llegar: “¡Lástima que no tengamos una banda de música!”.

“¿Dónde comenzaremos la perforación?”

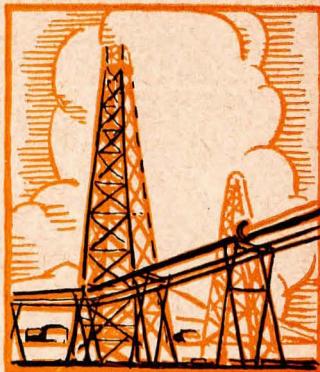
En cualquier parte. El sitio es lo de menos. A falta de cateos científicos, lo más criollo es el pálpito.

“¿Dónde abriremos el pozo?”

La máquina perforadora es para el pueblo un monumento digno de respeto. Hay que darle ubicación en un sitio de honor.

¡Aquí!

La ponen, como si fuera la estatua de San Martín, en la calle principal, en el terreno destinado para construir el Banco. Y bajo la dirección de don Eliseo Castañeda, la perforadora inicia su cateo. ¡Qué instante más sublime de emoción colectiva! La muchedumbre popular (se compone de cuarenta y



siete personas que valen por cien mil) está viviendo momentos de historia nacional. El trépano de la máquina lucha desesperadamente con la piedra. Sin embargo, penetra, se hunde, traspasa las napas buscando el corazón...

Cien metros...

El agua no aparece.

¡Siga!

El trépano no cesa en su labor. ¡Qué angustia la de los habitantes! Una viejecita, madre de un poblador, se arrodilla delante de la máquina y reza a Dios pidiéndole un milagro:

¡Agua!

El agua no aparece. La máquina pelea, lucha, vibra, tiembla como un músculo humano. De improviso, al llegar a los doscientos metros de profundidad, se oye un ruido espantoso. El trépano...

¡Se ha roto! ¡Ya no sirve!

El pueblo se llena de silencio. Los vecinos regresan a sus casas meditando, con los ojos fijos en el suelo. No quieren ni mirarse. No desean ni oírse. Si se dijesen una sola palabra, si se mirasen una sola vez, sería para echarse a llorar uno en brazos del otro...

II

APARECE LA PRINCESA ENCANTADA

Este primer pozo es por cierto un fracaso.

¡No hay agua!

Sin embargo, no ceden. Insisten.

Haremos un pozo en otra parte.

Desde las entrañas de la tierra surge todavía la voz de la princesa de los cuentos árabes, que los impulsa a seguir escarbando. Siguen los rabdomantes.

En 1906 hacen gestiones para traer otra máquina de mayor potencia. El gobierno manda una perforadora "Fauck-Express". Además, viene un excelente jefe de sondeos, José Fuchs, y un hábil auxiliar de hidrología, Humberto Beghin. Se emprende la labor en 1907. Elígete un lugar apartado del pozo primitivo. Y allá van otra vez los vecinos. Pozo Nº 2... Todos los días, al levantarse de la cama, acuden en procesión a examinar la máquina. Llega el mes de diciembre. Fuchs y Beghin se multiplican y hacen fuerza con el alma para que el trépano no deje de horadar las capas del subsuelo. La máquina está garantizada para quinientos metros de profundidad.

Hemos llegado a los quinientos metros.

¡Un poco más!

Es el último día: 13 de diciembre de 1907. La máquina, enloquecida, como si también tuviera sed, hunde su hocico con rabia en las entrañas de la tierra.

—Quinientos treinta metros. ¡Nada!

¡Siga!

—¿Qué ocurre? ¿Agua?

¡No! Querísen...

—Dolor? —Tristeza? Al contrario. Alegría. Júbilo. Holgorio... Todos comprenden que si no han podido encontrar agua, han encontrado algo que vale mucho más: *¡Oro negro!* *¡Petróleo!*

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.—Escritor y educador argentino contemporáneo. Publicó este trabajo en la revista *Caras y Caretas*. Buenos Aires, 1936.

VOCABULARIO.—*Quillangos*: vestiduras de pieles cosidas.

VIAJES DE ANTAÑO

Los primeros medios de locomoción en los tiempos de la conquista fueron, por lo general, los propios pies de los conquistadores, pues muy contados eran los caballos traídos de Europa, y escasa o ninguna la reproducción de los mismos. Asombran las distancias que recorrieron a pie los sufridos soldados de España. Pero una vez multiplicados los caballos y generalizado su uso entre los hombres y mujeres, indios y cristianos, se impusieron fatalmente, como se impone una embarcación para cruzar el mar.

Los viajes a caballo eran rápidos, pero demasiado fatigosos y expuestos para que a ellos se arriesgaran las familias sino en casos excepcionales. Además, no se podía transportar en esa forma equipaje ni carga en cantidades apreciables.

La necesidad produce el remedio. Como en los desiertos africanos las caravanas de camellos, se crearon en los desiertos de América las tropas de carretas. El gobernador D. Juan Ramírez de Velasco fué, según parece, el primero que tuvo la idea de semejante ensayo. Éste resultó tan feliz, que pronto surgió una industria nueva: la construcción de carretas, y varios nuevos oficios: el de empresario de carretas y el de tropero.

Los grandes y pesados vehículos que se construían en Tucumán eran de madera, sin un solo clavo ni pieza de metal alguna. Las ruedas eran discos a veces enormes, de los que sobresalía el eje, que no giraba con aquéllas. Las paredes eran

de junco tejido, y el techo, montado sobre arcos de mimbre o madera, se hacía de cuero de toro.

Los pasajeros se acomodaban en el interior de los vehículos, provistos éstos de bancos largos, de ventanillas y una puerta trasera. Generalmente llevaban provisiones, pues en el camino, a menudo, no se encontraba sino carne y agua. Muchos tenían una pequeña carpa para la hora de la siesta, y taburetes de tijera o una cama plegadiza.

A la carreta tirada por bueyes siguió "el coche de camino", arrastrado por caballos, los que se cambiaban de posta en posta. La galera y la diligencia sustituyeron, poco a poco, al carroaje particular y los viajes a caballo.

* * *

Las comunicaciones por agua eran mucho más lentas que las terrestres, sobre todo cuando se navegaba río arriba. Un buque de vela, por ejemplo, debía calcular tres meses para un viaje de Buenos Aires a la Asunción, en tiempo de verano. Robertson, comerciante inglés que hizo el trayecto en el verano de 1811-12, prefirió ir por tierra. Despachó su buque días antes de su partida de Buenos Aires y lo dejó remontar el Paraná, mientras él, a caballo, se dirigía por Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes a la capital del Paraguay. Haciendo el viaje sin detenerse, hubiera podido llegar en 15 ó 16 días, pero se entrevino más de un mes en la ciudad de Santa Fe y luego en una estancia, gozando de la hospitalidad de familias criollas, y, sin embargo, llegó a la Asunción mucho antes que el buque.

* * *

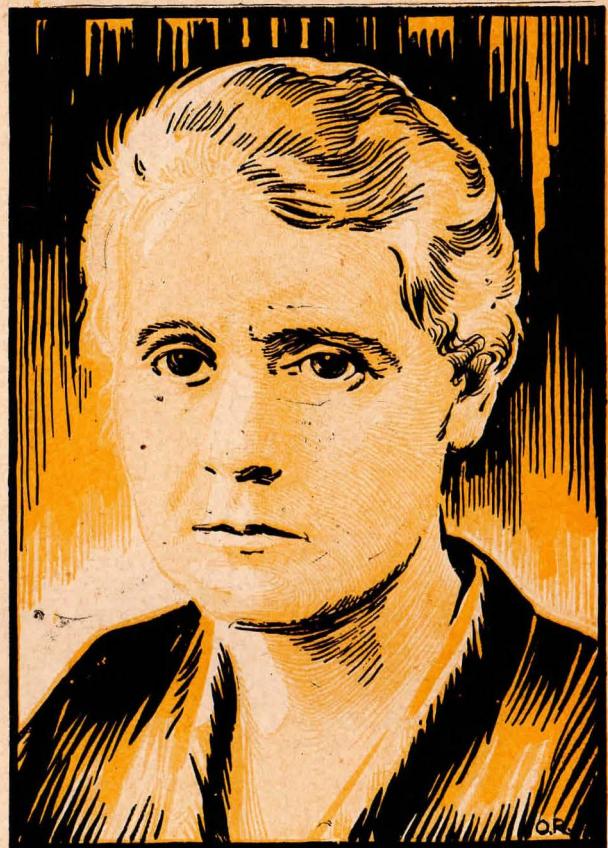
El gozo supremo de recorrer el mundo por placer ha sido reservado para épocas posteriores, de comunicación rápida, barata, fácil y segura.

Antaño, el viajero lo era por necesidad u obligación, y si algo disfrutaba de las novedades del camino, empañaba su placer la nostalgia del hogar abandonado y la impaciencia por llegar al abrigo del puerto.

ADA M. ELFLEIN.

(De *La Prensa*. Buenos Aires, 1937).

ADA M. ELFLEIN (1880-1919).— De esta escritora argentina, la educadora doña Gisberta S. de Kurth ha dicho: “Observadora sutil y pertinaz, tuvo una visión clara de la vida, ahondada por su intuición de artista. Sus leyendas y cuentos interesarán siempre porque tienen valor amplio y humano. Su gran amor por los niños hizo que derrochara en obsequio de ellos su inagotable fantasía, encauzada siempre en provecho de la enseñanza. La escritora, que supo revivir en el difícil género del cuento un vasto pasado de la vida nacional presentado en imágenes vivientes, no sólo estudió con ahínco la historia de su patria, sino que amó, fervorosamente, su tierra y sus tradiciones.” Recomendamos sus libros *Leyendas argentinas*, *Del pasado* y *Por campos históricos*.



Mme. Curie



**GRANDES
CARACTERES**

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

(1547 - 1616)

Nació en Alcalá de Henares. Era hijo segundo de Rodrigo de Cervantes y de Leonor de Cortinas. El padre, licenciado y modesto cirujano, sordo y pobre toda su vida.

El retrato físico de Cervantes hízolo él mismo en el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares*; el moral de su alma, pónese de relieve en todas sus obras: alegría sana, socarronería ingeniosa y benévolas, nobleza de sentimientos, aliento siempre sin desesperanza, optimismo y brío, entereza y grandeza de ánimo extraordinarias. Y tal era la España de entonces y tales los personajes todos que nos pinta, hermoseando hasta los más feos y odiosos, dejando siempre flotar un aire de salud confortable y alegre que ensancha el corazón y eleva la mente a grandes y generosas empresas.

Los grandes ingenios se retratan en sus obras y estilo. El estilo de Cervantes, transparente como el agua que salta de la fuente, descubre, en el fondo de los asuntos que trata, en los personajes que dibuja, en los acaecimientos que cuenta, tomados todos de hechos reales y muchas veces propios, un alma grande, noble y hermosísima.

Como dramaturgo, Cervantes mismo nos dice: "Fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro". *La Numancia* sigue siendo la mejor tragedia que en castellano

tenemos. El *entremés*, esto es, la comedia enteramente española, llegó con Cervantes a su cima.

Como escritor en verso, Cervantes maneja los metros todos con gran destreza; faltanle la facilidad, la blandura y la fantasía soñadora de los grandes poetas, pero sobresale en lo satírico y burlesco, y cuando quiere, en la fuerza y ternura del sentimiento.

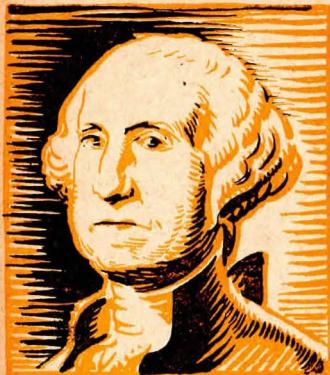
Cervantes fué el primero que noveló en España. Unidad de acción, manera de rodear la fábula, pintura de caracteres y costumbres, expresión de afectos, propiedad y color de estilo, elegancia de lenguaje; en una palabra, hizo un verdadero y acabado cuadro del acontecimiento, con naturalidad y elegancia, cosas en que nadie aventajó a Cervantes.

Cervantes en el *Quijote*, habiéndose propuesto parodiar los libros de caballería, para desterrarlos por falsos y perniciosos, v enamorado de sus dos principales personajes, don Quijote y Sancho, idealizó los dos tipos principales de la sociedad española del siglo xvi y de la humanidad entera de todos los tiempos, componiendo, no sólo la mejor novela caballeresca, sino la novela social española de su tiempo y aun de todos los tiempos.

La lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento de su mayor esplendor, y en el *Quijote* presenta los más acabados modelos en toda su rica variedad de tonalidades y matices del habla castellana, caballeresca y anticuada, del habla erudita, del habla popular, del habla pastoril, siendo su decir propio y limpio, armonioso y recio y el más rico, en voces y construcciones, de los escritores castellanos.

JULIO CEJADOR Y FRAUCA.

JULIO CEJADOR Y FRAUCA (1864-1927). — Literato español, especializado en estudios filológicos. Sus escritos se caracterizan por su estilo limpio, castizo, sobrio y pintoresco. Escritor de gran fecundidad, ha publicado crecida cantidad de artículos y libros. (El presente trozo es del libro *Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid, 1916).



A WASHINGTON

*No en lo pasado a tu virtud modelo,
ni copia al porvenir dará la historia,
ni otra igual en grandeza a tu memoria
difundirán los siglos en su vuelo.*

*Miró la Europa ensangrentar su suelo
al genio de la guerra y la victoria . . .
Pero le cupo a América la gloria
de que al genio del bien le diera el cielo.*

*Que audaz conquistador goce en su ciencia
mientras al mundo en páramo convierte
y se envanezca cuando a siervos mande.*

*Mas los pueblos sabrán en su conciencia
que el que los rige libres, sólo es fuerte,
que el que los hace grandes, sólo es grande.*

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA (1816-1873). — Escritora cubana del siglo pasado. Sus poemas son muy admirados. (De *Selección poética*, La Habana, 1936).

EL SANTO DE LA ESPADA

PERFILES DEL GRAN LIBERTADOR

Hay en San Martín una gloria mayor que la de haberse medido con la Montaña y con el Mar, o que la de haber vencido, con soldados que él sacó de la nada, a las armas españolas que habían vencido a Napoleón, destrozando así el imperio secular de los Reyes en el Nuevo Mundo. Esa otra gloria más grande es la virtud, excepcional en un guerrero, de haber sabido vencerse a sí mismo y haber renunciado a los ascensos, los honores y los premios del triunfo en todos los lugares en que venció; haber domado de tal modo su carne que no tuvo la fruición del mando, ni del dinero, ni de la luxuria como la tuvieron tantos otros vencedores militares; haber sabido sobreponerse a la adversidad cuando se eclipsó su estrella, coronando su vida en el destierro, en la soledad y la pobreza, con el caritativo silencio de los más puros maestros espirituales.

Para llegar a esto último, necesitó perdonar injurias, y supo perdonarlas, acaso más que por amor a los hombres por amor a su América, la tierra entre cuyas pasiones primitivas, él fué un luminoso hijo del sol.

* * *

Siete días después de Maipú, San Martín tuvo otro de esos gestos magnánimos, frecuentes en su vida. Osorio, al fugar, había dejado la valija de su correspondencia secreta, que cayó en poder de O'Brien, y éste la entregó cerrada a su jefe. Esa

valija guardaba cartas de espías y traidores que avisaban, desde Santiago, a los realistas, los movimientos de los patriotas.

San Martín pudo utilizarlas como cabeza de procesos y motivos de venganza; pero optó por quemar esos documentos. El 12 de abril se dirigió con el fiel O'Brien a un rancho de El Salto, en las afueras de la capital, y allá, sin testigos imprudentes, mandó encender una fogata en la que fué arrojando, con su propia mano, aquellos papeles de infamia.

San Martín, sentado en una tosca silla, a la sombra de un árbol y con el paisaje de los Andes en torno, veía la llama roja retorcerse en el aire, mientras las cartas quedaban convertidas en cenizas y sepultadas en ellas los nombres de los que traidieron. En aquel mismo sitio, O'Brien construyó, años después, una cabaña de recreo, en la que conservó la silla de San Martín con un letrero en que rememoraba aquel gesto de bondad.

* * *

Sobrellevó enfermedades, trabajos, pobrezas, ingratitudes y calumnias, con impresionante resignación. De entre esos fuegos salió purificado, como los metales más nobles, y en ello consistió su santidad.

Renunció a sueldos, ascensos, mandos, premios y honores. Le regaló Chile diez mil pesos, y él los donó para una biblioteca pública; le regaló una chacra, y destinó sus frutos a costear un vacunador y un hospital de mujeres. A su capataz de Los Barriales ordenábale desde Europa, siendo él pobre, dar de comer a los pobres del lugar con las cosechas de la finca. En el campo de Maipú, abrazó al vencido general Osorio; en la cárcel de San Luis, quitó él mismo las cadenas a un prisionero realista; en la conferencia de Punchauca, brindó por la reconciliación con España.

Tal es la virtud de este santo laico.

RICARDO ROJAS.

(De su obra *El Santo de la Espada*. Ed. Anaconda. Buenos Aires, 1933).

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



"GENERAL JOSÉ DE SAN MARTÍN"

Óleo pintado en Bruselas en 1827, de autor anónimo, propiedad del Museo Histórico Nacional

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Soldado, escritor, filósofo, periodista, valiente campeón de la libertad y de la democracia, hábil estadista, profundo pensador y apóstol de la educación, no halló espacio suficiente para desarrollar su acción a la par de su pensamiento, a pesar del inmenso escenario de su múltiple actuación.

De inteligencia superior y de actividad extraordinaria, trabaja sin descansar, analiza las cuestiones más arduas del gobierno y del Estado, las simplifica, resuelve y agrega victoriamente a las conquistas de su constante estudio, de su incesante investigación.

Luchador tenaz e infatigable, conspira con ruda e inquebrantable energía contra la ignorancia, que degrada y amula, y contra la tiranía, que humilla y mata.

San Martín abrió con su espada los cimientos de las repúblicas sudamericanas; Rivadavia trazó con su genio los grandes lineamientos sobre los cuales debía desarrollarse el progreso nacional; Alberdi señaló con tino patriótico los rumbos y tendió las bases de nuestra constitución política. Pero Sarmiento, como lo observa el Dr. Wilde, con su actividad siempre fecunda, engendró un conjunto más trascendental, más valioso, puesto que no hay institución, reforma ni accidente de la vida democrática que no contenga rasgos de su genial talento y de su incansable energía. El hombre que realiza estos portentos se coloca por encima de los juicios humanos, y su apoteosis se abre espontánea entre los resplandores de la gloria.

La vida de Sarmiento es una cadena cuyos eslabones comienzan y terminan en el infinito. Por eso nadie la escribirá y nadie la conocerá con verdadera exactitud. *Sarmiento ha sido el genio más grande de nuestra patria y el soldado más heroico de nuestra civilización y progreso.*

En todas partes intervenían o se sentían su consejo, su opinión, su autoridad y esa voluntad de hierro, decidido a realizarlo todo, a embellecerlo todo, "cual si se sintiera con el deber de dar satisfacción al pueblo, de los largos años que estuvo humillado, ultrajado y ensangrentado bajo el dominio de la tiranía".

Se ha dicho que Homero fué el más grande de los genios, y Virgilio el mejor de los artistas; pero, en el uno, sólo se admira al hombre y en el otro el trabajo, mientras que en Sarmiento, se admira genio, arte, hombre y trabajo.

Desconocido al principio, perdido como átomo imperceptible en el infinito, apareció de improviso con todo el brillo, con toda la grandeza y esplendor de esos astros errantes que van a través del espacio llevando en su cabellera luminosa los principios vitales de la luz, del calor y de la fuerza, para renovarlos en el eterno movimiento de los mundos.

CARMELO B. VALDÉS.

CARMELO B. VALDÉS. — Escritor argentino contemporáneo, especializado en temas históricos. El fragmento es de su libro *D. F. Sarmiento* (Ed. Candiotti, Buenos Aires, 1909).



AMEGHINO

Ameghino ofrece dos fases interesantísimas: la del hombre y la del sabio. Una y otra se complementan y completan.

Desde luego, era argentino. Una campaña de desprestigio, interesada, anda todavía por ahí discutiendo su nacionalidad. Pero él me dijo varias veces que había nacido en Luján. Sus hermanos me afirmaron la misma cosa después de su muerte, y aun en el caso de que no lo hubiera sido, él se decía argentino, y eso basta. Por lo demás, era patriota, patriota de saludar a la bandera, de sentir erizamientos escuchando el Himno Nacional, de venerar a nuestros próceres y cultivar la tradición.

La infancia de este hombre extraordinario se deslizó en plena libertad en un pueblo de campaña, en el Luján de entonces. Fué un chico libre, independiente y varonil. En la escuela primaria, según su maestro Daste, se hizo notar por su vivacidad mental.

Desde la niñez perfiló su personalidad de sabio. Sus primeras excursiones por el río fueron fructíferas en hipótesis. —“Me dediqué a la paleontología —me dijo en cierta ocasión— para convencer a mi padre de que estaba en un error. En fin, por porfiado, me hice paleontólogo”. Y el motivo de la discusión era el siguiente:

Ameghino había encontrado unos caracoles lacustres, o mejor dicho, unos ejemplares de esos caracoles palustres, con tapa,

que aun pueblan nuestros bañados, incrustados en la barranca del río. Preguntó a su padre cómo podrían encontrarse en ese sitio, y como le contestara que el mismo río debíalos haber enterrado, le contestó en seguida: "Para mí, debe haber ocurrido lo contrario, es decir, el río, en vez de haberlos enterrado, es quien los ha puesto al descubierto". Y allí se explató explicando cómo esos caracoles habían sucumbido en una laguna, que luego fué cegada, y más tarde el río abrió su curso, atravesándola. De modo que las avenidas de agua, determinando el desgaste de las barrancas, habían llegado hasta donde reposaban esos restos de edades muy antiguas.

Más tarde sus descubrimientos fueron tantos, que llegaron a llamar la atención de Cope, que lo cita a menudo llamándolo "ilustre profesor argentino", y ese autor norteamericano hablaba de Ameghino, calificándolo así, en 1878, es decir, cuando nuestro sabio contaba de 17 a 18 años de edad. Había sido y seguía siendo, sin duda, un muchacho precoz.

El espíritu de Ameghino, desde que se da a conocer por sus publicaciones, se caracteriza por cultivar actividades conocidas mejor por los demás; es, pues, un talento definido. Pero cuando brinda al mundo cosas nuevas, cuando se muestra del todo original, entra en la categoría de los genios.

Además de su pujanza intelectual, tenía una fuerza de voluntad a toda prueba. Y no podía ser de otra manera, pues si no, jamás habría realizado lo que hizo. Su horario de trabajo era extraordinario. Se levantaba a las cinco. Trabajaba desde esa hora hasta los ocho y treinta. Almorzaba. Tomaba el tren para Buenos Aires a las nueve y treinta y cinco. Llegaba al Museo a las once. Trabajaba allí hasta las diecisiete. Tomaba el tren de regreso a La Plata como a las diecisiete y treinta y cinco. Llegaba a su casa a las diecinueve. Comía y luego trabajaba otra vez hasta las veintidós o veintitrés. Éste era su horario de verano, cuando vivía en La Plata y era director del Museo Nacional de Historia Natural. En invierno, toda la variación consistía en levantarse una hora más tarde. Pero no se crea que el sabio hacía todo eso en son de sacrificio, que se sacrificaba

en aras de la ciencia. No; esas tareas no se explican sin una profunda afición por las mismas. El investigador investiga porque le place investigar. El individuo que trabaja y se sacrifica para sentar fama de sabio, no es tal sabio. El sabio de verdad nunca se siente sabio. Por eso, a Ameghino le disgustaba que se lo dijeran, y cuando algún tonto se lo decía, respondía con una mueca de desprecio y de fastidio.

De Estados Unidos le ofrecieron una suma muy crecida —creo que dos millones— por su colección de fósiles. “¿Por qué no los vendió?”, le dije. “¿Y qué iba a hacer con el dinero sin mis fósiles?”, me contestó. Y agregó en seguida: “Seguramente, al poco tiempo, trataría de comprárselos y no tendría dinero para pagarlos, porque es de suponer que me los cobrarían más caro. Como ve, habría hecho un mal negocio”. No tenía más placer que sus investigaciones. Para él existían tres cosas insuperables: la primera eran los fósiles; la segunda, los fósiles, y la tercera, fósiles y más fósiles. Y tal era su fuerza de voluntad, que sostuvo las exploraciones de su hermano Carlos, en la Patagonia, durante más de veinte años, gastando once mil pesos por año, que salían del pequeño negocio de librería, cuyo mostrador atendía su mujer, mientras él escribía los libros y folletos que abrieron las puertas de las instituciones extranjeras, particularmente europeas, a una ciencia argentina que aun no tenía carta de ciudadanía en el mundo de los sabios.

RODOLFO SENET.

(Publicado en *El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, 1932).

RODOLFO SENET (1872-1938). — Profesor argentino de larga y destacada actuación. Es autor de interesantes trabajos de índole científica y educativa.

BARTOLOMÉ MITRE

Mitre ascenderá cada vez más, a medida que su pueblo se engrandezca. Irá subiendo como una lámpara colgada en el tronco de un árbol que crece sin cesar.

Estos hombres pasan a través de nuestra historia como una corriente cálida, como un *gulf-stream*, que fecunda la vida de la nación.

Imitar a Mitre, y si se puede realizarlo, dentro del temperamento propio y del nuevo ambiente, puede ser un heroico programa para un joven esforzado. Por su tenacidad fría, su calma de piloto, su soledad de montaña, su silencio de treinta y cinco años, obstinado y humilde, su gran silencio de bronce... Resignado ante la injusticia y la calumnia que roían su reputación, pudo pulverizarlas abriendo un cajón de su archivo, y no lo hizo para no dañar.

Al día siguiente de una derrota militar o electoral aparecía como un vencedor, y nadie comprendía ese milagro. Y es que su triunfo no era material; no era la última carga del combate ni la mayoría del escrutinio lo que sellaba su superioridad; era la *victoria moral, que superaba la derrota y lo elevaba más alto después de cada caída*. Vencido en la batalla o en la elección, abandonado por la suerte, se hallaba de repente solo; todo se le había escurrido entre los dedos. Pero entonces se encontraba de nuevo a sí mismo, y con esa riqueza interior se enclaustraba en su biblioteca, y era la suya una soledad llena de fiesta para él, la fiesta de su soledad.

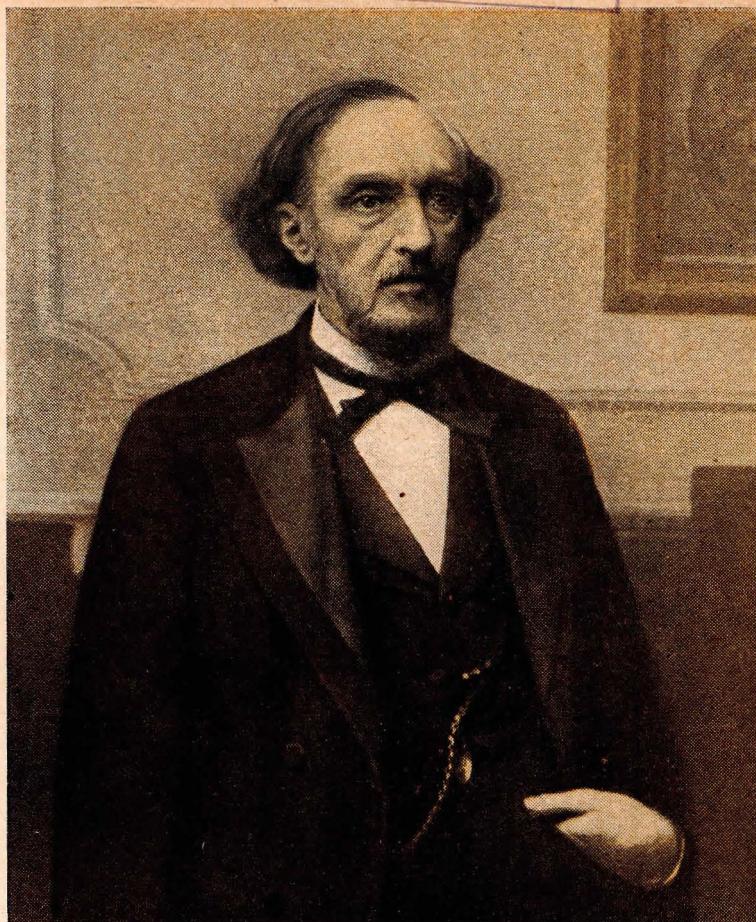
Su vida entre hecatombes y miserias no fué un holgorio ni una mascarada, sino dura y larga faena de deber, que realizó con dignidad, llenándola con su tarea y algo más. Sin ser solemne, era demasiado serio para ser irónico; no pudo disfrutar del ocio feliz de la ironía. Tenía esa manera seria que acompaña a la conciencia de un gran destino. Dignificaba las cosas que tocaba. Su estatura moral es la de San Martín, Belgrano y Rivadavia.

Esos cuatro hombres han echado bastante sal a la vida argentina para sazonar el siglo.

OCTAVIO R. AMADEO.

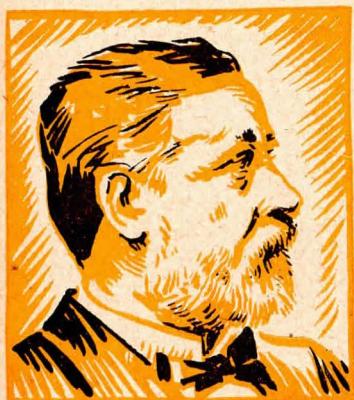
OCTAVIO R. AMADEO. — Escritor argentino contemporáneo.
El fragmento transcripto pertenece a su obra *Vidas argentinas*.
(Ed. "La Facultad". Buenos Aires, 1934).

VOCABULARIO. — *Gulf-stream* (del inglés): corriente cálida del Golfo.



General Bartolomé Mitre

• LUIS PASTEUR



La vida de Pasteur equivale a una revolución. Es, en los dominios del pensamiento, lo que fueron para nuestro planeta aquellos trastornos de la prehistoria que, mediante convulsiones titánicas, transformaron a un tiempo su aspecto y la vida que lleva. *Pasteur, por sí solo, ha transformado las condiciones de la humanidad.*

Se ocupó sucesivamente de mineralogía y de química; encaró los problemas que se relacionaban con la prosperidad de las industrias; protegió, contra las epidemias que los diezman, a los animales

domésticos, desde el ganado hasta los gusanos de seda, y escogió, por fin, como objeto supremo de sus investigaciones, al hombre enfermo, y constantemente sembró a su paso, con rica mano, descubrimientos, métodos, ideas, concepciones, teorías, problemas que, en su conjunto, anuncian el alba de tiempos nuevos. Gracias a su enseñanza, el hombre aprende a distinguir elementos útiles y utilizables para él, y otros que, al contrario, son sus enemigos y la causa de su muerte. También es Pasteur quien enseña al hombre cómo puede subyugar los primeros y aprovechar su actividad, y cómo puede protegerse contra los segun-

dos. Así, pues, desde Pasteur, la vida material del hombre se torna más próspera; su riqueza se acrecienta; su salud está más al abrigo de las enfermedades. Provisto de tantos beneficios, teme menos a su destino.

Pero la obra de Pasteur tiene un alcance todavía mayor. Hace más que servir a la vida del hombre; ha impregnado a su filosofía. Por ella sabe la humanidad que vive en un ambiente extraño en que la rodean los microbios, y, a pesar de los innumerables peligros que así se le revelan, vive más segura de sí misma, más confiada en sus propias facultades, más consciente de sus deberes comunes. ¿No se tiene razón en decir que Pasteur fué un revolucionario benéfico? Al enumerar sencillamente los títulos de sus descubrimientos, se experimenta ciertamente una mezcla de emoción y de admiración por tantos grandes hechos acumulados, tantos problemas suscitados en una sola vida humana, pero no se puede dejar de tener presente lo que hay de más grande en toda esa grandeza: la fecundidad de sus ideas que, como granos arrojados al viento sobre una tierra virgen, no han dejado de crecer, de desarrollarse y de ir formando constantemente nuevas semillas para nuevas cosechas.

La vacuna contra la rabia fué el último descubrimiento de Pasteur. El mundo se lo agradeció mediante la construcción del Instituto que lleva su nombre, destinado a continuar lo que el maestro había iniciado. Pasteur había llegado entonces a la cumbre de su vida. El viaje había sido largo, desde la humilde casita de su padre, el curtidor. Pero su vida, a pesar de los obstáculos puestos en el camino, había sido alumbrada por el sol. ¡Se sentía feliz! Feliz por haber vivido en Francia, en donde la irradiación de París, la atmósfera impregnada de las luchas del espíritu, las contingencias democráticas, habían favorecido su desenvolvimiento; feliz porque tuvo por compañera a la mujer admirable, al apoyo de todos los días, cuya abnegación estaba a la altura de sus propios esfuerzos; feliz, por fin, de haber vivido lo bastante para poder cumplir su tarea.

El mundo entero era tributario de sus pensamientos, de su trabajo, de sus beneficios. Podía estar contento de sí mismo.

Podía por fin descansar... Luis Pasteur falleció a los setenta y tres años de edad, el 28 de setiembre de 1895. ¿Y cómo resumir mejor la moralidad de esta gran vida que con palabras tomadas del mismo Pasteur?

Se le anunció que una aldea argelina había trocado su antiguo nombre por el de Pasteur. Él escribió: "Cuando algún niño de aquella aldea pregunte el origen de esa denominación, yo desearía que el maestro de escuela le enseñase, sencillamente, que era el nombre de un francés que amó mucho a Francia, y que al servirla del mejor modo que le estaba dado, pudo contribuir al bien de la humanidad".

ALEJANDRO MAMOREK.

(De *La Prensa*. Buenos Aires, 1922).

ALEJANDRO MAMOREK. — Médico austriaco contemporáneo. En el Instituto Pasteur dedicóse al estudio de las bacterias. Ha realizado también importantes descubrimientos para la curación de la tuberculosis.

LA PREDESTINADA DE LA GLORIA

Desaparece con madame Curie la otra mitad de aquella pareja admirable que, con la pertinacia esperanzada de los alquimistas de antaño, dedicó su vida entera a buscar... y buscar... y que, a diferencia de los sabios del medioevo indeciso, halló lo que buscaba, porque, por encima de las pobres ambiciones humanas, estaba iluminada por un ideal de humanitarismo.

Los esposos descubridores del radio forman un todo tan homogéneo que, cada vez que nos referimos a uno de ellos, es imposible no recordar al otro. Su obra extraordinaria es producto de la labor común, y al evocar las dos figuras complementarias, advertimos que la maravilla no hubiera podido producirse sin la previa asociación de ambos.

María Sklodowska, predestinada de la gloria, nació en Varsovia en noviembre de 1867. Era hija de un profesor de ciencias físicas y matemáticas y de una directora de escuela. La futura sabia realizó sus primeros estudios en su ciudad natal. Luego se trasladó a París, donde siguió los cursos de la Sorbona. Obtuvo allí su título de licenciada en ciencias físicas y matemáticas. Se ve, pues, que el atavismo paterno, aunado a una ardiente vocación científica, ejercía sobre la joven recio ascendiente que, con el tiempo, habría de dar frutos inestimables. Se doctoró

poco después, presentando en la oportunidad un estudio extraordinario sobre las sustancias radioactivas. Aquellos años de sueño y de miseria fueron, según declaración propia, los más felices de su vida. El gran sueño que con el tiempo habría de realizar comenzaba a obsesionarla ya.

Un compatriota le hizo conocer a Pierre Curie, quien, a la sazón, desempeñaba la dirección del Instituto Químico de la tradicional universidad parisense. Apasionada por los experimentos que llevaba a efecto el joven maestro, María Skłodowska los siguió con atención. Casi de inmediato se agregó, como ayudante, al laboratorio experimental, y un año después, atraídos por los intereses comunes, por el mismo ensueño alucinado, ambos estudiosos contrajeron enlace.

Madame Curie —cuyo nombre sería famoso en todo el universo— se dedicó a realizar investigaciones sobre la ionización de las sales de uranio. Su esposo se incorporó a la búsqueda afanosa y, en julio de 1898, el triunfo coronó sus afanes cuando hallaron el *polonio*, que denominaron así en recuerdo del país natal de María Skłodowska. Este encuentro era sólo un jalón anunciador de la meta. Un día pudieron separar de la enorme masa mineral algunos trocitos pequeñísimos de un cuerpo nuevo, mucho más activo que los otros. *El radio había sido descubierto.* “Así como Dios sacó el mundo del caos —escribió entonces Maurice de Fleury— Pedro y María Curie han arrancado de la materia más vil, de la masa insignificante del mineral grosero, esa pequeña maravilla, esa fuerza nueva que trae a los humanos todo un mundo de nociones insospechadas sobre la materia atómica y la energía interatómica”. Los honores llovieron entonces. En 1904, el premio Nóbel de Física fué acordado a los descubridores, y dos años más tarde, en la Sorbona, fué creada una cátedra, de la cual se encargó Pierre Curie, dedicada al especial estudio del nuevo cuerpo y de sus posibilidades. Pero la naturaleza es celosa de sus secretos, y así como Becquerel, el precursor, llevaba en la parte inferior del tórax la herida glo-

riosa causada por el radio, Pierre Curie podía exhibir en el brazo la misma condecoración indeleble, que decía de la victoria y del dolor de la victoria.

En 1906, Curie falleció a causa de un accidente de tránsito. Su esposa recibió un rudo golpe. Estaba acostumbrada, en la intimidad del laboratorio, a encontrar después de horas y horas de espera, junto al microscopio, la sonrisa confiada del esposo y del compañero. Pero su misión la reclamaba. Asumió la responsabilidad de la cátedra dictada por el profesor Curie, siendo la primera mujer que en Francia tuvo acceso a la enseñanza superior. Sus afanes no fueron vanos. En 1911 le fué otorgado por segunda vez el premio Nóbel. En 1920 la Municipalidad de París destinó dos millones y medio de francos para el desarrollo del Instituto del Radio. Gran parte de dicha suma era destinada a la adquisición de dos gramos del precioso mineral, al precio de ochocientos mil francos por gramo.

La importancia de la nueva materia crecía a medida que se advertía su influencia benéfica sobre los males de origen canceroso. Nueve años más tarde, madame Curie visitó los Estados Unidos. Su viaje tuvo perspectivas de apoteosis. Su estatua, fina, espiritualizada, casi angelical, fué esculpida en la puerta de entrada del Instituto de Química de Cantón, en el Estado de Nueva York. Por dos veces los norteamericanos la ayudaron, con donaciones costosísimas del mineral que ella encontró, a proseguir su búsqueda en el Instituto del Radio, donde trabajaba con su hija Irene.

Madame Curie hubiera podido ser fabulosamente rica. A los halagos de una vida amable, que merecía, prefirió su vida frugal, acomodándose a la pensión que le señaló el gobierno de Francia y a su sueldo de profesora de la Universidad de París.

Tenía la pasión de investigar, de saber. Pero a su inquietud de estudiosa se unía su gran corazón, siempre deseoso de ayudar, de aligerar males.

Y por ello la figura de madame Curie, inclinada sobre su

mesa de experimentos, en soledad intensa, u organizando durante la guerra un cuerpo de ambulancias con rayos X, para examinar con rapidez a los soldados heridos, es doblemente interesante; por ese fondo humano, maternal casi, que ilumina su silueta venerable por los siglos de los siglos.

(De *La Nación*. Buenos Aires, 1934).



Miguel de Cervantes Saavedra



INICIACION LITERARIA

ENTRE LOS LOBOS DEL MAR AUSTRAL

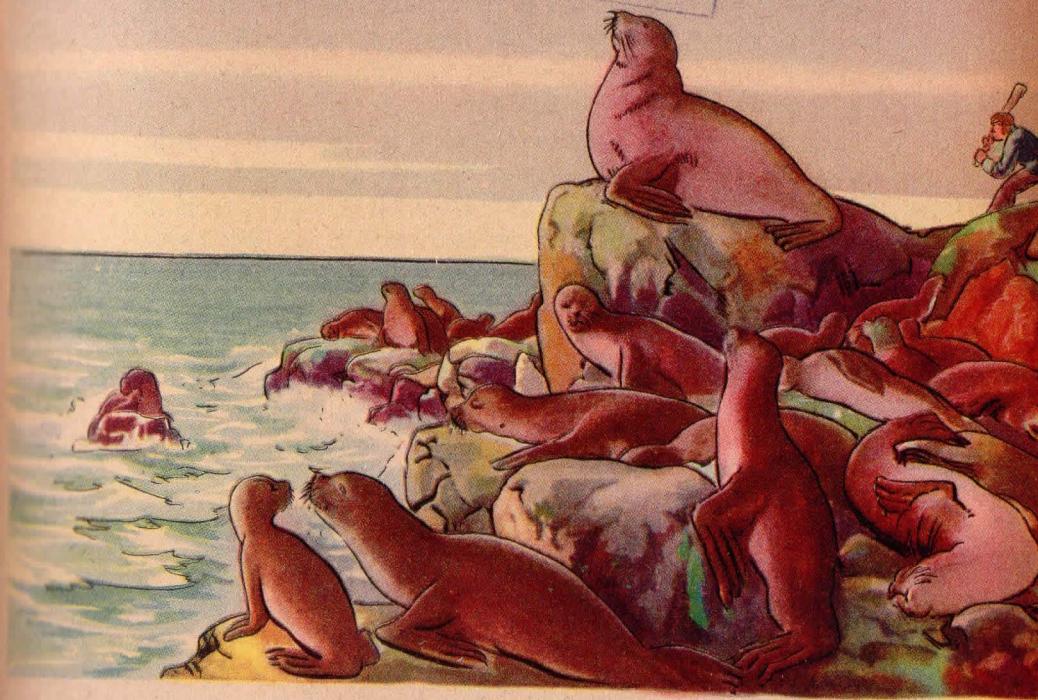
Al asomarme a la entrada de la caverna y mirar al mar quedé horrorizado: no solamente vi las olas como montañas que batían nuestro miserable fuego y que me parecía se venían encima, sino que me ensordecí el ruido del agua que chorreaba por todos los desfiladeros y el silbido del viento, que levantaba las crestas espumosas, atravesándolas como una bala y desparramándolas en el aire en forma de neblina.

Esa noche, mientras comíamos nuestra ración de conservas, Smith, Matías y Calamar conversaron de los horrores de la caza que al día siguiente realizaríamos tal vez, si había sol, y concluyeron de perturbar mi espíritu, que no pude serenar sino a costa de grandes esfuerzos y ya muy tarde.

—Mira, muchacho —me dijo Smith—; vas a estar a mi lado, pero no importa: cuando les tomemos a los lobos el lado del mar y ellos atropellen, tienes que tener buena vista y buen puño. Palo y palo, no más: ¡caiga el que caiga, sin elegir!... Ahora, si ves que a alguno no le vas a pegar bien, te haces a un lado, porque si no te echa al mar y... ¡no hay vuelta!

—¿Y el garrotazo, se pega fuerte?

—No hay necesidad. Cansaría mucho y no se haría gran trabajo. El palo se da en la cabeza, que es la parte sensible del lobo, por lo que siempre la lleva alzada, pues camina empinándose en las aletas delanteras... Si tienes serenidad, ya está todo. De repente llegó Rodríguez: los lobos estaban afuera y parecía que era una tropilla de solteros, pues no había crías y habían dejado un solo centinela en el desfiladero por donde



hicieron su ascensión a la playa. Habían dado muchas vueltas antes de salir, pues parecía que desconfiaban, pero ya estaban dormidos.

Requerimos los garrotes y yo, con el corazón palpitante, salí detrás de Smith. Íbamos agazapándonos: Matías, que iba delante, nos hizo señas de detenernos, y alzando su palo lo dejó caer sobre un lobo que, dormitando a la entrada de un despenadero, por donde habían trepado sus congéneres, no lo había sentido llegar.

—¡A mal centinela, buena muerte! —murmuró Smith.

Y continuamos la marcha penosa, arrastrándonos como

culebras. Cuando subimos a la cima, había diseminados, sobre las rocas planas, unos trescientos lobos que, gruñendo o roncando, se oreaban tranquilamente, resaltando su pelaje moro sobre las piedras negras y brillantes.

A una voz atropellamos todos, y la cumbre y el suave declive de la ladera costanera se hicieron una verdadera confusión: cada uno cuidaba de sí y trataba de llenar su tarea sin mirar a sus compañeros. Fué una cosa terrible. Los lobos rodaban aquí hacia el mar mugiente, a que los llevaba su instinto, muriendo sin alcanzarlo y obstruyendo las pequeñas tajaduras y los declives, mientras la sangre corría en hilos sobre la playa, destilando del áspero breñal; allá saltaban desde un picacho escarpado o de un reborde atrevido, y caían alzando una nube de agua que nos salpicaba, o se precipitaban en tropel por los surcos débilmente burilados por las olas sobre la piedra viva, arrastrando guijarros y pedruscos, cuyo ruido estruendoso se confundía con los gritos de los anfibios moribundos o asustados, con el crujido del peñón azotado, con el rugido del mar, con el silbido estridente del Sudoeste, que se quebraba en las peñas o sobre las olas, levantándolas, y con nuestra respiración anhelante, pues bajo la tensión de los nervios y la fatiga consiguiente a la ruda tarea emocionante, parecía que el aire faltara a nuestros pulmones.

Un cuarto de hora, a lo sumo, duraría la bárbara escena, y sobre las piedras quedaban tendidos ciento cincuenta y ocho anfibios, que, para nosotros, representaban una fortuna y que eran el resultado de nuestro esfuerzo.

JOSÉ S. ÁLVAREZ.
(*Fray Mocho*).

JOSÉ S. ÁLVAREZ (1858-1903).—Escritor argentino, autor de celebradas obras en las que volcó toda suerte de descripciones y de sabrosos relatos referentes a las costumbres de su tiempo. De sus libros recomendamos: *Cuentos*, *Viaje al país de los matreros* y *En el mar austral*, al que pertenece el fragmento leído. (Ed. “La Cultura Argentina”. Buenos Aires, 1920).

EL DESIERTO

(FRAGMENTO)

*¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y al par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.*

*Las armonías del viento,
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.*

*Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo.
Sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.*

*El aura, moviendo apenas
sus olas de aurora llenas,
entre la yerba bullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando
como en una despedida,
en su semblante, pesar.*

*Sólo a ratos, altanero,
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz;
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso
el yajá, de cuando en cuando,
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.*

*Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía.
La silenciosa llanura
fué quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.*

*El crepúsculo, entre tanto,
con su claroscuro y tanto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía; la calma
que contempla suspirando,
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.*

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

ESTEBAN ECHEVERRÍA (1809-1851). — Poeta argentino, nacido en Buenos Aires. Publicó varios poemas en los que pinta, con gran inspiración, la región de las pampas y sus moradores. Desterrado durante el gobierno de Rosas, escribió en Montevideo “La insurrección del Sur”. El fragmento transcripto pertenece a su poema “La Cautiva”. (Ed. Claridad, Buenos Aires, 1930).

VOCABULARIO. — *Yajá*: chajá.



Cabras en la quebrada de Humahuaca

FAUSTO

(FRAGMENTO)

—*Sabe que es linda la mar?*
—*La viera de mañanita
cuando a gatas la puntita
del sol comienza a asomar!*

Usté ve venir a esa hora
roncando la marejada,
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca,
y con la vela al solcito,
se ve cruzar un barquito
como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
venir boyando un islote
y es que trai un camalote,
cabrestiando, la corriente.

*Y con un campo quebrao
bien se puede comparar
cuando el lomo empieza a hinchar
el río medio alterao.*

*La olas chicas, cansadas,
a la playa a gatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas.*

*Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao,
cair volando al desplayao
gaviotas, garzas y patos.*

*Y en las toscas es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.*

ESTANISLAO DEL CAMPO.

ESTANISLAO DEL CAMPO (1835-1880). — Poeta, periodista y estadista argentino. Fué un cultor de la poesía gauchesca, escribiendo varias obras con el seudónimo de *Anastasio el Pollo*. De ellas, la que más méritos tiene es, sin duda, su poema *Fausto*, cuya lectura íntegra aconsejamos. (Ed. C. García, Buenos Aires, 1925).

VOCABULARIO. — *A gatas*: apenas. — *Usté*: usted. — *Trai*: trae. *Cabrestiando*: la palabra castellana es *cabestrear* y significa seguir sin repugnancia, la bestia, al que la lleva del cabestro. — *Quebrao*: quebrado. *Alterao*: alterado. — *Lamber*: lamer. — *Bajao*: bajado. — *Cair*: caer. — *Desplayao*: desplayado, en este caso, en la playa.

MAR AFUERA

¡Solo en el buque! ¡Fenómeno curioso!

La sensación que invade a cada viajero es la del abandono, al entrar en su camarote, aun cuando sepa que va a tener como amigos, a las pocas horas, a los quinientos pasajeros que se hallan a bordo.

La casa flotante, desconocida, llena de olores extraños, el movimiento de bagajes, la confusión de voces, los pedazos de frases que uno oye a los que se despiden de prisa y encargan algo a sus acompañantes, el afán de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente en cosa alguna, el ansia por que todo concluya y comience a caminar el buque, la distracción con que uno contesta a los que le hablan, la falta de coordinación de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho y lo más importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan, medio atontados y egoísticamente ocupados de sí mismos, sin miramientos para los otros y sin la cortesía y la buena educación de tierra; los gritos de las criaturas que protestan contra la estrechez y los de las gallinas, patos y gansos izados en proporciones colosales, para ser comidos a bordo; la mezcla de visiones, ruidos y olores... todo el conjunto, en fin, de esas escenas nuevas, produce una sensación de soledad, de abandono, de angustia y de temor, que es necesario experimentar para conocer.

* * *

Los personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados; los que vinieron con un sombrero alto y levita, tienen ahora gorra y saco. Jamás he visto mayor colección de gorras, con orejeras y sin orejeras, negras, blancas, grises, azules,

con visera o sin ella. En un abrir y cerrar de ojos, todas las personas que uno ha conocido en tierra o ha visto y tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que jamás usaron y que les da el aspecto más extraño, un poco grotesco y ridículo. Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se explica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen a uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de a bordo, y lo raro del caso es que todos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, imaginan que están adorables con sus nuevos trajes.

* * *

Todas cuantas descripciones he oído o he leído del mar son mentira. El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales; azul, plomizo, celeste, pardusco, verde claro u oscuro, con o sin espuma, el mar, según mi experiencia, es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y por la falta absoluta de pescados.

“¡Qué barbaridad!”, van a decir los lectores, si los tengo; pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión, después de veinte días de navegación en que ni por asomo hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua; alma de pescado, se entiende.

Me pareció ridículo vivir un mes casi en el mar sin ver pescados, y no queriendo tener que contar tan extraordinario e increíble acontecimiento, allá a la altura del día diecinueve de navegación, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los pasajeros, procedimos a abrirla con toda solemnidad... y fueron esas excelentes y populares conservas los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

EDUARDO WILDE.

(De “Mar afuera”. *Edic. Mínimas*. Buenos Aires, 1918).

EDUARDO WILDE (1884-1913). — Escritor argentino, fino observador de cosas y hombres. Su agudeza nativa, mezclada al humor inglés, ha producido páginas llenas de gracia.

RECUERDOS

Muchos años más tarde volví a entrar un día en el Colegio; a mi turno, iba a sentarme a la mesa temible de los examinadores.

Al cruzar los claustros, al ver mi nombre al pie de algunos dibujos que aun se mantenían fijos en la pared con sus modestos cuadros negros; al pasar junto a mi antiguo dormitorio, teatro de tantas y tan renombradas aventuras; al cruzar frente a la puerta sombría del encierro, que por primera vez recibió una mirada cariñosa de mis ojos; al ver el grupo de estudiantes tímidos, callados, que en un rincón procuraban penetrar mi alma y leer en mi cara sus futuras calificaciones; al estrechar la mano de mis compañeros de hoy, mis maestros de otros tiempos; al respirar, en una palabra, aquel ambiente que había sido mi atmósfera de cinco años, sentí una impresión extraña, grata y dulce, y una vaga melancolía me llevó, por un momento, a vivir la vida del pasado.

Me lancé a todos los viejos rincones conocidos, y al pasar bajo las bóvedas del claustro, se levantaban mis recuerdos, obedientes a una evocación simpática.

—Aquí —me decía— el buen Cosson, tan afectuoso, tan justo, nos leía las elegías de Gilbert con un entusiasmo sincero, o nos recitaba la tirada de “Théraméne” sin mirar el libro; aquí fué donde el profesor Rossetti, encantado de mi exposición, me predijo que sería un ingeniero distinguido si perseveraba en las matemáticas, para las que había nacido...; en este escaño, se

sentaba mi madre, me tomaba las manos, me acariciaba con sus ojos llenos de lágrimas, me apretaba contra sí, y al fin, cuando la noche caía y era necesario separarnos, me dejaba su alma en un beso... y diez pesos en la mano, que yo corría a convertir en cigarros en la portería...

La fuente me saluda, la fuente de pico recto, la fuente que era necesario conquistar a puñetazos, porque el compañero que esperaba interrumpía a menudo la absorción, haciéndola intermitente por medio de la broma llamada "del ternero mamón".

—Señor doctor, le están esperando...

—Voy, voy al momento.

¡Cuánta sonrisa en aquellas caras juveniles, si hubieran leído las cosas que llenaban mi alma y dándose cuenta de las impresiones bajo las cuales ocupaba mi silla de examinador!

* * *

Yo diría al joven que tal vez lea estas líneas paseándose en los mismos claustros donde trascurrieron cinco años de mi vida, que los éxitos todos de la tierra arrancan de las horas pasadas sobre los libros, en los primeros años.

Bendigo mis años de Colegio, y ya que he trazado estos recuerdos, que la última palabra sea de gratitud para mis maestros y de cariño para los compañeros que el azar de la vida ha dispersado a todos los rumbos.

MIGUEL CANÉ.

MIGUEL CANÉ (1851-1905). — Nació en Montevideo y se educó en Buenos Aires. Se graduó en Derecho y perteneció al grupo de espíritus selectos que formó la generación del 80, en momentos en que la cultura argentina se renovaba sustancialmente. Publicó *Ensayos*, *En viaje*, *Charlas literarias*, *Juvenilia*, etc. Del último libro ofrecemos este fragmento. (Ed. Sopena. Buenos Aires, 1939).

DON SEGUNDO SOMBRA

Oímos un galope detenerse frente a la pulperia, luego el chistido persistente que usan los paisanos para calmar un caballo, y la silenciosa silueta de don Segundo Sombra quedó enmarcada en la puerta.

—*Güenas* tardes —dijo la voz aguda, fácil de reconocer—. ¿Cómo le va, don Pedro?

—Bien, *¿y usted*, don Segundo?

—Viviendo sin demasiadas penas, *graciab'* a Dios.

Mientras los hombres se saludaban con las cortesías de uso, miré al recién llegado. No era tan grande en verdad, pero lo que le hacía aparecer tal hoy le viera, debíase seguramente a la expresión de fuerza que emanaba de su cuerpo. El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos, con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienes y pequeños. Para conversar mejor, habíase echado atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas. Su indumentaria era de gaucho pobre. Un simple chanchero rodeaba su cintura. La blusa corta se levantaba un poco sobre un “cabo de *güeso*”, del cual pendía el rebenque tosco y ennegrecido por el uso. El chiripá era largo, talar, y un simple pañuelo negro se anudaba en torno a su cuello, con las puntas divididas sobre el hombro. Las alpargatas tenían sobre el empeine un tajo para contener el pie carnudo.

Cuando lo hube mirado suficientemente, atendí a la conversación. Don Segundo buscaba trabajo y el pulpero le daba datos seguros, pues su continuo trato con gente de campo hacía que supiera cuanto acontecía en las estancias.

—...En lo de Galván hay unas yeguas *pa* domar. Días pasados estuvo aquí Valerio y me preguntó si conocía algún hombre del oficio que le pudiera recomendar, porque él tenía muchos animales que atender. Yo le hablé del Mosco Pereyra, pero si a *usté* le conviene...

—Me está pareciendo que sí.

—*Güeno*. Yo le avisaré al muchacho que viene todos los días al pueblo a hacer encargos. Él sabe pasar por acá.

—Más me gusta que no diga nada. Si puedo iré yo *mesmo* a la estancia.

—*Arreglao*. ¿No quiere servirse de algo?

—*Güeno* —dijo don Segundo, sentándose en una mesa cercana—. Eche una sangría y gracias por el convite.

RICARDO GÜIRALDES.

RICARDO GÜIRALDES (1886-1927). — Escritor argentino, autor de varias obras de mérito. *Don Segundo Sombra* es la que le dió mayor prestigio. En ella describe admirablemente las luchas y fatigas del hombre de campo, dedicado a las tareas rurales, en una extensa región de la provincia de Buenos Aires. (El Ateneo, Buenos Aires, 1929).

VOCABULARIO. — *Chanchero*: cinturón de cuero de chancho. — *Cabo de güeso*: cuchillo con cabo de hueso. — *Chiripá*: paño con la punta de atrás levantada entre las piernas y sujetada por delante. — *Güenas*, *güeno*: buenas, bueno. — *Usté*: usted. — *Graciah'a Dios*: gracias a Dios. *Pa*: para. — *Mesmo*: mismo. — *Arreglao*: arreglado.

CANCIÓN DE LAS COSAS DEL CAMINO

*Cansado de mirar en mis recuerdos
y de ver siempre igual lo sucedido
me detuve al amparo de una sombra
para mirar las cosas del camino.*

*Y vi pasar cantando a los labriegos,
cargadas las espaldas con sus trigos;
con sus brazos desnudos y nervudos
y los rostros ardientes y curtidos.*

*Y vi venir del sur, a trote largo,
para no perder sol antes del río,
la galera que va de pueblo en pueblo
con su carga de gentes y de equipos;
y la sentí llegar al trote largo
de sus caballos de incansable tiro,
con el mismo cochero en el pescante
y el mismo postillón, todo lo mismo
como cuando viajara en otros tiempos
ingenuamente, como viaja un chico.*



*Pasaron los muchachos que volvían
de la escuela cercana con sus libros,
sus hondas, sus canciones y un deseo
de que también mañana sea domingo.*

*Pasó un lento boyero taciturno
con sus bueyes babosos y tardíos,
en fila por la huella perdurable,
fatal como una línea en su destino.*

*Y cuando la oración iba llegando
por las praderas y por el camino,
escuché que venía desde lejos
larga modulación como un gemido,
y fué acentuando su emoción en canto,
en palabras y en ritmos.*

*Era acaso un viajero de la noche,
con su propio dolor, quizá perdido,
que interpretaba en su canción sencilla
con tanta inspiración el dolor mío,
que al pasar junto a mí, desde la sombra,
le dije sin pensar: "¡Adiós, amigo!" . . .*

MARIO BRAVO.

MARIO BRAVO. — Publicista, orador y escritor argentino contemporáneo. Sus poesías, emotivas y humanas, lo revelan también como un inspirado poeta. La que transcribimos ha sido tomada de su libro *Canciones y Poemas*. (Ed. Sociedad Cooperativa. Buenos Aires, 1918).

RETAZO DE PAISAJE

*Entre silbidos ásperos y roncos gritos
surgen las estaciones de los pueblitos,
cuando la jadeante locomotora
se destaca de golpe, negra y sonora.
Después, todo se calla como dormido
tras el convoy que parte, que al fin se ha ido.
Y aparecen desiertos los dos andenes
esperando que arriben futuros trenes.*

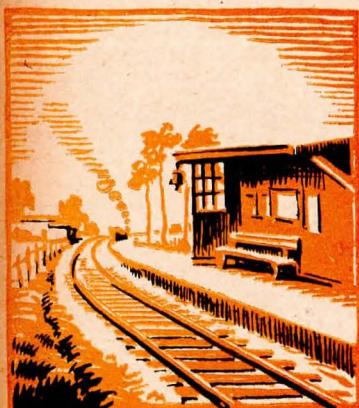
*Yo no sé por qué causa ni por qué arte
nos llena de congojas un tren que parte.
La estación, que resulta pesada y lisa,
para lo más urgente se hizo de prisa.
Y cuelga en el alero desde un tirante
la campana de bronce, limpia y sonante.
Cuando la levantaron a campo abierto
parecía perdida sobre el desierto.
Y el pueblito que ahora la juzga chica
en profusión de pólipos se multiplica.
Tiene un cordón de sauces muy bien cuidado
y los gorriones saltan en su tejado.*

*El sol de mediodía, como en un tajo,
cae materialmente de arriba a abajo.*

*Yo no sé por qué causa ni por qué arte
nos llena de congojas un tren que parte.
Bajo su gorra negra muy galoneada
un hombrecillo grita con voz airada.
Luego, torna el silencio que se amodorra
detrás del hombrecillo bajo su gorra.
Y bordeando la vía, cuyos reflejos
el recodo lejano borra a lo lejos,
un paisano galopa la carretera
con sus perros que llevan la lengua afuera.*

ERNESTO MARIO BARREDA.

ERNESTO MARIO BARREDA. — Poeta y escritor argentino contemporáneo. Su producción es copiosa y en ella aborda motivos de su suelo nativo. Entre sus obras nombraremos *Baba del diablo*; *Las rosas del mantón* y *Canciones para niños*. (De esta última es esta poesía. Ed. "América". Buenos Aires, 1919).



LA LEYENDA DEL CAÁ

Los guaraníes, más que los qui-chuas, que por reflejo de la cultura aimará elevaron su culto hacia dioses invisibles, adoraron los árboles. Justo era que entre los sindicados para esa adoración estuviese Caá (yerba mate) dados los infinitos beneficios que les prestara, al tiempo que debió herir su imaginación el profuso abigarramiento que se extendía en leguas interminables.

* * *

A Yací (Luna), dulce divinidad aborigen, protectora de los buenos, se debe la irrupción de Caá en las tierras americanas. Yací, que acostumbraba a tomar la humana forma de una mujer rubia a fin de pasear por la Tierra, ambulaba por el bosque, llevando por toda compañía a una Araí (nube) que había encarnado en una blanca doncella.

Yací y Araí ambulaban por los bosques aspirando su aroma plácidamente, y de pronto, frente a ellas, terrorífico, con las sanguinolentas fauces abiertas y las pupilas fulgentes, apareció un poderoso yaguareté. Ya iba a lanzarse sobre las dos esplendidas mujeres —que, aunque diosas, al adquirir forma humana habían perdido sus virtudes— cuando una silbante flecha se clavó en un costado del feroz animal.

Bramó éste de dolor y de rabia, y a pesar de su herida,



que manaba sangre, lanzóse contra quien lo había herido, un indio ya viejo que se ocultaba tras un grueso tronco, teniendo el arco en una mano y una aguda flecha en la otra.

Saltó el tigre, y esquivó el hombre con el propósito de cargar su arco de nuevo; pero no le dió lugar la fiera, que tornó a saltar sobre él; mas hábil el hombre, agachóse, y a tiempo que el animal pasaba sobre su cabeza, clavóle el dardo en pleno corazón. Cayó el yaguareté fulminado.

En tanto, Yací y Araí ya habían tenido tiempo de ponerse en salvo cobrando sus prístinas formas de Luna y de nube; y así, cuando el indio salvador buscó a las dos mujeres, no pudo hallarlas. Desolló al yaguareté y luego encaramóse a un árbol, porque la noche se acercaba.

Allí, en sueños, se le aparecieron ambas deidades; le dijeron quiénes eran, y Yací dijole que, en agradecimiento a su buena acción, ella había hecho nacer una nueva planta: Caá, e indicóle cómo habría de hacer uso de ella, tostándola, porque era venenosa.

El indio creyó que fuese aquello cosa de sueños, mas al despertar, ya de día, vió en el sitio indicado por la diosa que una nueva planta levantábase en vez de la maraña antigua.

* * *

Y desde entonces Caá, planta benéfica y protectora, obtenida por la acción buena de un hombre que expuso su vida para salvar la de dos tímidas mujeres, irradia su acción y soliviana al caído, reconforta al cansado, tonifica al enfermo y es símbolo de amistosa hermandad entre los hombres o sirve para establecer vínculos de más estrecha unión entre los que bien se quieren.

ERNESTO MORALES.

ERNESTO MORALES. — Poeta y prosista argentino contemporáneo, autor de *Serenamente*, *Diaphanidad* (poesías), *Érase una vez* y *Leyendas guaraníes* (prosa). A este último libro pertenece esta leyenda. (Edic. *El Ateneo*. Buenos Aires, 1929).

DON QUIJOTE

Desde muy temprana edad vengo leyendo el *Quijote*. Empecé su lectura siendo niño aún. Trabajaba entonces en una fábrica y comprendí por primera vez que la justicia del mundo, a juzgar por los golpes que recibía y lo duro de mi pan cotidiano, ganado en tal forma, no era un dechado, y en mi sentir infantil soñaba con improbables redenciones. Fué en aquella época cuando conocí, por un asturiano enjuto y parlero, el libro de los libros. Raídas las tapas, grasientas las páginas, borradas las estampas, tenía todas las noches, delante de mis ojos ávidos, al Caballero de la Triste Figura, cabalgando en el flaco rocín por tierras de la Mancha.

Ciertamente, yo no penetraba bien el sentido de aquel idioma, tan distinto del que oía en la fábrica. Ello no obstante alcanzaba, si no lo sutil, lo esencial de la obra, y así, mientras se llenaba de lúgubre silencio la habitación humilde, seguía el itinerario del gran vengador de agravios.

Sus altas palabras resonaban en mi alma como voces de amparo; sus gritos irritados parecíanme actos de humano redentor, y os confieso que creía destinada la punta de su lanza a revolver el universo, su fuerte brazo y su bravo ademán destinados a asegurar el reino definitivo de lo justo.

Más tarde, en los días escolares, el libro ingenioso no se separaba de mis arduos textos. Ya no era aquel volumen ráido

y grasierto, sino un tomo diminuto, de caracteres confusos, fácil para disimularlo en la manga o en el bolsillo. Tenía mi volumen una lámina en la cubierta que expresaba el sentido oculto que

le ha dado su exacto evangelista. Extiende, árida y torva, la llanura manchega. En el fondo del agrio paisaje, silenciosos molinos elevaban la rueda de sus aspas, y sobre el camino quieto y polvoroso, oliendo a sudor de antiguos ejércitos y a gloria de remotas proezas, don Quijote se erguía en el lomo de Rocinante, atra-
vesada la lanza, alta la fiera cabeza, hacia arriba la frente que sombreaba el yelmo empenachado de rayos, y junto con él resoplaba hacia adelante el caballo genial, ebrio de firmamento como su jinete.

Más lejos, Sancho, montaba el rucio, combas las piernas, y el rucio, gachas las hiperbólicas orejas, bajaba el morro en busca de hierba para masticar, como Sancho su hogaza costruda . . .



ALBERTO GERCHUNOFF.

ALBERTO GERCHUNOFF. — Nació en Villaguay. Escritor y periodista contemporáneo, es considerado como uno de los más admirables y eruditos prosistas argentinos. De su libro *Nuestro Señor Don Quijote* es este fragmento. (Ed. Coni Hnos., Buenos Aires, 1913).

VALLISTOS

Llegaron de mañanita, arreando una tropa de mulas gordas, de pelaje fino. Al paso de la madrina sonaba el cencerro. Eran hasta cuatro los vallistas: venían de la Poma, de la lejana Poma. La tropa de mulas hizo un huelgo en un terreno baldío, a la vera de una de las calles de Abra-Pampa. Apeáronse los vallunos y a la hila se dirigieron al boliche de Quispe, el cokanis. Yo estaba sentado en un banco cuando penetraron haciendo sonar las pesadas rusas. Gastaban antiparras, puyos de vicuña, sombrero ovejuno con barboquejo. Tenían la tez bruna y lustrosa; el bigote escaso.

Ya Quispe, el cokanis, me había dicho:

—Éstos son buenos clientes: traen plata salteña. De aquí se llevarán una petaca llenecita de quintos bolivianos . . . ¡Y cómo no! . . . Fíjese, son cuatro ellos y como veinte mulas . . . La Compañía minera los ha contratado. Mañana empezarán a cargar no sé cuántos tirantes de quebracho y de hierro. Y no es poco . . . Los caminos son de cerro y casi siempre cuesta arriba, pura piedra. ¡Donde llegan sus mulas no llega ni el diablo!

Quispe los saludó cariñosamente, les palmoteó las espaldas y les ofreció cuanto tenía para vender: coca, del tambor en ese instante abierto; harina de maíz, lustrosa y dulce; alcohol tucumano, de noventa y cinco arriba; pan de mujer y rusas recién llegadas, de cuero fuerte; les enseñó pretiales, frenos, pellones y caronas adornadas con piel de tigre.



—Caro . . . caro . . . todo caro, señor.

—Barato, tirado y de muy buena clase . . .

Ellos, los vallistas que venían desde la lejana Poma, pusieron en las palmas de las manos algunas hojas de coca. Quispe no se cansaba de mirarlos.

—No está ardida todavía . . .

—No está.

—Mas después, quién sabe de qué laya estará.

—Es coca nueva . . . Coca como ésta no han de encontrar en toda Abra-Pampa, aunque la busquen con vela . . . Vayan a lo del turco, o a lo del coya Chaile; verán cómo ellos les venderán coca ardida . . .

—¿Es nueva?

—Es nueva.

No se habían sacado las antiparras. Sus rostros tostados producían una impresión de angustia y desaliento. Creo que compraron una libra de coca y tres botellas de alcohol. Después, un largo silencio.

—¿Qué tal el viento?

—Fiero, señor.

—¿Corre por la tarde?

—Todo el santo día. Las mulas se nos querían volver; se nos querían volver, tan fiero soplaba . . .

—¿Levanta greda?

—Y arena del cerro.

—Y arena de los peladares.

Yo les miraba el rostro tostado, los labios partidos, las antiparras negras, sus puyos castaños, los recios pantalones de barragán, los botines patrias, duros como palos, y pensaba en las desiertas pampas, en las quebradas angostas, en las cuestas pobladas de cardones y pasacanas, en los salares bermejos, que ellos cruzaron a la zaga de sus mulas.

—Fiero el viento, señor . . . A ver, vea cómo se me han puesto los ojos —me dijo uno de los vallistas, de cara enjuta, joven lampiño, quiscudo. Y se quitó las antiparras—. A ver, vea señor.

Tenía irritado el ruedo de los párpados.

—¡Amigo!

—La arena, señor... Se nos rasgaron los labios; el frío, el viento...

Los otros vallistas me miraban ahincadamente, como diéndome: "Nosotros también anduvimos por pampas desiertas, por quebradas pedregosas, por ríos secos; repechamos por cuestas blanquizcas. De noche, mientras las mulas olfateaban buscando qué comer, nos dormimos al raso, sobre la montura. Y ni así nos dejó tranquilos el viento de las cordilleras".

—El viento, el frío, señor...

—¿Muchas jornadas?

—Siete y ocho días también, según las mulas. Estas que traemos son de una remesa nueva. Allá, en los salares, se nos querían volver...

* * *

En uno de tantos repechos divisé la tropa. Iban las mulas gordas, de pelaje fino, cargadas con sendos tirantes de quebracho y de hierro. Hasta Abra-Pampa habían llegado de vicio, como se dice vulgarmente. Uno de los vallistas, enhorquetao en un macho, hacía la punta; los otros iban zagueros, volviendo sin prisa, con mucho regalo, el acuyico verde; miraban las cuestas vestidas de huari-cocas y maichas, los morros blancos, de donde manaba agua de roca, y los mogotes azulencos. ¡Tanto caminar, tanto lidiar para ganarse unos pesos! ¡Y qué triste los montes bravíos, donde el viento zumba y zumba!... Hasta las mulas se querían volver... De vez en vez tenían que chicotearlas... ¿Y dónde la quebrada fresca con su regalo de iro y de chillaguas? Paré cerquita.

—¡Adiós!

—Que le vaya bien, señor.

—¿No lloverá?

—Apúrese, que ya viene negreando... Y ya rebuznaron dos machos...

—¿Ya?

—Y es señá segura...

Antes de pisar las peñas grisáceas, rosadas, que atalayan a Cochinoca, me volví atrás. Había barruntos de tormenta ¡y qué barruntos!... De un cerro a otro se cruzaban los relámpagos. Tuve miedo... ¿Y el rayo? De mis ponchos de vicuña parecía levantarse una vaga fosforescencia. Llegué al sitio donde estaban los vallistas hecho un chumuco; la mula chorreaba.

—Aquí, señor...

—Allá voy...

Asombrado, me bajé. De un cerro a otro se cruzaban los relámpagos. Después, el viento de arriba arrojó sobre los montes yermos sus ponchadas de pedriscos... Nos quedamos tiritando, uno al lado del otro.

—¿Ha visto, señor? Ésta es la vida de los pobres... Éramos hermanos, ahora; teníamos miedo a los nublados, al viento, a la noche, a la muerte...

—¿Ha visto, señor?

En ese instante onduló una centella...

FAUSTO BURGOS.

(Fragmento de su libro *Relatos puneños de pastores, arrieros y tejedores*. Ed. Tor, Buenos Aires, 1927).

VOCABULARIO: *Vallistas y vallunos*: natural o vecino del valle. — *Cokanis*: se dice de los paisanos de Bolivia que mastican coca. — *Rusas*: calzado basto que usan los conscriptos, o también calzado patria. — *Puyo*: manta o poncho grueso de lana o de vicuña. — *Pan de mujer*: pan amasado en las casas. — *Peladares*: sitios sin vegetación. — *Cardones*: cactus gigantescos de los cerros. — *Pasacanas*: frutas de los cardones. — *Quiscudo*: con pelo tieso y erizado. — *Acuyico*: mascada de coca. — *Huari-cocas*: hierba de la Puna. — *Maichas*: ídem. — *Morros*: rocas de forma redonda. — *Mogotes*: montículos de punta redondeada. — *Iro*: pasto duro de la Puna. — *Chillaguas*: especie de paja de la Puna. — *Cochimoca*: aldea al oeste de la ciudad de Jujuy. — *Chumuco*: pato zambullidor, becasina.

A CÉSAR, DE DIEZ AÑOS

*De veras que no sé qué hacer contigo,
¡oh César, hasta ayer blanda pelusa!
Llena de rebelión está tu blusa
y aunque no quieras ya eres mi enemigo.*

*Alzo la voz levanto el dedo y digo
esto y lo otro, en fin, lo que se usa;
¡si hasta te inspira ya contraria musa
y, a tu padre, prefieres a tu amigo!*

*En medio del hogar roja amapola
sangre argentina y gala y española,
no seré yo quien tire de tu brida.*

*Sencillamente, me pondré a tu lado,
te enseñaré a ser limpio y ordenado,
y lo demás te lo dará la vida.*

BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO.

BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO.—Médico y poeta argentino contemporáneo, nacido en Buenos Aires en 1886. Sabe imprimir naturalidad y honda emoción a sus poesías. Léanse sus libros: *Las iniciales del misal*, *Ciudad*, *Campo argentino*, *Aldea española* y *Sonetos* (del que tomamos esta poesía. Ed. Mínimas. Buenos Aires, 1918).

EN BUSCA DEL PERRO

Hace rato que ha salido el sol, pero como lo oculta la tormenta que cubre el horizonte desde el oeste hasta el sur, parece que fuera menos tarde de lo que es en realidad.

El padre de Mario duerme todavía; duerme con ese anodamiento absoluto en que suele caer un hombre cuando, después de enormes fatigas, logra por fin conciliar el sueño. Es posible que si no lo recordasesen durmiese todo el día sin mover un dedo, en aquella ancha cama y en aquel ambiente propicio de oscuridad y de silencio; pero la mamá de Mario, que entra de pronto en la alcoba como un torbellino blanco, no solamente le despierta, sino que le hace incorporarse en el lecho como movido por un resorte.

—¿Qué?
—¡Ay, Juan! ...
—¿Qué? ... ¿Qué te pasa?
—¡Los chicos, Juan, los chicos!
Aquí el padre se asusta de veras.
—¿Qué? ... ¿Qué tienen los chicos?
—¡No están en su cuarto, Juan! ...
—¿Cómo que no están? ... ¿Dónde van a estar? ...

Y el padre de Mario, mal despierto aún, hace un esfuerzo mental enorme tratando de explicarse aquel misterio, cuando la mamá, acudiendo en su auxilio, insinúa entre afligida y diplomática:

—Yo creo que no se hayan atrevido a irse al campo a buscar el perro, pero no están en ninguna parte y se viene una tormenta espantosa ...

—¡A ver! ... ¡Déjame vestir! ... ¡No te digo! ... ¡Ah, pero yo los voy a arreglar!
—¡No te enojes, Juan!

—¡No me enoje! ... Los peones... ¿no anda alguno por ahí?

—No, Juan, ya se han ido todos...

—Fíjate si está ahí, en la quinta, mi caballo...

La mamá de Mario acude a la ventana:

—Sí, Juan, está...

—¿Y en qué se han ido, entonces?

—¡Ah! ... Yo no sé, Juan...

—¡Bueno, déjame que me vista, pues!

Y en seguida y mientras la mamá en su angustiada impaciencia se retuerce las manos haciendo como que mira hacia el campo por la ventana de la alcoba, el padre gruñe, a tiempo que se calza las botas:

—¡Lo voy a arreglar! ... ¡Cuando yo te digo que es loco el muchacho ése!

* * *

La tormenta está muy alta y, en medio de un calor sofocante, el padre de Mario desespera ya de hallar a sus hijos, cuando Sergio, que anda de recorrida por el otro cuadro y que lo ve desde lejos, lo alcanza a gran galope:

—¡Güen día, patrón!

El patrón sujetá su gran caballo picaso empapado en sudor y cubierto de espuma:

—¡Hola, che!

—¿Ha visto qué tormentita? ¡Ahura se me hace que vamos a tener agua *en devera!*...

—Sí... Los chicos, decime, ¿no has visto a los chicos?

—¿Los chicos? ... No. —Y el mozo agrega extrañado—:

—¿Qué? ... ¿Que andan tan de mañana en el campo?

—¡Sí, hombre! ... ¡El asunto del perro ése!

—“¡Ah, ah!”... Y el gaucho, que conjuntamente con su “¡Ah, ah!” se ha alzado en los estribos para pasear sobre el lomo de los pajonales amarillos su profunda y serena mirada de bagual, exclama casi al punto: ¡Vea, allí están! ¡Detrás de las cortaderas!... ¿Ve el anca 'el petiso overo?...

—No... ¿Dónde?

—Aquí *mesmo*, derechito al cardo... ¿No ve?

—¡Ah, sí!... Hasta luego...

Y sin más, el padre de Mario, impaciente en su enojo contra el muchacho, cierra las piernas a su gran caballo y lo endereza a medio correr y atropellando los matorrales hacia el sitio aquel en donde asoma, como una flor, el anca a dos colores del petiso overo: “¡Yo los voy a arreglar!...”

Pero cuando llega... ¡qué puede hacer! En el centro mismo del limpio y sobre el “carcagüésal” de un charco seco, su hijo mayor solloza de rodillas ante el cuerpo de su perro muerto, de aquel pobre perro que, con las patas recogidas y la lengua afuera, parece seguir trotando aún en procura de alguna aguada engañosa de espejismo; y Leo, al aire la revuelta cabellera dorada y la jarra vacía bajo el brazo, contempla el espectáculo con sus ojos azules, agrandados...

—¿Lo encontraron?

—Sí, papá... Está muerto... ¡Muerto!

Y cuál debe ser la expresión del niño al decir esto, que el padre, olvidado de todos sus propósitos de severidad, le dice con su voz engolada, mirando hacia el campo:

—¡Vamos, hijo, vamos...! ¡No es para tanto!

BENITO LYNCH.

BENITO LYNCH. — Escritor argentino contemporáneo. Novelistas admirables, toma personajes y costumbres de nuestro campo, brindándonos así obras de marcado color. Sus mejores novelas son *El inglés de los güesos*, *Raquela*, *Los caranchos de la Florida* y *De los campos porteños* (a la que pertenece este fragmento. Ed. Anaconda. Buenos Aires, 1931).

VOCABULARIO: *Picaso* o *picazo*: caballo de cuerpo oscuro, cabeza y pies blancos. — *Bagual*: bravo. — *Cortaderas*: plantas gramíneas de hojas cortantes. — *Overo*: animal de piel con manchas como recortadas. — *Carcagüésal*: carcahuesal, terreno pantanoso que al secarse se torna desparejo. — *Engolada*: anudada; como “con un nudo en la garganta”. — *Güen*: buen. — *Abura*: ahora. — *Vamo a tener agua en devera*: vamos a tener agua de veras. — *Anca 'el*: anca del. — *Mesmo*: mismo.

LA FLORISTA

*En el café lloraban los violines
entre un cascabeleo de cristales.
—¿Flores, señor? Hay rosas y jazmines...
musitaron dos labios musicales.*



*Hubo en la voz tan íntima dulzura
suavizadora del ofrecimiento,
que alcé la vista hacia la criatura
desde la ausencia de mi pensamiento!*

*Era una niña blanca, bella y fina
y anémica, como una colombina
de labios rojos y óvalo amarillo...*

*Y al ofrecerme el precio de su cena,
se fugaron las rosas del cestillo
hacia sus dos mejillas de azucena.*

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

(De Ed.º América, Buenos Aires, 1921).

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.—Poeta argentino contemporáneo. En sus poesías líricas se reflejan la delicadeza y profundidad de sus sentimientos. Es autor de *Estío serrano*; *El espejo de la fuente*, etc., libros que recomendamos.

VIDAS QUE FRACASAN

Este sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo emplear, ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de "Peer Gynt", que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco?

Peer Gynt ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca, después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles.

"Somos, le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco".

Camino de la montaña de su aldea se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: "Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empinada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya".

Camino de la montaña, el rocío, que ya pasada la tempestad humedece la frente del viajero, le dice: "Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos, ¡necio, si creíste que por eso la felicidad sería contigo!"

Camino de la montaña dícele la hierba que va hollando su pie: "Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debieron alentar tu corazón".

Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el *Fundidor Supremo* —nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua— lo detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada. ¿No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas de la *acción*?

¡Peer Gynt! ¡Peer Gynt!: tú eres legión de legiones.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ (1872-1918).— Escritor uruguayo; uno de los mejores prosistas de habla española. Es indiscutible la influencia que el autor de *Ariel y Motivos de Proteo* ejerce en la juventud americana. El fragmento que ofrecemos pertenece a la segunda de las obras mencionadas. (Edit. García, Montevideo, 1935).

LA QUENA

*No la flauta del dios, alegre avena
del bosque griego, en que trinar solía:
es flauta cual paloma en agonía
la que en las noches de los Andes suena.*

*¡Cuán profundo lamento el de la quena!
La quena, en medio de la puna fría,
desenvuelve su larga melodía
más penetrante cuanto más serena.*

*Desgranando las perlas de su lloro,
a veces hunde el musical lamento
en el hueco de un cántaro sonoro;*

*y entonces finge, en la nocturna calma,
soplo del alma convertido en viento,
soplo del viento convertido en alma...*

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



JOSÉ SANTOS CHOCANO (1867-1934). — Poeta peruano de fama continental. Su producción literaria es copiosa. Entre sus obras poéticas nombraremos: *La selva virgen*, *Los cantos del Pacífico*, etc. De la primera es este soneto. (Ed. Bouret, París, 1923).

VOCABULARIO: *Puna*: americanismo que señala un páramo muy frío de los Andes.

LA HIGUERA

*Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.*

*En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.*

*En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.*

*Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos, que nunca
de apretados capullos se visten...*

*Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando*

hacer dulce y alegre mi acento:

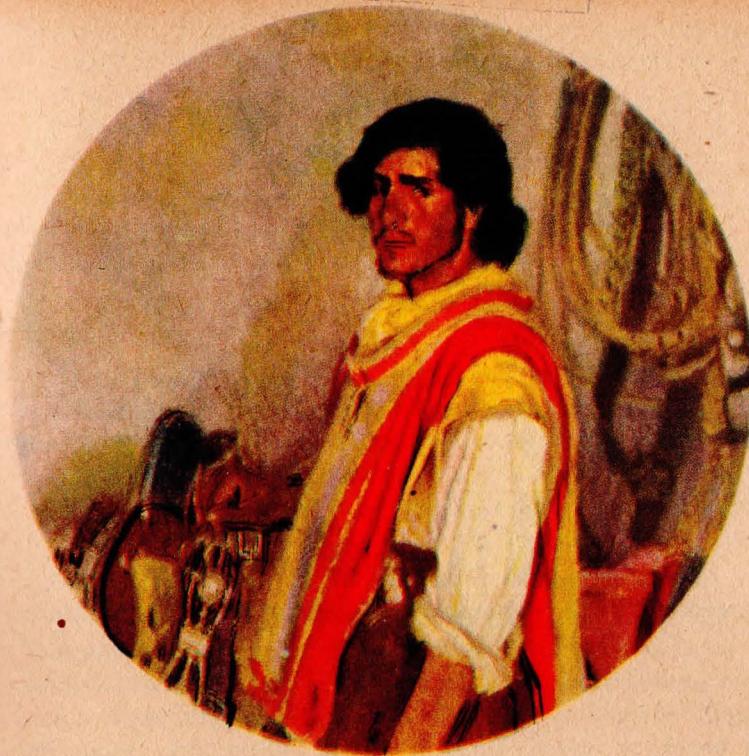
*—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.*

*Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!*

*Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.*

JUANA DE IBARBOUROU.

JUANA DE IBARBOUROU. — Poetisa y escritora uruguaya contemporánea. Sus poesías, sencillas y emotivas, la han consagrado como Juana de América. La que ofrecemos pertenece a su libro *Raíz salvaje*. (Ed. Maximino García. Montevideo, 1922).



"EL HOMBRE DE LOS ARREOS"

Oleo de Cesáreo Bernaldo Quirós

CESÁREO BERNALDO QUIRÓS. — Argentino. Contemporáneo. Colorista opulento y dibujante seguro, sus escenas camperas nos muestran el vigoroso temperamento del artista. Es pintor de costumbres y paisajes y retratista.

LA CHARCA

Era una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde. El árbol vecino y unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca, ni ella supo de él en su vida.

Mas un buen día, como levantaran una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fué eso en un crepúsculo. Al día siguiente, el primer rayo cayó sobre la copa del árbol y se deslizó hacia la charca. Hundió el rayo en ella su dedo de oro, y el agua, negra como un betún, se aclaró: fué rosada, fué violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido, mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa aurea que tenían por cielo.

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del



nido sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. La fisonomía gloriosa de la charca se les antojaba una cosa insólita.

Y al descender el sol vieron una cosa más insólita aún. La caricia cálida fué durante todo el día absorbiendo el agua impura insensiblemente. Con el último rayo subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

... Para las demás charcas de aquí abajo, ¿no hay obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

GABRIELA MISTRAL.

GABRIELA MISTRAL. — Escritora y poetisa chilena contemporánea, cuyo verdadero nombre es Lucía Godoy Azcayaga. Todos sus escritos tienen hondo contenido. El que antecede pertenece a su libro *Desolación*. (Ed. Nascimento, S. de Chile, 1926).

EL ÁRBOL MATADOR

Copas de árboles por arriba y quebradas por abajo, la sierra del Palmital oscurece por el boscaje virgen, sombrío y húmedo, tramado de lianas, atestado de tacuaras, con grandes árboles viejos en cuyos troncos y ramas trepa el cipó, escurre la “barba del árbol” y el musgo se adhiere.

Quien suba del valle, traspuestos los matorrales de la base, al emboscarse de pronto en el frío túnel vegetal que allí es el camino, inevitablemente estornuda. Y si es hombre de ciudad, desafecto a los aspectos bravíos del desierto, después del estornudo abre la boca estupefacto ante la arboleda.

Se extasía ante la copa graciosa de los “samambaiusús”, semejantes a las palmeras, ante las mariposas azules, ante las orquídeas, los líquenes, todo.

Sofrena el animal sin sentirlo, pero no se detiene. Va a parar más adelante, en Volta Fría, donde un chorro de agua helada, fluyente por entre piedras limosas, lo invita a beber un trago, recogido en una hoja de caheté.

Bebida el agua, y expresado que en las ciudades no hay como aquélla, apresa su mirada el soberbio “mata-árbol” que limita el socavón de la barranca.

—¿Qué demonios de árbol es éste? —inquiere del guía, asombrado una vez más. Y razón tiene para detenerse, admirar

e inquirir, porque es dudoso que exista en aquellas lejanías un ejemplar más truculento. De mí sé decir que hice las tres cosas.

El guía me respondió a la tercera:

—¿No ve que es un “mata-árbol”?

—¿Y qué viene a ser el “mata-árbol”?

—¿No ve que es un árbol que mata a otro árbol? Empieza —quiere ver cómo? —dijo escudriñando la fronda con mirada aguda, en busca de un ejemplar típico.

—¡Allí hay uno!

—¿Dónde?

—Aquella insignificante planta, allí, en la horqueta del jaca-randá— prosiguió el cicerone, señalando con el dedo el extremo de una parásita humilde, pegada en la horquilla de una rama, con dos filamentos pendientes, oscilantes a la brisa.

—Empieza así, chiquitito, media docena de hojitas; echa hacia abajo ese hilo de bramante con el propósito de tocar en tierra. Y va yendo, siempre en aquello, ni más ni menos, hasta que el hilo toca el suelo. Entonces el hilo envuelve la raíz y chupa la sustancia de la tierra. La parásita toma aliento y crece vertiginosamente. El hilo engrosa cada día, se hace cordel, se hace cuerda, se hace árbol, y acaba envolviendo el tronco y matando a la madre, como éste —terminó, golpeando el árbol parásito con el cabo del rebenque.

—¡En efecto! —exclamé—. ¿Y el árbol lo deja?

—¿Y qué es lo que ha de hacer? El muy bobo no desconfía. Cuando ve en su rama una cosita así, de cuatro hojitas, se imagina que es una orquídea y no se percata. Del hilo piensa que es cipó. Cuando la malvada cobra aliento y empieza a engrosar es cuando el árbol siente el dolor de las apretaduras en la corteza. Pero es tarde ya. De ahí para adelante, el poderoso es el “mata-árbol”. El árbol muere y deja su madera podrida dentro del otro.

Era eso mismo. La madera gruesa y robusta de la planta facinerosa envolvía un tronco muerto deshaciéndose en car-

coma. Veíanse por encima de su corteza, intervalados, los terribles cordones estranguladores, hoy inútiles. Desempeñada ya su misión constrictora, esos anillos yacían flojos y atrofiados. Pensé de pronto en las serpientes de Laocoonte, en la víbora calentada en el seno del hombre de la fábula, en las hijas del rey Lear... en todas las figuras clásicas de la ingratitud.

MONTEIRO LOBATO.

MONTEIRO LOBATO. — Escritor brasileño contemporáneo, creador de la novela rural en su patria. Es un gran cuentista. Este relato ha sido traducido por Benjamín de Garay. (*Contos leves*. Ed. Nacional, S. Paulo, 1935).



VOCABULARIO: *Cipó*: enredadera con la cual se fabrican cuerdas fuertes como las de cañamo.

POETA, TÚ NO CANTES LA GUERRA ..

*Poeta, tú no cantes la guerra; tú no rindas
ese tributo rojo al Moloch; sé inactual;
sé inactual y lejano como un dios de otros tiempos,
como la luz de un astro, que a través de otros siglos,
llega a la humanidad.*

*Huye de la marea de sangre hacia otras playas
donde se quiebren límpidas las olas de cristal;
donde el amor fecundo, bajo de los olivos,
hinche con su faena los regazos, y colme
las ánforas gemelas y tibias de los pechos
con su néctar vital.*

*Ya cuando la locura de los hombres se extinga,
ya cuando las coronas se quiebren al compás
del orfeón coloso que cante marellesas;
ya cuando de las ruinas resurja el Ideal,
poeta, tú, de nuevo,
la lira entre tus manos,
ágiles y nerviosas y puras, cogerás,
y la nítida estrofa, la estrofa de luz y oro,
de las robustas cuerdas otra vez surgirá;
la estrofa llena de óptimos estímulos, la estrofa
alegre; que murmure: “¡Trabajo, Amor y Paz!”*

AMADO NERVO.

(De *El estanque de los lotos*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1921).



QUEED, EL DOCTORCILLO

Queed ⁽¹⁾ no leía jamás sus artículos cuando aparecían en *El Correo*, siendo ésta una de las pocas cosas que le asemejaban al resto de los mortales. La fortuna condujo a Queed a escuchar la lectura, en voz alta y entre risas burlonas, de su artículo sobre las industrias bávaras. El incidente ocurrió en un tranvía que el sabio se vió precisado a tomar a causa de una nevada, otro ejemplo de los pequeños medios de que suele valerse la Providencia para realizar sus inescrutables designios. Si no hubiese tomado el tranvía, jamás habría sabido el oprobio que la linotipia de *El Correo* había arrojado sobre él, y el curso de su vida hubiera podido ser muy diferente.

El caso fué que dos hombres sentados a su inmediación, iban leyendo *El Correo* con el más estrepitoso regocijo.

—Una interminable “serie de pulgas” acosó a la Dieta ⁽²⁾.

—Pero, ¿qué dice este hombre?

Gradualmente, las palabras se abrieron paso hasta la intimidad del pensamiento del distraído sabio . . . Aquel absurdo disparate tenía un execrable aire de familia; era como una infernal parodia de algo muy conocido y muy querido para él. Rápidamente adelantó el cuerpo para leer por encima del hombro del

(1) Personaje humorístico de la novela homónima de E. S. Harrison.

(2) *Dieta*, asamblea deliberante.

sujeto que tenía el periódico. El hombre le miró, sorprendido y molesto de ver la cara de aquel extraño tan cerca de la suya; pero Queed no reparó en ello. ¡Sí! Aquel artículo de que se estaba burlando era su artículo. Recordaba perfectamente el pasaje. Él había escrito: "Una interminable serie de "instancias"⁽¹⁾ acosó a la Dieta".

Sus expertos ojos recorrieron rápidamente la hoja impresa. ¡Allí estaba! ¡Una serie de "pulgas"! ¡En su artículo! ¡Aquellos odiosos, sucios e insoportables insectos, en su artículo!

Aunque, relativamente, Queed no daba importancia a sus trabajos de *El Correo*, como hijos que eran de su cerebro, si bien los más pequeños y débiles, le inspiraban una ilimitada ternura. Ningún insulto a su persona podía haberle irritado tanto como la más ligera tacha puesta al más insignificante de sus artículos. Blanco de rabia se dejó caer hacia atrás en su asiento y sintió que alguna cosa le martilleaba dentro de la cabeza. Pronto se dió cuenta de lo que ahora significaba aquel martilleo. Era que había concebido el resuelto propósito de obtener absoluta y personal reparación del culpable que había hecho de él y de sus *artículos* la mofa de los viajeros del tranvía. Jamás volvería a recobrar la calma hasta que hubiese borrado con sangre aquellas pulgas.

* * *

—¿Es usted el señor Pat, jefe de correctores de pruebas de *El Correo*?

—El mismo —contestó el aludido con una mirada de extrañeza ante el agresivo tono del sabio.

—¿Qué excusas puede usted darme por haberme puesto en ridículo a mí y a mis artículos?

—Y quién diantre es usted, puede saberse?

—Soy el doctor Queed, redactor especial de este periódico. Mire usted aquí —y desplegó ante él un ejemplar de *El Correo*

(1) *Plea*, instancia; solicitud. *Flea*, pulga (traducción del inglés).

con el desatino tipográfico fuertemente subrayado en azul—. ¿Qué se ha propuesto usted, al falsificar mi lenguaje y poner en mi boca una observación absurda acerca del más repugnante de los insectos?

El señor Pat se mostró a la vez apesadumbrado y colérico. Se hallaba precisamente bajo el influjo de una mala racha en los asuntos de su incumbencia. Su orgullo profesional estaba mortificado por el recuerdo de que, sólo tres días antes, había permitido que *El Correo* llamase al anciano comandante Lamar, “ese inmortal veterinario”. Y al imprimir al otro día la rectificación consiguiente a las enérgicas demandas del comandante, se había caído en otro error. Las odiosas palabras se habían convertido en estas otras: “el inmoral veterano”.

—Conmigo no conseguirá usted nada hablando de esa manera. Pues ¿qué quiere usted: que componiendo ocho páginas por noche, no haya ni siquiera una errata insignificante?

—Pues yo le enseñaré a no cometer erratas en mis artículos. Para eso voy a castigar su falta . . .

—¿Quéeee? ¡A ver, repita usted eso!

—¡Más claro! ¡Que le voy a dar a usted una zurra para que...

Otro hombre, en igual caso, habría soltado la carcajada y le habría dicho al pobre joven que se le quitase de delante. Tenía casi un pie menos de estatura que el señor Pat y en la cara se le conocía que sus hábitos no eran nada belicosos. Pero el señor Pat tenía las impulsivas pasiones de su clase y se le hacía insoportable verse amenazado así en sus barbas por aquel pequeño sujeto de los anteojos. Se le inyectó en sangre la mirada y extendió violentamente a fondo su brazo derecho. El doctorcillo se reveló instantáneamente como un volador habilísimo pero como un aterrizador lamentable. Su trayectoria por los aires fué ondulada, suave y graciosa; pero al detenerse, lo hizo tan torpemente, que los hombres que estaban trabajando dos pisos más abajo interrumpieron su tarea para preguntarse quién se había matado allá arriba. Los linotipistas acudieron con precipitación; con gran asombro vieron al caído redactor

levantarse instantáneamente y dirigirse de nuevo hacia el ira-cundo corrector de pruebas.

—¿Todavía quiere usted más? —dijo el señor Pat—. ¡Váyase usted de aquí!

Queed llegó hasta un paso de él y se le quedó mirando frente a frente. Esta táctica desconcertó extraordinariamente al señor Pat que, en el fondo, se sentía avergonzado de haberse dejado llevar de la ira contra tan impotente adversario.

—Vengamos a razones, señor Queed. Yo siento haberle hecho daño; pero eso no hubiera ocurrido nunca si usted no...

Y se detuvo sin saber qué decir, ni poder adivinar lo que se proponía aquel pequeño cuatro-ojos al seguir clavado frente a él y mirándole con aquella cara de mortal palidez, pero absolutamente exenta de miedo.

—Yo mantengo el vehementísimo deseo de zurrarle a usted. Pero es claro que no estoy, al presente, en actitud de hacerlo. Físicamente, es usted superior a mí; pero sepa que los músculos valen muy poco en este mundo, buen hombre. Moralmente, que es lo que importa, soy yo superior, ¿se entera? Así, tendrá usted la bondad, en lo sucesivo, de no poner insectos repugnantes en mis artículos.

Y se alejó con rostro sereno, que no daba el menor indicio de la tempestad interior.

ENRIQUE SYDNOR HARRISON.

ENRIQUE SYDNOR HARRISON. — Escritor estadounidense contemporáneo, autor de la novela humorística *Queed, el doctorcillo*. (Ediciones Calpe, Madrid. 1921).

JUVENTUD

La juventud no es una época de la vida; es un estado de ánimo. No es cuestión de mejillas rosadas, labios encarnados y articulaciones flexibles; es un temperamento de la voluntad, una cualidad de la imaginación, un vigor de las emociones. Es la frescura de la primavera profunda de la vida.

Juventud significa el predominio del valor sobre la timidez en el carácter; del apetito de la aventura sobre el amor al ocio. Esto a menudo existe más en un hombre de cincuenta años que en uno de veinte.

Nadie envejece por haber vivido un número determinado de años. *Sólo se envejece cuando se abandonan los ideales.* Los años arrugan la piel, pero sólo el abandono del entusiasmo arruga el alma. El pesar, la duda, la propia desconfianza, el miedo a la desesperación son los años que encorvan el corazón y conducen el espíritu floreciente a las sombras.

Ya se tengan dieciséis o sesenta, siempre existe en cada corazón humano el impulso a la maravilla, el suave asombro ante las estrellas, el desafío a los acontecimientos, el apetito infantil y jamás desmentido por lo venidero y la alegría de vivir.

Uno es tan joven como su fe, tan viejo como su duda; tan joven como la confianza en sí mismo, tan viejo como su temor; tan joven como su esperanza, tan viejo como su desesperación.

En el sitio central del corazón hay un árbol siempre flo-

reciente: se llama amor. Mientras este árbol tenga flores, el corazón es joven. Si muere, se torna viejo.

En el sitio central del corazón hay una estación radiotelegráfica. Mientras en ella se reciban mensajes de belleza, esperanza, alegría, grandeza, valor y poder desde la Tierra, desde el hombre y desde el infinito, cualquiera es joven. Pero cuando esta estación deja de funcionar, y el sitio central del corazón se cubre con las nieves del egoísmo y el hielo del pesimismo, entonces uno es viejo, aunque tenga veinte años.

En este caso, Dios tenga piedad de esa alma.

FRANK CRANE.

(Publicado en *El Monitor de la Educación Común*. Buenos Aires, 1934).

FRANK CRANE. — Escritor estadounidense contemporáneo. Sus trabajos, más bien breves, se destacan por las saludables lecciones que brindan a la juventud.

“DÓNDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO ADONDE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES”

...Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quijote delante y dijo:
—¿Adónde vais hermanos? ¿Qué carro es éste? ¿Qué lleváis en él y qué banderas son *aquestas*?

A lo que respondió el carretero:

—El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados que el general de Orán envía a la corte, presentados a Su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? —preguntó Don Quijote.

—Tan grandes —respondió el hombre que iba a la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de África a España jamás; y así *vuesa* merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer.

A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos y a tales horas? Pues ¡por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y, pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré a conocer quién es Don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

Llegóse Sancho en esto al hidalgo y díjole:

—Señor: por quien Dios es, que *vuesa* merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

—Pues tan loco es vuestro amo —respondió el hidalgo— que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco —respondió Sancho— sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea —replicó el hidalgo; y, llegándose a Don Quijote, que estaba dando *priesa* al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero: los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien *dellas*, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la *jurisdicción* de la temeridad más tiene de locura que de fortaleza, cuanto más que estos leones no vienen contra *vuesa* merced, ni lo sueñan; van presentados a Su Majestad y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

—Váyase *vuesa* merced, señor hidalgo —respondió Don Quijote— a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido y deje a cada uno hacer su oficio: éste es el mío y yo sé si vienen a mí estos señores leones—. Y volviéndose al leonero, le dijo: —Voto a tal, don bellaco, que si no abrís luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro.

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos; le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes y, finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el decurso de su vida.

—Mire, señor —decía Sancho—, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto, por entre las verjas y resquicios de la jaula, una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, a lo menos —respondió Don Quijote— te le hará parecer mayor que la



mitad del mundo. Retírate Sancho y déjame; y si aquí murieré, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más.

Lloraba Sancho la muerte de su señor que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones; maldecía su ventura y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver a servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban tan desviados, tornó a requerir y a intimar a Don Quijote lo que ya le había requerido e intimado, el cual respondió que lo oía y que no se curase de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto y que se diese *priesa*. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla antes a pie que a caballo y en fin se determinó de hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo y, desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón y luego a su señora Dulcinea. Habiendo visto el leonero ya puesto en postura a Don Quijote y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venía echado y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y a otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula, viendo lo cual Don Quijote mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera.

—Eso no haré yo —respondió el leonero— porque, si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo. *Vuesa* merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta; en su mano está salir o no salir; pero, pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de *vuesa* merced ya está bien declarada; ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña, y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad —respondió Don Quijote—; cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer. No debo más y encantos afuera, y Dios ayude a la razón y a la verdad, y a la verdadera caballería, y cierra como he dicho, en tanto que hago señas a los huídos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.— Ver su biografía en el capítulo *Grandes Carácteres*. Este fragmento se tomó de la obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. de la Sociedad Internacional.

VOCABULARIO: Voces anticuadas: *felizmente*: felizmente; *aquistas*: estas; *vuesa*: vuestra; *priesa*: prisa; *dellas*: de ellas; *jurisdicción*: jurisdicción.

TIENES MADRE

*Pedazo de mis entrañas,
sangre que lleva mi sangre,
duerme tranquilo tu sueño...
¡Tienes madre!*

*Duerme tranquilo en mis brazos,
en este trono tan grande
que Dios tan sólo concede
a los hombres cuando nacen.
Yo espantaré con mis ojos
a quien venga a despertarte:
duerme tranquilo, alma mía...
¡Tienes madre!*

*Ningún peligro te asuste;
no tengas miedo de nadie;
de lobos que te acosaran
yo sabría resguardarte.
Y cuando el invierno llegue,
el frío no te acobarde:
yo traeré leña del monte...
¡Tienes madre!*

*Te esperan en este mundo
traiciones y falsoedades,
y no has de librarte de ellas
aunque vivas vigilante.*

*Hay solamente un cercado
donde la traición no cabe;
búscalos, que está en mi pecho...
¡Tienes madre!*

*Yo seré luz de tus ojos;
lucero que te acompañe;
alimento de tu boca;
medicina de tus males.
Y seré flor en tus pasos,
y seré olor en tu aire,
y seré sombra en tu vida...
¡Tienes madre!*

*Cuando penes, ve a mi encuentro,
que en el camino has de hallarme;
cuando llores, no me grites,
que yo iré sin que me llames...
Pedazo de mis entrañas,
sangre que lleva mi sangre,
duerme tranquilo tu sueño...
¡Tienes madre!*

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO. — Escritores andaluces contemporáneos. Son autores de numerosos dramas y comedias de alta inspiración. Versifican en forma magistral. *Tienes madre*, del drama *Cancionera*, es un exponente de belleza literaria y de hondo sentimiento. (Ed. Mundo Nuevo. Montevideo, 1925).



RESPUESTA A UNAS CUANTAS CARTAS RECIBIDAS

¿QUÉ DEBEN ESTUDIAR LAS MUJERES?

Ustedes, como mujeres, son las depositarias **de la vida**; **de** ustedes depende la continuación y perpetuidad de la humanidad **en la Tierra**, su salud, su fortaleza; por lo tanto, el estudio que a mí me parece esencial para ustedes es el de las leyes de la vida. Estudien, ante todo, ciencias naturales; aprendan ustedes por qué hay vida en la Tierra, qué barro es el nuestro; cómo se ha de nacer; cómo se ha de vivir; qué es la salud y cómo se logra; cómo hay que respirar, y que comer, y que dormir; cómo hay que existir, en una palabra. Y no consideren ustedes la vida humana como aislada dentro de la vida universal; estudien la vida de las plantas; de los animales inferiores al hombre, y estudien ustedes la Tierra, en que todos vivimos, y el universo, en que la Tierra, nuestra casa, a su modo, vive también. El gran libro de la Naturaleza ha de ser el principal estudio de una mujer que quiera merecer su nombre y acertar a cumplir su misión.

No les arredre a ustedes lo vasto del programa, porque, tanto como grande, es grato de estudiar. Y estudien prácticamente; desconfíen un poco de los libros y fiénselos bastante de la observación; no aprendan ustedes palabras, sino hechos; no se preocupen demasiado de clasificaciones, sino procuren penetrar y comprender los fenómenos. Estudien ustedes en los libros las leyes, pero busquen la confirmación de ellas en las cosas.

Tengan ustedes todas, un jardín, pequeño o grande; cuatro macetas en un balcón pueden bastar para despertar el amor a la creación de vida, en la más encerrada chiquilla ciudadana. Las que tienen la bienaventuranza de vivir en el campo, aprovechen agraciadamente esta bendición del destino; máñchense ustedes las manos de tierra y hagan de su huerto su laboratorio y su biblioteca. ¡No hay gloria como la de poner sobre la mesa el fruto que ha madurado gracias a nuestro esfuerzo; la flor que ha florecido gracias a nuestro amor!

No olviden ustedes nunca esto: en todo trabajo, en todo estudio, además de realizar una tarea, debemos proponernos perfeccionar y desenvolver las facultades que nos han servido para realizarlas. Si no trabajamos hoy, no sólo con más perfección, sino con más facilidad que ayer, por el mero hecho de no avanzar, hemos retrocedido.

Así, pues, ciencia en primer lugar, ciencia maestra de la vida: Fisiología, Botánica, Historia Natural, Física, Química, Geografía en todas sus ramas, y siempre en el terreno y sobre el terreno. Realidad ante todo. Y no teman ustedes que por mirar la vida cara a cara vayan a perder su facultad de ensueño o vayan a quitarle poesía al vivir. Por el contrario: los sueños más nobles son los que están fundados en la realidad. Para mirar al cielo ilusionadamente, lo mejor es estar segura y firmemente tendidos en la tierra. Una noche serena y estrellada de julio no será, ciertamente, menos poética porque sepan ustedes en virtud de qué leyes recorren las estrellas sus caminos.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—Literato español contemporáneo. Desde muy joven escribió para periódicos, publicando poesías, cuentos y crónicas diversas. Más tarde dedicóse a escribir novelas y es entonces cuando la personalidad del autor comienza a destacarse, alcanzando gran éxito con sus obras *Tú eres la paz* y *Cartas a las mujeres de España* (a esta última obra pertenece lo que transcribimos). (Ed. Renacimiento, Madrid, 1917). Últimamente dedicóse al teatro, siendo su producción copiosa y caracterizada por la finura y delicadeza con que encara los asuntos de sus obras. El diálogo es siempre poético y pulcro.



FÁBULAS

UNA ARAÑA HUMANITARIA

*Acechaba una Araña una mañana
por coger un Moscón que había entrado
con un rayo de sol todo empolvado
por la rendija en luz de una ventana.*

*—Este me lo trabajo de seguro
—pensaba—; todo está en que se decida
a entrar en sombra y arrimarse al muro...*

*Pero el Moscón, sin verlo, se posó
sobre un papel pringoso mosquicida
y, ¡ni decir!, pegado en él quedó.*

*Gritó entonces la Araña cazadora:
—¡No he visto algo más bárbaro y feroz!
Mas luego, a media voz:
—Y yo, ¿qué como ahora?*

UN CONEJO VALIENTE

*Eres espejo de la perfección
dicen los animales al Rey León.
En cuanto dices y haces tienes arte,
siempre aciertas sin nunca equivocarte.*

*Rugió el León, movió la cola y dijo:
—Entre esta gente que me alaba, exijo
que si hay, acaso, alguna bestia amiga
dispuesta a criticarme, que lo diga.
¡Aburrido ya estoy de ser perfecto!
¡Valor! ¡Vamos! ¡Halladme algún defecto!*

*—¡Yo! —atrevióse uno de entre los Conejos—:
mas sólo he de decirlo desde lejos:
un defecto te encuentro, y tú disponte
a que lo grite cuando esté en el monte...*

*Y se lo dijo, mas a leguas tantas
que perdióse su voz entre las plantas.*

CARLOS ALBERTO SALUSTRI.
(*Trilussa*)

CARLOS ALBERTO SALUSTRI. — Escritor italiano contemporáneo, mundialmente conocido por el seudónimo de Trilussa. Sus fábulas, llenas de humorismo e intención, lo señalan como un talentoso escritor. Las que transcribimos pertenecen a su libro *Júpiter y los animales*, que tradujo el Sr. César Pelazza. (Ed. El Ombú. Buenos Aires, 1933).



LOS LIBROS

Si mi memoria no me traiciona, al final de aquel verano ocurrió un suceso que tuvo decisiva influencia en la orientación de mis futuros gustos literarios y artísticos.

Debo consignar que en mi casa no se consentían libros de recreo. Ciertamente mi padre tenía algunas obras de entretenimiento, pero las sustraía, como mortal veneno, a nuestra insana curiosidad, pues, en su sentir, no debían los jóvenes distraer la imaginación con lecturas frívolas. A pesar de la prohibición, mi madre, a hurtadillas y como premio de nuestra aplicación y docilidad, nos consentía leer alguna novelilla romántica que guardaba en el fondo del baúl, desde sus tiempos de soltera.

Tan escaso pasto intelectual no bastaba a mi ansia de lances arriesgados y narraciones maravillosas. Imaginaba, además, que debía haber algo mucho mejor, porque oyendo a las personas mayores noté que celebraban las amenas y entretenidas novelas de los escritores románticos entonces en boga. Naturalmente, estaba deseoso de saborear esos prodigios de la imaginación humana, pero las personas del pueblo, dueñas de aquellas obras, se hubieran guardado bien de prestarlas a un muchacho. Estaba condenado a ignorar, quién sabe hasta cuándo, las más altas y sublimes creaciones de la fantasía novelesca.

Pero la casualidad se hace muchas veces cómplice de nuestros deseos. Un día, explorando mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé a la ventana de un desván del vecino confitero y contemplé con deliciosa sorpresa, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos, cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias y relatos de viajes. Allí estaban, tentando mi ardiente curiosidad, todas las obras que había oído nombrar y celebrar, y muchas otras admirables, cuya existencia no sospechaba siquiera. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles.

Ante tan feliz acontecimiento, quedé lleno de emoción durante algunos minutos. Pasada la sorpresa, y decidido a aprovecharme de mi buena fortuna, me puse a pensar cómo explotaría aquel inestimable tesoro, evitando las sospechas del dueño y las huellas de mis pasos por el desván. Por prudencia respeté los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo, porque si el pastelero echaba de menos sus peras y ciruelas confitadas, cerraría o enrejaría la ventana, dejándome a la luna de Valencia.

Tras mucho reflexionar, decidí dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y coger los libros codiciados de uno en uno, reponiendo cada volumen en el mismo lugar de la anaquelaría.

Gracias a tales precauciones, a mi serenidad y buena estrella, saboreé, libre de sobresaltos, las obras más interesantes de la biblioteca, sin que el buen repostero se percatara del abuso y sin que mis padres sorprendieran mis ausencias del palomar.

¡Quién sería capaz de encarecer lo que yo gocé con aquellas sabrosísimas lecturas! Tan entusiasmado y alegre estaba, que me olvidaba de todas las vulgares necesidades de la vida material.

¡Cuántas exquisitas sensaciones de arte me trajeron aquellas admirables novelas! ¡Qué de interesantes tipos humanos me revelaron!

Me asombré al mismo tiempo del poder casi divino del poeta y el novelista que, sin más recurso que la palabra escrita, evocan en el lector representaciones de tal modo vivas, coloradas y commovedoras, que en su comparación la realidad misma parece pálida y borrosa imagen.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL (1851-1934). — Sabio español cuyos estudios biológicos le valieron fama mundial, haciéndolo acreedor a distinciones honrosas, tales como el premio Nóbel de medicina, en 1906. Autor de muchas obras científicas, es además un escritor sagaz y chispeante. Recomendamos la lectura de su obra *La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo*, a la cual corresponde el presente fragmento. (Ed. Moya, Madrid, 1907).

PEQUEÑOS ESCRITORES ITALIANOS

Tengo ante mis ojos las composiciones de treinta y cinco alumnos de segunda enseñanza elemental de una escuela municipal de Turín, muchachos de todas las clases sociales. Quien no haya leído jamás una colección de "prosa" de este género, no podrá imaginar cuánto contiene para divertirse y para meditar.

Se nota que la composición se hizo en la escuela, sin borradores, bajo los ojos de la maestra. El tema era "Decid cuáles son las ocupaciones de vuestro padre, de vuestra mamá y de todas las personas de vuestra casa".

No me entretengo sobre la gramática y sobre la ortografía. Limito mis observaciones al campo moral, que es el más fecundo y más vario.

Uno de ellos cierra su composición con las palabras siguientes que trascrivo literalmente:

"¡Oh! ¡si pudiese estar en el puesto de mi padre y no dejarle trabajar más! ¡Yo pienso que tiene cincuenta años! ¡Yo pienso en mi pobre mamá, que está medio enferma! ¡Dios bendiga a toda la familia!"

El hijo de una lavandera, huérfano de padre, escribe: "Yo no tengo padre, pero diré qué hace mamá. Viene a casa tan cansada, que ni fuerzas le restan para cenar. Es muy buena y hace la pobre todo lo que puede por mí".

Original y hermosa es esta conclusión del hijo de un herero: "¡Oh niños, obedeced siempre a vuestros padres! Ellos son

los ángeles. Te han educado, te mantienen, te dieron la vida y te enseñaron a andar”.

Esto: “te enseñaron a andar”, ¿verdad que es hermoso?

Entre las cosas conmovedoras, noto la del hijo de un albañil, para entender lo cual conviene saber que una sociedad de filántropos turineses fundó una colonia alpina, donde se envían todos los años, a pasar el estío, un cierto número de niños pobres, escogidos entre los más faltos de salud.

El pobre muchacho escribe que en casa está con los pies descalzos, para no malgastar o estropear los zapatos, “porque tengo que ir a la colonia alpina y allí hay que llevar un par de zapatos buenos”.

* * *

No son invenciones mías: lo manifestaron por escrito treinta y cinco alumnos de una segunda clase elemental, a los cuales la maestra dió por tema “Mis deseos” e hizo hacer la composición en la escuela, sin borrador. La mayor parte son muchachos de siete a ocho años, que veinte meses hace no leían todavía el alfabeto, y dieciocho de los treinta y cinco, hijos de obreros.

Casi todos manifiestan, antes de todo, el deseo de viajar, y nombran la ciudad que preferirían ver. Los que quieren ir a Roma... “uno quisiera ir solamente por ver dónde habita el Papa”; otro “por ver el hermoso palacio donde está Humberto” (el rey).

Otro desea ir a Nápoles, más que para ver el “Vulcano” o Vesubio, ¿sabéis por qué?: “porque se comen macarrones napolitanos”, y esto pase; pero añade en seguida “y son muy buenos y no se comen con la cuchara, sino con las manos”.

Un muchacho pobre expresa su deseo con una frase sencilla al par que triste y que llega al corazón: “Quisiera ir a la más alta montaña a respirar un poco de aire bueno y puro, que no sopla en ningún país”.

...El más conmovedor, en fin, es el acto de mixta resignación de un pobre muchacho, el cual, después de haber expuesto

muchos deseos, demostrando comprender que para él son cosas del otro mundo, que no podrá poseer jamás, dice que se contentaría con ir a la colonia alpina y agrega: "pero mis padres no quieren, porque habré de ir a trabajar; pues bien, sea así".

Y estas últimas palabras, que parecen un lamento comprimido, me turban en el ánimo la alegría que me habían dado antes otras cosas amenas, porque me representan en el pensamiento, no solamente al muchacho que las escribía, sino a aquellos otros innumerables a los que ninguno de los miles deseos de la niñez, ni aun los más humildes, son satisfechos, y que no comprenden todavía lo que verdaderamente sea el ser pobre; no comprenden que los padres "no pueden" y piensan que "no quieren". Esto debieran tener siempre en la mente aquellos afortunados a los cuales ha sido concedida la grande alegría de hacer beneficios.

Al lado de la caridad que pregunta al muchacho pobre lo que le hace falta, debería estar siempre la caridad que le pregunta lo que desea; detrás de la mano que le da un pan, una mano que le alargase un juguete; porque no basta que ellos *no lloren*; es menester también *que sonrían*.

EDMUNDO DE AMICIS

EDMUNDO DE AMICIS (1846-1908). — Literato italiano. Es uno de los escritores más populares en Italia y más conocido en el extranjero. Entre sus numerosas obras citaremos especialmente *Corazón* y *Horas de recreo*. De esta última ha sido tomado el fragmento leído. En sus páginas, impregnadas de honda emotividad, se revela como un observador sagaz y un gran conocedor del alma infantil. (Ed. Maucci, Barcelona, 2^a edición. Versión española de Emilio Delmas).

EL POSTRE DE LA CENA

Pablo se está vistiendo; su mujer, sentada en la cama, está echando las cuentas para el gasto del día.

—Pablo, dame una idea. ¿Qué haré para cenar?

—Lo que quieras. Ya sabes que no soy comilón.

Pausa.

—Pablo, al volver de la oficina, podrías traerme unas masitas. Papá y mamá vienen a comer.

—¡Masitas! ¡Otra vez masitas! ¡Si no hace tres días que compré media docena!

Pablo concluye de vestirse gruñendo:

—¡Golosinas!... ¡Las mujeres!... ¡Zalamerías!... ¡Ganas de estropearme el estómago!...

A las siete de la noche, Pablo, delante del mostrador, mira las diversas bandejas llenas de masitas.

—¿Cartuchos de crema, señor? —dice la señorita vendedora—. Son exquisitos.

Para darse una idea, Pablo come uno, saboreándolo lentamente.

—¡Psh! No está mal, pero no soy muy aficionado a los dulces. ¿Y éste, señorita?

—¿Los barquillos de guindas? Se los recomiendo, señor.

Pablo se apodera de un barquillo.

—En verdad, señorita, puede uno tener confianza en usted. Está riquísimo. Ponga uno. ¿Y esto?

—Un alfajor con dulce de damasco.

El alfajor desaparece entre la barba y los bigotes de Pablo.

—No, señorita, no ponga usted alfajores. Espere: voy a probar esta “magdalena”.

Y para decidirse en favor de un pastelito hojaldrado, Pablo se come la “magdalena”, un merengue de chocolate y un bizzcocho borracho.

—¿Cuántas masitas hay en la bandeja?

—Tres, señor.

—Bien. Nada más.

Mientras hacen el paquete, Pablo bromea con la cajera.

—¡Nueve masitas, uno veinte! ¡Me voy a arruinar!

* * *

Al final de la comida, la sirvienta pone sobre la mesa los platos de postre y un paquetito. Juana corta los hilos.

—¿Cómo, Pablo, no has comprado más que tres masitas?

—Sí; ya sabes que conmigo no hay que contar.

Juana se encoge de hombros, contrariada, y da el cartucho de crema a su madre, el barquillo de guindas a su padre, y ella se queda con el pastelillo hojaldrado. Mamá suegra, bruscamente, pone su masita en la bandeja.

—Vamos, Pablo. Es una ridiculez. Anda, toma el mío.

Papá suegro, agrega:

—Si Pablo no come, yo tampoco...

—¿Quieres la mitad de este pastelito? —dice Juana—. ¿No? Pues bien: yo tampoco comeré.

Las tres masitas vuelven a su primitivo lugar y hay una pausa, durante la cual las miradas posan, alternativamente, sobre Pablo, sobre la bandeja y otra vez sobre Pablo. Pablo se decide a servirse.

—Como me horrorizan las discusiones, tomaré el cartucho de crema.

—Muy buena idea —dice Juana—. Y tú, ¿cuál quieres, mamá? Come uno, y papá comerá otro.

—No, hija mía —contesta la madre—. Hagamos otra cosa: tú comes uno y tu padre el otro.

—Pero si he comido mucho, mamá.

—No insistas, Juana, es inútil.

Pablo interviene:

—Hace usted mal, querida suegra... Vamos, papá, sea usted más condescendiente que las señoras.

—No, gracias.

—Tómalo, Juana.

—No, gracias.

Enojo general.

—¡Oh! ¡Oh! —agrega Pablo—. Tanta historia por una masita... Si vais a estar con esa cara toda la noche, me resignaré a comerla y no se habla más del asunto.

En la bandeja sólo ha quedado el pastelillo de hojaldre. Juana lo pone en el plato de su madre. Ésta, sin decir nada, lo vuelve a dejar en la bandeja.

Y el padre y la madre, señalando el pastelillo y con los ojos fijos en Juana, le hacen señas para que lo coma.

—No, no y no —dice Juana—. Prefiero dárselo a la sirvienta.

Pablo se encoge de hombros.

—¿A la sirvienta? ¡Estaría bueno!... En fin, me lo comeré yo.

Y con la boca llena, dice Pablo, malhumorado:

—¡Caramba, Juana...! ¡Me he gastado un peso y veinte en la confitería para satisfacer tu capricho! ¿Crees tú que es sano comer estas porquerías? ¡Después te quejarás de que te duele el estómago!...

MAX Y ALEX FISCHER.

(Publicado en *Caras y Caretas*. Buenos Aires, 1933).

MÁXIMO Y ALEJO FISCHER. — Literatos humoristas franceses contemporáneos que escriben siempre en colaboración, firmando Max y Alex Fischer. Son hermanos y nacieron en París. Han escrito numerosos cuentos y novelas de tonos risueños. Son también autores de obras teatrales.

LAS NAVIDADES DE UN CHIQUILLO

En esta noche de Nochebuena, Vanka Yankov, rapaz de nueve años, que hace tres meses es aprendiz de zapatero, no se ha acostado. Cuando el maestro y los oficiales se fueron a la iglesia, se quedó solo en el taller; sacó del armario de su patrón un frasquito con tinta, un mango con una pluma mohosa y colocando delante de sí una hoja de papel sucio y arrugado, empezó a escribir.

Antes de hacer la primera letra vigiló tímidamente, por última vez, la puerta y la ventana, miró melancólicamente a una imagen que estaba pegada en la pared y suspiró hondamente. Después, arrodillado delante del banco sobre el que ha colocado su papel, escribe:

“Querido abuelo:

“Te escribo esta carta para saludarte por la fiesta de Navidad y para decirte que te deseo todo el bien posible. Como no tengo papá ni mamá, tú únicamente me quedas”. Vanka vuelve los ojos hacia la ventana oscura, donde se refleja la luz de su lámpara, y he aquí que se le representa, como si lo estuviese viendo, su abuelo Constantino Makarytch, vigilante nocturno en casa de los señores Fivarev. Es un viejecito de sesenta años, flaco, extraordinariamente vivaz e inquieto. Por el día duerme en la cocina de los criados, donde, antes de acostarse, refiere cuentos a los cocineros; por la noche, envuelto en amplio capote, pasea alrededor de la casa y los cercados,

agitando su carraca; la vieja perra Kachtenka y el mastín Moro, llamado así por lo negro de su pelo sedeño, le siguen con la cabeza baja. Moro es un perro extraordinariamente cariñoso y cumplido; mira con la misma dulzura a los extraños que a sus amos y por eso se desconfía de él. En este momento está seguramente el abuelo de Vanka en pie, delante de la puerta cochera, y mira levantando la cabeza a las hermosas ventanas iluminadas de la iglesia del pueblo. Y el tiempo está espléndido... El aire en calma, transparente y fresco; la noche algo oscura, pero no tanto que deje de distinguirse todo el pueblo con sus techos blancos, las espirales de humo saliendo de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha y los copos de nieve. Todo el cielo está sembrado de estrellas que parpadean alegremente, y la vía láctea se dibuja tan precisa, que se diría que la han lavado para alguna fiesta ó frotado con nieve.

Vanka suspira, moja la pluma y continúa escribiendo: "Ayer tarde tuve un disgusto. El patrón me castigó porque cuando balanceaba la cuna de su hijo el pequeño me quedé dormido. También esta semana me mandó la patrona limpiar un arenque y empecé por la cola; entonces cogió el arenque y me lo restregó con fuerza por la boca. Los oficiales no hacen más que burlarse de mí, y de comida no me dan nada de nada. Por la mañana nos dan pan; al mediodía, "kacha", y por la tarde, pan otra vez. De té y coles se hartan solamente los patrones. Me hacen dormir en el pasillo, y cuando llora el niño, no puedo dormir nada, porque tengo que mecer la cuna. Abuelito, sácame de aquí. Llévame a casa, al pueblo; no puedo más... te lo pido de rodillas; llévame de aquí o me muero..."

Vanka contrae un poco los labios, se frota los ojos con su puño negro y solloza:

"Picaré tu tabaco —continúa—, rogaré por ti, y si algo no va como es debido, me pegarás como a la cabra roja. Si tú crees que no me podrás encontrar ocupación, pediré al portero de los señores que me deje limpiar sus botas, o iré a la plaza de Fedia, de pastor. Abuelito, no puedo más; esto es la muerte. Me habría escapado ya, si tuviese botas, pero tengo miedo de

helarme. Cuando sea mayor, si me sacas de aquí, te alimentaré y no consentiré que nadie te ofenda, y cuando mueras, rogaré por el descanso de tu alma, como lo hago con la pobre mamá.

“Por lo que he visto de Moscú, es una población muy grande. Todas son casas de señores; hay muchos caballos, y los perros no son malos. En Navidad no van, como allí, los chicos, cantando de puerta en puerta. Te diré que he visto en un escaparate anzuelos especiales para toda clase de peces. Hay también tiendas donde venden fusiles como los del sargento. Abuelito, cuando haya en casa de los señores árbol de Noel con regalos, cógemela una nuez dorada y guárdamela en el cofre. Pídesela a la señorita Olga y dile que es para Vanka...”

Vanka suspira conyulsivamente y de nuevo se detienen sus ojos en la ventana. Se acuerda que para el árbol de Noel iba siempre al bosque con su abuelo. Aquello era en los buenos tiempos. El abuelo, antes de cortar el árbol, fumaba una pipa, aspiraba largamente rapé y se burlaba de Vanka porque temblaba de frío. Una vez cortado el árbol, el abuelo lo arrastraba hasta la casa, donde los señores lo adornaban. La señorita Olga, la gran amiga de Vanka, aquella que en vida de su madre le llenaba de dulces los bolsillos y le enseñaba a leer y escribir, era la encargada de engalanar las ramas del arbolillo...

“Ven pronto, abuelo —prosigue Vanka—: te suplico por Dios que me saques de aquí. Ten piedad de mí, que no tengo padres, que me muero de hambre y, sobre todo, que me aburro tanto, tanto, que no hago más que llorar. Mi vida es peor que la de los perros de la calle. Adiós; saluda a Aliane, a Igoor el tuerto, y al cochero, sobre todo. No des a nadie mi acordeón. Siempre te quiere tu nieto Iván Yankov.

“No dejes de venir por mí”.

Vanka plegó en cuatro su hoja de papel y la encerró en un sobre que comprara la víspera. Reflexionó un instante, mojó de nuevo su pluma y se puso a escribir la dirección: “A mi abuelo, en la ciudad”, y después de rascarse la cabeza, añadió “Constantino Makarytch”.

Dichoso por haber logrado escribir sin que nadie lo mo-

lestase, cogió su gorra y, en mangas de camisa, sin echarse el capote, se lanzó a la calle. Unos muchachos le habían dicho que las cartas se echan en los buzones, de donde van a sacarlas los empleados de correo y a llevarlas a repartir por todo el mundo. Ilusionado por dulces esperanzas, dormía una hora después con la boca torcida por una sonrisa y con los puños cerrados... Vió en sueños una sartén; sentado junto al fuego estaba su abuelo; leía a las cocineras la carta de Vanka. El Moro daba vueltas alrededor de la sartén, meneando la cola...

ANTONIO P. TCHEKHOV.

ANTONIO P. TCHEKHOV. — Novelista y autor dramático, nacido en Moscú y muerto en 1793. (De la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*. Edic. 1920).

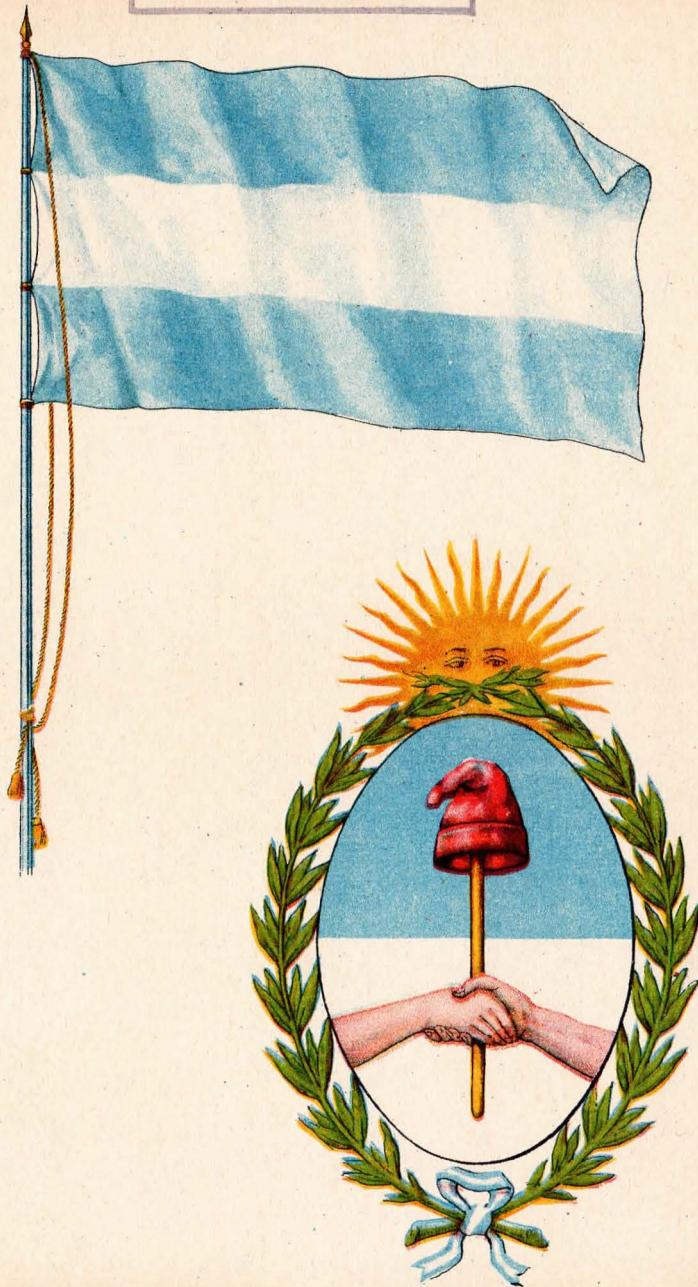
BIBLIOTECA NACIONAL
DE LOS ESTADOS



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LOS DOS PÁJAROS

El pajarillo domesticado moraba en una jaula; el pájaro libre vivía en el bosque. Se encontraron cuando llegó el momento decretado por el destino.

—¡Oh, amor mío! —dijo el pájaro libre—. Volemos juntos hacia los bosques.

El pajarillo enjaulado respondió:

—Ven acá; quédate a vivir conmigo en esta jaula.

—¿Entre barras, donde no existe espacio para extender las alas?

—¡Ay de mí! —sollozó el pájaro prisionero—. Yo no sabría qué hacer si me viera flotar en el espacio.

* * *

Dijo el pájaro silvestre:

—¡Oh mi amada!; entona las canciones de los bosques y las selvas.

—Siéntate aquí, al lado mío —le replicó el morador de la jaula—. Te enseñaré el lenguaje de los sabios.

—No, ¡oh, no! —exclamó el pájaro libre—. Las canciones no pueden ser nunca enseñadas.

Y el pajarillo enjaulado dijo:

—Infeliz de mí, que no conozco las canciones de la selva.

* * *

Intenso, lleno de deseos es el amor de ambos; pero no pueden volar ala con ala. Míranse tristemente a través de los

dorados barrotes e inútil es el anhelo que tienen de conocerse.
Afligidos sacuden sus alas y cantan:

—¡Oh amor mío, acérdate hacia mí, acércate!...

—No puede ser —murmura el pájaro del bosque—, me inspiran temor las cerradas puertas de la jaula.

Y el pajarillo prisionero dice quedamente:

—Mustias están mis alas, mustias e impotentes...

RABINDRANATH TAGORE.

RABINDRANATH TAGORE (1861-1941). — Poeta bengalí, nacido en Calcuta. Obtuvo el premio Nóbel de literatura en 1913. Sus escritos denotan una afinada sensibilidad y un gran temperamento poético. Está considerado como el más grande de los poetas de su país nativo. El poema que ofrecemos ha sido traducido por el señor Carlos Muzzio Sáenz Peña. (Del libro *Cortos poemas*. (Ed. Sociedad Cooperativa. Buenos Aires, 1917).

—Generoso y optimista en su juventud, ofrece al mundo sus dones, y oye que el mundo lo saluda, proclamándole grande.

Si habla de la vida, la desea eterna y coronada por los laureles del triunfo que conquistó su valor; si habla de la muerte, la desea heroica, y si habla de tronos, ya no es de los que destruye, sino de los que levanta a la igualdad ennoblecida.

(Fragmento de *El himno patrio*, de RICARDO ROJAS).

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

SANCIONADO POR LA ASAMBLEA GENERAL CONSTITUYENTE
EL 11 DE MAYO 1813

*Oíd ¡mortales! el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oíd el ruido de rotas cadenas!
¡Ved en trono a la noble Igualdad!
Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles,
y a sus plantas rendido un León.*

C O R O

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.

*De los nuevos campeones, los rostros
Marte mismo parece animar;
la grandeza se anida en sus pechos:
a su marcha todo hacen temblar.
Se commueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ven renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.*

Sean eternos los laureles, etc.

*Pero, sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor:
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos, la Envidia
escupió su pestífera hiel;
su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.*

Sean eternos los laureles, etc.

*¿No los veis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, y llantos, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?*

Sean eternos los laureles, etc.

*A vosotros se atreve, ¡Argentinos!
el orgullo del vil invasor:
vuestrros campos ya pisa, contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.*

Sean eternos los laureles, etc.

*El valiente Argentino, a las armas
corre, ardiendo con brío y valor;
el clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita Unión
y con brazos robustos desgarran
al Ibérico altivo León.*

Sean eternos los laureles, etc.

*San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia, y las mismas murallas
del Tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos, que dicen:
¡Aquí el brazo argentino triunfó!
¡Aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló!*

Sean eternos los laureles, etc.

*La Victoria, al guerrero Argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista, el Tirano
con infamia a la fuga se dió;
sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la Libertad,
y sobre alas de Gloria alza el Pueblo
trono digno a su gran majestad.*

Sean eternos los laureles, etc.

*Desde un polo hasta el otro resuena
de la Fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: ¡Mortales! ¡Oíd!
¡Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud!
Y los libres del mundo responden:
AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, ¡SALUD!*

VICENTE LÓPEZ Y PLANES

La letra del Himno Nacional que se transcribe, ha sido tomada de *Historia sobre el Himno*, de Gabriel Carrasco, según versión aparecida en *La Lira Argentina* en 1824, edición que ha sido expurgada, mereciendo la aprobación, por cartas dirigidas al autor, de Don Vicente F. López (hijo) y Don Lucio V. López (nieto).

A LOS QUE EGRESAN

Estas palabras son las mismas que nos inspiraría el mejor amigo en trance igual. Considérenlas ustedes como palabras de “dos hermanos mayores” que, por haber vivido más, pueden apreciar mejor las cosas de la vida. Ésta es, en realidad, una carrera y, para intervenir en ella, hace falta una buena preparación; para triunfar, coraje, corazón... hasta llegar a la meta.

Se presentarán momentos difíciles... Entonces vuelvan la vista a las páginas de *FUENTES DE VIDA*.

Reconforten el corazón con las bellas poesías y la estimulante prosa que aquéllas contienen: relean la vida de las grandes figuras de la humanidad.

Al egresar de la escuela primaria continuarán, posiblemente, el entrenamiento por medio de nuevos estudios. Éste llegará a ser médico; aquélla, maestra; el otro, empleado... Lo que será, no interesa mayormente. *Lo que sí tiene gran valor es que “el médico sea quien realice curaciones mejores; que la maestra cumpla su apostolado con dedicación y cariño; que del empleado, su jefe tenga este concepto: es el mejor de todos”*.

En la lucha diaria aparecerán escollos: prepárense, como hace el atento timonel, para evitarlos. Tengan presente que muchos han fracasado en la vida por no haber creído en sí mismos; por no haber puesto en sus tareas “los cinco sentidos”; por estar satisfechos con el menor esfuerzo; por falta

de método en todo; por haber escogido sus amigos entre los menos capaces.

Voluntad, honradez y vida sana: he aquí la base incombible de los éxitos; los peldaños indispensables para llegar a ser hombres y mujeres de bien.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE GENERAL

(Las lecturas marcadas con asterisco (*) han sido fragmentadas).

PÁG.

| | |
|--------------------------|----|
| A NUESTROS COLEGAS | IX |
| PARA EL ALUMNO | XI |

C O S M O S

| | |
|---|---|
| Observando nuestro cielo austral, por Martín Gil | 2 |
| * Tres amigos en el cielo, por Camilo Flammarion | 4 |
| La Luna y el Sol (fábula), por Ramón Melgar | 6 |
| * Un viaje al planeta Marte, por Th. Moreux | 7 |
| * A dieciséis kilómetros de la corteza terrestre, por Augusto Piccard | 9 |

DE LA NATURALEZA

| | |
|--|----|
| * Cuadros de la montaña, por Joaquín V. González | 12 |
| Las montañas (poesía), por Ricardo Rojas | 15 |
| * El mar, por Amado Nervo | 16 |
| * El río Paraná, por Marcos Sastre | 18 |
| Viento (poesía), por Arturo Capdevila | 21 |
| * Los animales extinguidos, por Ángel Cabrera | 22 |
| * Alabanza del ala y del trino (poesía), por Alfredo R. Bufano | 24 |
| Los nidos, por Francisco Renato, Vizconde de Chateaubriand | 26 |
| Aguafuertes del Zoológico. El serpentina. Dos siglos de vida, por Clemente Onelli | 28 |
| El guanaco y el buey (poesía), por Ramón Melgar | 31 |
| El olivo (poesía), por Luis L. Franco | 34 |
| El laurel centenario, por Mauricio Maeterlinck | 36 |
| La fiesta del árbol | 38 |

ORIENTE Y OCCIDENTE

PÁG.

| | |
|---|----|
| La tierra gallega (poesía), por Ramón del Valle Inclán | 42 |
| * Impresiones sobre Madrid, por Emilio Castelar | 44 |
| Estampas de Sevilla, por Fausto Burgos | 47 |
| * Florencia, por Julio Camba | 49 |
| * Notas de viaje: Paisajes de Francia.—Holanda.—Londres, por Margarita Abella Caprile | 51 |
| * Alemania del Sur: Baviera, por Ezequiel Real de Azúa | 55 |
| * Viajando por Rusia: Moscú.—La hermosa capital de Ucrania, por Virgilio Tedeschi | 58 |
| En la Acrópolis de Atenas, por Delfina B. de Gálvez | 61 |
| * En el país del sol, por José Juan Tablada | 63 |
| Por las calles de Shanghai, por Corrado Tedeschi | 65 |
| El Sahara, por Delfina B. de Gálvez | 68 |

DE OTROS TIEMPOS

| | |
|---|----|
| * Las increíbles revelaciones de la Gran Pirámide, por Th. Moreux | 70 |
| * Las olimpiadas y otros juegos atléticos, por Carlos Riba | 74 |
| Platón (poesía), por Francisco Villaespesa | 76 |
| * Encuentro de Héctor y Aquiles, De la "Ilíada", por Homero | 77 |
| Grandeza del ciudadano romano, por José Carlos Astolfi | 80 |
| Decadencia del ciudadano romano, por José Carlos Astolfi | 84 |
| * Miguel Ángel, por Romain Rolland | 86 |
| * Un torneo en la Edad Media, por Walter Scott | 88 |
| A Colón (poesía), por Bartolomé Mitre | 91 |
| * El desterrado de Santa Elena, por Emil Ludwig | 93 |
| * Canto de Julio (poesía), por Arturo Capdevila | 97 |

NUESTRO PASADO

| | |
|---|-----|
| * Santa María del Buen Aire, por Enrique Larreta | 102 |
| * La gran semana de 1810.—Cartas de la época, por Vicente Fidel López | 105 |
| El secretario de la Junta, por Bernardo González Arril | 113 |
| El Congreso de Tucumán, por Nicolás Avellaneda | 116 |
| * El gaucho argentino, por D. F. Sarmiento | 119 |
| * Buenos Aires en la época de la Anarquía, por Manuel Gálvez | 121 |
| * Manuelita Rosas, por Carlos Ibarguren | 125 |
| * Usos y costumbres, por José A. Wilde | 127 |
| * Lavalle pacta con Rosas, por Manuel Gálvez | 128 |

FORJANDO EL PORVENIR

PÁG.

| | |
|--|-----|
| * El rey del trigo, por Godofredo Daireaux | 130 |
| * A un "pioneer" (poesía), por Alfredo R. Bufano | 134 |
| * Las primeras ovejas, por Estanislao S. Zeballos | 137 |
| La Carta Magna: Carta de Urquiza a Alberdi; carta de Sarmiento a Alberdi y fragmentos de "Bases", por Juan Bautista Alberdi | 140 |
| * América: el continente de la paz.—Fragmentos de los discursos del Presidente y Canciller Argentinos y del Presidente de los E. U. de N. A., Gral. Agustín P. Justo, Dr. Carlos Saavedra Lamas y Dr. Franklin D. Roosevelt | 145 |
| Para ti, joven, por José Ingenieros | 148 |

EVOLUCIÓN DE NUESTRA CULTURA

| | |
|---|-----|
| Fundación de la universidad de Buenos Aires, por Juan María Gutiérrez | 150 |
| * La biblioteca pública de Buenos Aires, por Mariano Moreno | 152 |
| * Fundación de una escuela, por Domingo F. Sarmiento | 154 |
| * La obra de las maestras norteamericanas en la educación pública argentina, por Adelia Di Carlo | 156 |
| * Hacia el voto secreto y obligatorio, por Indalecio Gómez | 159 |
| El cuarto poder | 161 |
| * Un gran pintor argentino: Fernando Fader, por Cupertino del Campo | 163 |
| Las imágenes porteñas de Pellegrini, por Carlos Ibarguren | 167 |
| * El teatro en el antiguo Buenos Aires, por Mariano G. Bosch | 169 |
| * Música nativa: El yaraví, por Joaquín V. González | 172 |
| * El Himno Nacional, por Antonio Dellepiane | 174 |

EL HOMBRE Y SUS CREACIONES

| | |
|--|-----|
| * Palabras de un genio de la industria, por Henry Ford | 178 |
| * Sobre el comercio libre en las colonias del Río de la Plata, por Mariano Moreno | 181 |
| * ¡Petróleo!, por Juan José de Soiza Reilly | 184 |
| * Viajes de antaño, por Ada M. Elflein | 188 |

GRANDES CARACTERES

| | |
|--|-----|
| * Miguel de Cervantes Saavedra, por Julio Cejador y Frauca | 192 |
| A Wáshington (poesía), por Gertrudis Gómez de Avellaneda .. | 194 |
| * El santo de la espada, por Ricardo Rojas | 195 |

| | |
|---|-----|
| * Domingo Faustino Sarmiento, por Carmelo B. Valdés | 198 |
| * Ameghino, por Rodolfo Senet | 200 |
| * Bartolomé Mitre, por Octavio Amadeo | 203 |
| * Luis Pasteur, por Alejandro Marmorek | 206 |
| * La predestinada de la gloria, de <i>La Nación</i> | 209 |

INICIACIÓN LITERARIA

Poetas y prosistas argentinos:

| | |
|---|-----|
| * Entre los lobos del Mar Austral, por José S. Álvarez (Fray Mocho) | 214 |
| * El desierto, por Esteban Echeverría | 217 |
| * Fausto, por Estanislao del Campo | 221 |
| Mar afuera, por Eduardo Wilde | 223 |
| * Recuerdos, por Miguel Cané | 225 |
| * Don Segundo Sombra, por Ricardo Güiraldes | 227 |
| Canción de las cosas del camino, por Mario Bravo | 229 |
| Retazos de paisaje, por Ernesto M. Barreda | 231 |
| La leyenda del Caá, por E. Morales | 233 |
| Don Quijote, por Alberto Gerchunoff | 235 |
| Vallistas, por Fausto Burgos | 237 |
| A César, de diez años, por B. Fernández Moreno | 241 |
| * En busca del perro, por Benito Lynch | 242 |
| La florista, por Rafael A. Arrieta | 245 |

Poetas y prosistas americanos:

| | |
|--|-----|
| Vidas que fracasan, por José Enrique Rodó | 246 |
| La quena, por José Santos Chocano | 248 |
| La higuera, por Juana de Ibarbourou | 249 |
| La charca, por Gabriela Mistral | 252 |
| El árbol matador, por Monteiro Lobato | 254 |
| Poeta, tú no cantes la guerra, por Amado Nervo | 257 |
| * Quedé, el doctorcillo, por Enrique S. Harrison | 258 |
| Juventud, por Frank Crane | 262 |

Poetas y prosistas europeos:

| | |
|---|-----|
| * Dónde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones, por Miguel de Cervantes Saavedra | 264 |
| Tienes madre, por S. y J. Alvarez Quintero | 268 |
| * Respuesta a unas cuantas cartas recibidas: ¿Qué deben estudiar las mujeres?, por Gregorio Martínez Sierra | 270 |

| | |
|---|-----|
| Una araña humanitaria.— Un conejo valiente (fábulas), por Carlos A. Salustri (Trilussa) | 272 |
| * Los libros, por Santiago Ramón y Cajal | 274 |
| * Pequeños escritores italianos, por Edmundo de Amicis | 277 |
| El postre de la cena, por Max y Alex Fischer | 280 |
| * Las navidades de un chiquillo, por Antonio P. Tchekhov | 283 |

Prosa oriental:

| | |
|--|-----|
| Los dos pájaros, por Rabindranath Tagore | 287 |
| <hr/> | |
| Himno Nacional Argentino | 289 |
| A los que egresan | 293 |

CUADROS DE PINTORES ARGENTINOS

| | |
|--|-----|
| “Tipa en flor”, óleo de Cupertino del Campo | 35 |
| “El pueblo quiere saber de qué se trata”, óleo de Ceferino Carnacini | 107 |
| “Los Constituyentes del 53”, óleo de Antonio Alice | 139 |
| “La yunta”, óleo de Fernando Fáder | 165 |
| “Embarque de cereales”, óleo de Benito Quinquela Martín | 179 |
| “General José de San Martín”, óleo pintado en Bruselas en 1827, de autor anónimo | 197 |
| “El hombre de los arreos”, óleo de Cesáreo Bernaldo Quirós | 251 |

PAISAJES ARGENTINOS

| | |
|---|-----|
| Lago Nahuel - Huapí.— Península de San Pedro | 112 |
| Cataratas del Iguazú.— Vista de uno de los saltos | 183 |
| Cabras en la quebrada de Humahuaca | 220 |





EDITORIAL KAPELUSZ & CÍA BUENOS AIRES